

PARTE VI

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO



PARTE VI

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO



Capítulo 36

BECA

—Rebeca, ¿dónde estás? —reclama la voz de Alex.

Su tono es duro y vibrante.

Una marea de sudor sube con energía por todo mi cuerpo y luego se me desliza

igual que una enredadera de jardín por las piernas hasta los dedos de los pies, que

tengo encogidos dentro de los zapatos con fuerza. La sensación se repite con mayor

ímpetu tras cada latido de mi corazón, que parece que se me va a salir del pecho a este

ritmo.

Los ojos de Sofía parpadean, tras lo que me miran expectantes. Parecen dos focos

de luz cuya intensidad aumenta con cada segundo que pasa, o tal vez me recuerdan

más a los de un animal hambriento en medio de la noche que va de caza.

Inquieta, veo que me hace un gesto impaciente con la barbilla, animándome a responder a Alex cuanto antes.

«¡Dios mío! ¿En qué lío acabo de meterme?», pienso, sintiéndome como un animalillo acorralado.

Por el rabillo del ojo noto que Sofía se apoya sobre una de las esquinas del escritorio de cristal y de hierro forjado de su despacho. Un par de folios en blanco se

quedan pillados bajo su cuerpo y crujen al arrugarse. El sonido es bajo, pero mis

sentidos se han multiplicado por el estrés y puedo captarlo con mucha intensidad.

Aprieto los dientes al sentir que las emociones reprimidas dentro de mí no me

permiten ordenar los pensamientos con claridad, hasta el punto de que noto un dolor

palpitante en la mandíbula.

Miles de imágenes de lo que sucederá a partir de ahora se amontonan en mi

cerebro y se proyectan encadenadas las unas a las otras como una película en blanco y

negro sin sonido.

Nada de lo que veo en ellas tiene un buen final.

Me trago el nudo de sentimientos descontrolados antes de responder.

—Alex... —murmuro con la voz entrecortada. No dejo de sudar.

Mi mente se queda repentinamente en blanco y me faltan las palabras para

continuar lo que he empezado. La boca se me reseca por el manojito de nervios en el

que me he convertido en pocos segundos.

No puedo decirle la verdad a Alex, pero tampoco creo que pueda mentirle.

Lo única opción que me queda es...



Capítulo 37

ALEX

Momentos antes...

Después de dejar a Rebeca en su casa, Sara me ha dado un ultimátum esta mañana

sobre el número de horas que le debo, y de algún modo he terminado pasando la tarde

aquí, en el Florida Night, con Carlos. Joder..., el tío está hecho polvo y tiene unas

ojerás de campeonato con toda esa historia sobre Jéssica y el bebé rondándole por la

cabeza. Durante los días que no he estado en la residencia, el muy idiota ha

abandonado incluso la idea de ir a trabajar y ejercitarse en el gimnasio, pero aún sigue

tomándose ese repulsivo potingue de claras de huevo crudas y pasteurizadas por el

rollo de las proteínas. Esta tarde se ha bebido tres vasos de esa mezcla mientras

sentado en la tapa del váter miraba, una y otra vez, una ecografía del bebé con una

expresión perdida y penosa en la cara, así que lo he metido en la ducha y después me

lo he traído conmigo prácticamente a rastras al bar.

El Florida Night abrirá dentro de unas horas, y cuando lo haga, como es habitual,

esto se convertirá en un cóctel explosivo de hormonas, de gente sedienta de alcohol y

de cuerpos sudados que se restriegan los unos a los otros mientras la música suena de

fondo a todo volumen. Si las previsiones de Sara no fallan, para mañana por la noche

tendremos el doble de trabajo con las fiestas de graduación de los institutos, lo que

significa que muchos menores de edad utilizarán cualquier tipo de invención para

colarse en el Florida Night y beber alcohol. No obstante, son las chicas el verdadero

problema: el exceso de maquillaje y la ropa demasiado ajustada pueden confundir

fácilmente al personal, y abrir puertas que deberían estar cerradas. La

perfecta

distracción para alguien tan salido como Carlos.

Mierda, ese idiota me preocupa, pero espero que el trabajo lo mantenga lo bastante

cuerdo como para no hundirse más en el pozo emocional en el que se ha metido hasta

el gaznate.

Chasqueo la lengua. Sara ha salido hace un momento de su despacho y ahora está

en la barra del bar conmigo, todavía con su maldita expresión de malas noticias

plantada en la cara. No puedo creer lo que acaba de contarme...

Rebeca...

Mierda, joder... Podría pensar en muchas más palabras para describir esto y no

terminaría.

Paro de sonreír y tenso la mandíbula. Noto como mis labios se tuercen

paulatinamente en una mueca incrédula.

Sara está concentrada en limpiar una mancha invisible de la barra con una uña, y

yo echo un breve vistazo hacia atrás para asegurarme de que nadie más ha escuchado

nuestra conversación. Por suerte, Carlos está charlando con el técnico de sonido sobre

los últimos detalles del nuevo equipo; se encuentran a unos metros de distancia, justo

donde los he dejado hace tan solo unos minutos, hasta que Sara me ha llamado para

hablar en privado. Una vez que he comprobado por segunda vez que tenemos la

suficiente intimidad, me encierro en mi máscara y vuelco de nuevo toda mi atención

en la persona que tengo delante.

—Lo siento, cariño. Pensé que ya lo sabías... —dice Sara con aspecto

consternado. Parece que ya no tiene más manchas inexistentes que rascar.

Como no digo nada, Sara se pone aún más nerviosa y me busca la mirada.

Con calma, me saco el chicle de regaliz de la boca y lo aplasto lentamente como si

fuera un cigarrillo sobre uno de los posavasos sucios que hay encima de la barra, y

que pronto irán a la basura.

—Alex..., no estarás pensando en ir ahora mismo a las oficinas de tu tía, ¿verdad?

—pregunta sin disimular su curiosidad y preocupación. Ella está enterada de que mi

relación con Sofía no es precisamente buena, pero desconozco si sabe la verdadera

razón de por qué es así de tensa.

Al pensar en la oscura historia que me une a mi tía, el tranquilizante sabor del
regaliz que tenía en mi boca es sustituido en mi paladar por otro peor, uno
amargo e

indeseable. Se me escapa una carcajada cínica.

«¡Rebeca no puede haber hecho esa gilipollez sin antes avisarme! —me digo
—.

Dios, ¿en qué narices estaría pensando esta chica para citarse a solas con
Sofía?».

La ira y el desconcierto hacen que todo mi cuerpo destile rabia y tiemble.

El técnico de sonido apaga la música justo en ese momento y el silencio me
vuelve

todavía más violento e irascible. «Soy un contenedor acorazado. No voy a
estallar

fácilmente», me repito.

El alcohol de la bebida que he estado tomando hace un rato con Carlos me
sube

como una arcada hasta la garganta y provoca que me arda toda la boca. Me
levanto del

asiento antes de que Sara pueda notar lo que me sucede y coloco, sin llegar a
presionar, una mano sobre el hombro izquierdo de mi jefa.

—Joder, Sara. ¿Estás completamente segura? Debes de haber oído mal —
insisto

esperanzado, con una sonrisa tranquila. Ella aprieta los labios como si me
estuviera

escondiendo alguna información relevante. «¡A la mierda con todo!». Noto cómo

todas las venas del brazo con el que estoy tocándola se ensanchan hasta hacerse

visibles—. Dime, ¿de verdad Rebeca está en estos momentos con mi tía? — Mis

palabras resuenan más altas ahora que no hay ruido de fondo.

Mi cara es una férrea e inexpresiva máscara, pero la presión de mis dedos sobre su

hombro lo dice todo.

El aire prácticamente me sale en forma de llamas por los orificios de la nariz; si

fuera un puto dragón, ya habría incendiado todo este lugar y lo que hay dentro.

Sara aprieta la mandíbula y se cruza de brazos, empujando todavía más sus enormes pechos contra el escote de un corsé morado que, como siempre, es demasiado estrecho para ella. Me lanza entonces una mirada severa, pero no logra

intimidarme ni lo más mínimo, y ella lo sabe. Ambos tenemos claro que es mejor que

ninguno pierda los estribos con el otro. Esa es una de las razones por las que siempre

nos hemos llevado bien, incluso en las situaciones más tensas.

Nosotros no cruzamos los límites..., al menos no entre los dos.

—¿Puedes dejarme un poco de espacio para que pueda contestarte, cariño?
—pide

Sara con una expresión incómoda, y luego carraspea un poco cuando la voz le

flaquea.

Relajo la mano, la suelto y me enderezo recordando eso que se llama
caballerosidad.

«¿Caballerosidad? A la mierda también», pienso.

Tengo que hacer acopio de una inexistente paciencia para contener mi furia y
no

explotar allí mismo. Sara no tiene la culpa de que Rebeca esté reunida a solas
con mi

tía para tratar de... ¿ayudarme?

«Joder... ¿Por qué ha tenido que ir ella a la empresa de mi tía?». Me
enfurezco

todavía más por la preocupación que siento.

Si aquella mujer trata de hacer lo mismo que...

No, no voy a permitirme recordar aquello que ocurrió hace tanto tiempo. Por
el

momento solo son sospechas...

—¿Cómo sabes que está con Sofía, Sara? ¿Te ha llamado mi tía? —inquiero

observando atentamente hasta el más mínimo cambio en su rostro con cada
palabra

que pronuncio.

«Si Sofía ha empezado otro de sus juegos para obligarme a reunirme con ella y

Sara es uno de sus peones es algo que todavía no sé», medito, y vuelvo a hincharme.

Los músculos me tiran en el cuello.

Sara resopla.

—Cariño, si no te fías de mí, simplemente llama a tu chica —me espeta mordaz.

Doy una larga inspiración sin dejar de examinar a Sara. Acaban de fregar el suelo

y un intenso olor a lejía está suspendido en el aire. Con una mano tomo mi móvil y

marco el número de la única persona a la que quiero oír ahora mismo.

—Rebeca, ¿dónde estás? —pregunto pronto como cesa el tono de marcado.

—Alex... —murmura ella con voz entrecortada. Toda la rabia que siento se desvanece de inmediato.

Algo no va bien. Suena de un modo extraño y que no me gusta.

—Rebeca, ¿qué ocurre? —Me preocupo. Ella no responde—. Maldita sea, Rebeca,

¿dónde estás ahora mismo? —exijo de nuevo y con más fuerza. A duras penas puedo

encubrir lo desquiciado e inquieto que me siento. Hacía semanas que no me sentía así,

como cuando le di aquella paliza al desgraciado de Miguel.

Una desagradable sensación de que algo le sucede a Rebeca se retuerce en mi estómago y noto levemente cómo la camiseta de manga corta de algodón que llevo

puesta se me queda pequeña al tensarme.

—Ahora no puedo hablar... —comienza a decir. Se queda en silencio y yo espero

con paciencia mientras ella espira profundamente. Siento que no está sola. De pronto,

escucho hablar a otra persona con Rebeca, lo que confirma mis sospechas. El corazón

se me acelera de forma endiablada cuando comprendo que se trata de la voz de mi tía.

Me enfurezco todavía más. «¡Joder! Sara tiene razón», pienso—. Perdona, Alex.

Tengo que colgarte, te llamo después —dice Beca apresurada, y finaliza la llamada sin

darme tiempo a decir nada más.

«¿Ha colgado? ¡Maldita sea! ¿Qué coño ha significado esto?». Las tripas se me

revuelven tres veces más de lo que ya las tenía.

De pronto, Sara lanza con brusquedad las llaves de su Porsche deportivo sobre mi

pecho, e instintivamente las atrapo al vuelo antes de que caigan al suelo.

La observo sin comprender.

—Bien, guapo. Ahora ya sabes que no me he tirado ningún farol. —Sara echa un

vistazo alrededor antes de volver a centrarse en mí. Se humedece los labios —.

Necesitarás un medio de transporte rápido, y no he visto tu bonita moto aparcada

fuera. Y si has venido con Carlos... —dice mirando con insistencia hacia la entrada

del bar—, él ya no está aquí. Acabo de verle irse con el técnico de sonido mientras

hablábamos, e intuyo que ambos tardarán en regresar. —Suspira—. Puedes usar mi

coche.

—¿Tu coche nuevo? —pregunto sin apartar los ojos de ella, primero con sorpresa

y después otra vez con recelo. Sonrío—. ¿Por qué me estás ayudando ahora, Sara? —

continúo, y de pronto una desagradable idea se forma en mi cabeza—. ¿Te lo ha

pedido mi tía? —inquiero en tono amenazante, pero sin perder la calma.

—Piensa lo que quieras, cariño. Y no, no te estoy ayudando. Es solo que me siento un poco responsable de ti ya que soy tu jefa y también algo parecido a tu tía. —

Sara chasquea la lengua con disgusto y esboza una expresión de incomodidad

—.

Todavía no entiendo muy bien la relación que Sofía y tú tenéis de odio y amor por el

otro, o por qué Sofía demuestra tanta fijación por ti... A veces me cuesta comprender

a tu tía, pero confío en ella por algún tipo de razón que ni yo misma puedo explicarte.

Contigo siento que es igual. —Sonríe melancólica—. Hace dos años, cuando te

presentaste en mi bar con Carlos para ocupar una de las vacantes de DJ, no tenías

ninguna referencia, excepto la de tu amigo y una cara bonita, y aun así te di una

oportunidad. Quizá sea una necia por apostar por vosotros dos... —Hace una pausa y

me examina con los ojos entornados. De repente, su mirada se ablanda y las pupilas le

brillan—. No importa lo que te diga para retenerte aquí, ¿verdad, cielo? —espetea Sara,

y esboza una sonrisa esta vez llena de esperanza.

Con las llaves clavadas en la palma de la mano, busco a Carlos con la mirada. Este

parece haberse esfumado precisamente cuando más lo necesito. Ya no dudo de que lo

que Sara acaba de decir es cierto.

«Arreglaré cuentas con él más tarde...», me propongo.

—Sara... —digo solamente, y entorno los ojos.

—Está bien. No es necesario que me des las gracias, cariño —dice ella con tristeza

—. Pero no te hagas muchas ilusiones. Esta escapadita tuya corre de tu sueldo.

Incluida la gasolina —añade en tono regañón mientras recorre con una de sus uñas

esmaltadas de rojo los músculos de mi brazo; luego me guiña seductoramente un ojo.

A continuación se da la vuelta y comienza a andar en dirección contraria a su

despacho, pavoneándose con otra de sus minifaldas, que, con un estampado de

leopardo, está a punto de explotar por las costuras.

—Tienes seguro, ¿verdad, Sara? —pregunto en alto mostrando las llaves de su

carísimo coche.

Sara suelta una carcajada, que termina en una mueca preocupada.

—Hazme un favor, Alex, y sé un buen chico. No lo echés todo a perder ahora y

hagas que te despida —comenta en tono mordaz, y desaparece por la siguiente

esquina murmurando entre dientes.

Nada más quedarme solo, mi cerebro empieza a funcionar con rapidez. Doy

uno,

dos y tres pasos, y al cuarto echo a correr con un ritmo desenfrenado hacia el exterior

del Florida Night. Al mismo tiempo pruebo a llamar una y otra vez a Beca.

Ella no me contesta. Ha apagado su teléfono.

Una llamarada ardiente de cólera me atraviesa de lado a lado como un relámpago.



Capítulo 38

ALEX

Salgo a la calle. De inmediato, el calor de la tarde se me introduce por los poros de

la piel y me sacude el cuerpo como si acabara de recibir un rechazo en plena cara.

—¡Dios! Va a hacer que pierda la cabeza —gruño.

Juro que voy a castigar muy seriamente a Rebeca en cuanto vuelva a tenerla en

mis brazos. Y luego voy a hacer que de ningún modo se le ocurra cometer de nuevo

otra tontería tan descabellada como esta. Todavía no sabe en qué tipo de juego acaba

de meterse.

Impaciente, giro la cabeza hacia todas partes y busco como un loco el coche rojo

de Sara en el aparcamiento. Apenas hay vehículos todavía y no me cuesta mucho

esfuerzo dar con él. Está estacionado junto a una de las farolas, en el reservado azul

para empleados. Al instante, me dirijo hacia aquel lugar tan rápido como mis piernas

me lo permiten.

Justo cuando estoy a punto de meterme dentro del coche, alguien se interpone

entre la puerta del conductor y yo, y la sujeta de tal modo que no puedo acceder al

interior.

Alzo la cabeza y, sin contener mi enfado, miro de quién se trata.

—Ivan... —digo con la mandíbula apretada.

—No te encabrites todavía, Kirov. Solo vengo a echarte una mano. Necesitarás a

alguien más si quieres llegar hasta la misma puerta del edificio sin perder más tiempo

—explica, y luego hace el ademán de introducirse por el lado del conductor.
Antes de

que continúe con lo que intuyo que va a hacer, lo detengo.

Le lanzo una larga y escrutadora mirada. Puedo imaginar que Sara le ha puesto

enseguida al corriente de la situación y después lo ha enviado a vigilarme para que no

cometa ninguna estupidez.

Esbozo una sonrisa torcida.

«Tal vez no debería haber preguntado por lo del seguro...», pienso demasiado

tarde. Acto seguido hago tintinear las llaves ante Iván.

—Puedes acompañarme, pero conduciré yo —le advierto, y doy por zanjado el

asunto con una mirada intensa.

A regañadientes, Iván termina accediendo y se pasa al asiento del copiloto.
Parece

un elefante vestido de gamberro que trata de entrar en un carrito para bebés.
Entre

dientes suelta varios juramentos que sacarían todos los colores del arcoíris en las

mejillas de Rebeca.

Pensar de nuevo en ella me enfurece bastante, y también me preocupa todavía más.

Apenas compruebo que Iván se ha colocado el cinturón de seguridad por el pecho, arranco el motor haciéndolo rugir y salimos sin perder más tiempo hacia la

carretera. En cuanto hundo el pie un poco más en el acelerador, Iván se sujeta con

fuerza de uno de los agarraderos negros revestidos de piel situado sobre la ventanilla,

en el techo del coche. Sara ha debido de invertir una buena suma en este precioso

cacharro, lo que me hace suponer que el negocio va muy bien a pesar de sus constantes quejas hacia nosotros.

—Con moderación, Kirov, con moderación —gruñe Iván, completamente pálido a

mi lado. Echa una mirada inquieta a la aguja temblorosa del contador de velocidad y

luego se santigua—. ¡Joder, chico! Estoy demasiado mayor para esto. ¿Me oyes? No

estamos en la fórmula uno, y si rayas aunque sea un milímetro este coche, Sara va a

hacer una fiesta vudú con nuestras cabezas. Nos va a desollar vivos y luego se comerá

nuestros huevos en vinagre —me advierte simulando un tono duro que no concuerda

con su respiración entrecortada—. ¿Por qué te importa tanto esa chica, Kirov? Solo es

una niña más en tu currículum, acabarás olvidándola como a las anteriores — salta de

pronto.

No contesto a su pregunta. La sangre se me calienta en las venas y siento que empieza a entrar en estado de ebullición dentro de mí. Furioso, cambio de marcha,

giro a la derecha de un volantazo brusco y tomo una de las desviaciones que llevan

hacia la empresa de mi tía, ignorando el chillido gutural que da Iván cuando pasamos

muy cerca del morro de un camión y este no nos roza por muy poco.

El coche derrapa quemando los neumáticos al girar por otra de las calles; tomo de

nuevo el control del Porsche y paso un semáforo en ámbar un segundo antes de

iluminarse con la luz roja.

—¡Maldito sádico! ¿Estás loco? Vas a matarnos a los dos, Kirov —farfulla Iván

con un gemido poco masculino.

Trato de ignorarle y continúo hacia delante sin responderle. Solo cuando tengo el

enorme edificio acristalado frente a mí, me permito relajar las manos sobre volante.

Ipsa facto, dejo el Porsche de Sara en punto muerto, levanto el freno de mano de

un solo movimiento y me bajo sin molestarme en apagar el motor.

—Espéranos cerca. Regreso enseguida con Rebeca —ordeno a Iván, pero antes de

cerrar la puerta del coche, me giro para mirarlo de nuevo con una sonrisa cínica—.

Ah... Y no vuelvas a comparar a Rebeca con ninguna de esas idiotas sin cerebro, o te

juro que yo mismo le serviré a Sara en bandeja tus huevos en vinagre. ¿Nos entendemos?

Él asiente con seriedad con la cabeza una vez, y eso es todo lo que necesito para

dejarlo allí y marcharme.

Me vuelvo y salgo disparado hacia el interior del edificio; paso por delante del

enorme y sofisticado dolmen de hierro que hay en la entrada, y que representa la

imagen de la empresa.

Noto que varios empleados me reconocen por el vestíbulo y que van con disimulo

hacia donde están sus otros compañeros para darles la noticia. Mi estómago responde

ante las miradas de sorpresa, lástima y lo que deduzco cierta curiosidad morbosa, pero

no me detengo. Aprieto más fuerte uno de los puños al tiempo que acelero el paso por

el resbaladizo suelo de mármol, tan oscuro y brillante como el azabache. La última vez

que vine a este lugar fue con mi hermano. Recuerdo vagamente que él desapareció

casi nada más llegar y que luego regresó sin dar ninguna explicación, al cabo de dos

horas. Desde entonces, su carácter, ya de por sí impulsivo, se volvió más agresivo e

incontrolable, llegando casi a ser peligroso. Las discusiones con nuestra madre fueron

a peor, más habituales e intensas. Durante un tiempo, mi padre trató de interponerse

entre ambos, pero con el paso de los años empezó a dedicar más horas al trabajo y a

aparecer menos por casa. Un mes después ocurrió el accidente.

Poco antes de llegar a los ascensores, un hombre vestido con una americana

marrón choca contra mí sacándome de mis pensamientos. Uno de los papeles que

lleva en una carpeta negra vuela hasta el suelo; de inmediato me agacho y le ayudo a

recogerlo.

—¿Esto es suyo? —digo devolviéndole la hoja.

Él me mira por primera vez y veo como sus ojos se abren como dos jodidos

platos

redondos durante un breve segundo. Tal vez me ha reconocido, como los otros

empleados, pero un presentimiento me dice que él no pertenece a este sitio. Le

examino. No tiene el distintivo toque en sus movimientos o en su ropa que todos los

que se dedican a este mundillo de la moda adquieren de forma natural.

Frunzo el ceño.

Algo en sus gestos faciales me resulta muy familiar, aunque no logro saber en qué

sentido o a quién me recuerda. Antes de que pueda llegar a alguna conclusión, él toma

el documento con rapidez de mi mano y lo aplasta contra su pecho, arrugándolo.

—Sí, gracias —responde con brusquedad. Noto que evita mirarme de nuevo a la

cara. Su rostro es todavía como el de alguien que acaba de ver un fantasma, lo cual

me vuelve más quisquilloso.

«¿Quién narices puede ser?», me inquieto.

Veo que empieza a darse la vuelta. Me presiono el *piercing* contra la parte superior

de la boca.

—Perdone, ¿nos hemos visto antes? —pregunto sintiendo la imperiosa necesidad

de detenerlo.

—No lo creo —contesta cortante sin llegar a volverse del todo, y después retoma

su camino con pasos torpes y apresurados, como si un látigo le estuviera atizando en

el culo.

Me quedo observándolo durante unos segundos, sintiendo que se me escapa un

dato importante. De nuevo, froto el *piercing*, esta vez contra el interior de la mejilla

derecha, y trato de hurgar en mi memoria...

—Disculpa, ¿vas a entrar? —pregunta con una voz cantarina una atractiva chica

pelirroja que no debe de ser mucho mayor que yo. Me fijo en su identificación

amarilla, lo que indica que es una becaria. Bajo más la vista y descubro que tiene unas

bonitas piernas bajo unos ajustados pantalones negros de piel que me hacen pensar en

las piernas delgadas y torneadas de Rebeca.

Al instante, me acuerdo del motivo por el que he venido hasta aquí. Confirmo con

un ligero gesto de barbilla a la pregunta de la chica y avanzo. Pero algo del

suelo llama

mi atención antes de que llegue a pisarlo con la bota. Es una hoja de papel, que intuyo

debe de pertenecer a la carpeta que llevaba el hombre con el que acabo de chocar. Me

agacho y la tomo.

A continuación, me giro para buscar a esa persona, pero ya no está en el vestíbulo.

Todavía molesto por el presentimiento que he tenido hace un rato, niego con la

cabeza, y después entro en el ascensor tras deshacerme de él por completo.

«Tal vez sea otro pobre desgraciado víctima de los negocios de mi tía», me digo

hastiado ya de estas cosas.

Pensativo, me acerco hasta el tablero repleto de dígitos y pulso el de la última

planta. Mi dedo y el de la otra chica coinciden sobre el mismo lugar en la pantalla

táctil.

Ella se sonroja, pestañea y se lleva un mechón de pelo tras la oreja, como si estuviera nerviosa.

—Parece que vamos en la misma dirección —dice con una sonrisa tímida. Hay

algo en ella que...

Asiento con un movimiento casi imperceptible y me retiro hasta la pared del fondo

sin prestarle más atención.

Noto que la chica me lanza miraditas constantes. Exasperado, me concentro solo

en contar el número de plantas en las que nos detenemos y en doblar cuidadosamente

el documento suelto, que guardo después en uno de los bolsillos.

Un músculo comienza a palpar en mi mandíbula cuando el ascensor se para justo

en la planta en la que creo recordar que está el despacho de mi tía.

Vuelvo a probar a telefonar a Rebeca, y no me sorprende cuando descubro que

su móvil continúa apagado, pero eso no hace que mi preocupación sea menor.

La chica pelirroja sale al mismo tiempo que yo del ascensor y trata de entablar una

conversación superflua conmigo según avanzamos.

—Creo que he visto tu cara en algún lugar. ¿Trabajas aquí como modelo? —

pregunta, y se aproxima tanto a mí que nuestros brazos chocan—. ¡Oh, lo siento! —se

disculpa turbada.

—No es nada. Y no, no trabajo aquí —respondo con amabilidad, y tuerzo hacia la

derecha un poco incómodo con su constante presencia. Ella no capta la

indirecta y

apresura sus pasos para ponerse a mi altura de nuevo.

—Me llamo Ana. Puedo ayudarte si estás perdido... Llevo un tiempo trabajando

aquí y conozco casi a todo el mundo. —Suelta una carcajada nerviosa que me pone el

vello de punta. ¡Guau! Eso ha sonado demasiado parecido a Rebeca—. Bueno, a

todos menos a ti —añade en un tono inocente y me da un pequeño empujón en el

hombro que me sorprende. «No, solo es una mala imitación de Beca», me corrijo

mentalmente—. En fin, ¿cómo te llamas, chico poco hablador?

Estoy a punto de decirle algo bastante feo cuando de repente localizo a Rebeca

caminando sola en la misma dirección en la que yo me dirijo. Freno de forma abrupta

y hago tropezar a mi lado a la chica pelirroja.

La visión de Beca en medio del pasillo con su preciosa cabellera de color café y

las ondas extendidas sobre sus hombros hace que la boca se me quede seca, y me

sumerjo de inmediato en un extraño silencio. Todos mis sentidos dejan de funcionar,

excepto el de la vista, que ahora tengo clavada en su pequeña y elegante

figura, que

parece a punto de perder el equilibrio.

Me pongo tenso. Rebeca presenta una expresión confusa en el rostro que me golpea duramente en el pecho; es como si toda la sangre hubiera abandonado su

cuerpo.

Trago con tanta fuerza que la nuez me rebota en la garganta.

—Tengo que irme... —me despido con brusquedad de la chica que está a mi lado,

y acorto de prisa la distancia que hay entre Rebeca y yo.

Sin detenerme a pensarlo mucho, tiro de uno de sus brazos hacia mí.

Nuestras miradas se encuentran por fin y su boca, de labios gruesos y rojos como

guindas, forma una perfecta «o» de sorpresa que me deja sin respiración.

Mi corazón se desboca y toda la capacidad de raciocinio deja de funcionar en mí.



Capítulo 39

BECA

Veinte minutos antes...

Acabo de colgar a Alex sin darle ninguna explicación.

«¡Ay, madre mía! Esto va de mal en peor», exclamo solo para mí.

Al escuchar la voz de Alex preguntando dónde estoy, de inmediato he tenido la

inquietante corazonada de que él ya sospecha donde me encuentro, pero mientras

tomaba una profunda inhalación de aire y pensaba en qué contestarle, he tenido un

déjà vu. He recordado una escena de hace unos meses: yo estaba sentada con Sofía en

la mesa de una elegante cafetería victorianay Marta todavía sin aparecer

después de

haberme ido a contestar una llamada, cuando de repente Alex cruzó las puertas del

establecimiento, irrumpiendo en el interior como un furioso huracán en llamas que

estuviera a punto de arrasarlo todo a su paso.

Puedo incluso ver de nuevo el centelleo en sus preciosos ojos azules empañados

por la rabia, la preocupación, el miedo y la ira, y sentir otra vez como toda esta

vorágine de exaltadas emociones envuelve al mismo tiempo su cuerpo de semidios

griego con hilos invisibles, eléctricos, perturbadores...

El pulso se me acelera y noto que un ligero temblor de desazón se apodera de mí y

se me clava profundo como una oscura advertencia de lo que está por venir. Alex

vuelve a llamarme una y otra vez, y tengo que agarrar el teléfono con las dos manos

para mantenerlo quieto.

«Tranquila», me digo, y me obligo a relajar uno a uno mis dedos alrededor del

aparato para ocultar mis propias emociones. Apago el móvil y trato de concentrarme.

Un mechón de pelo me cae por encima de los ojos, y me lo retiro despacio

para ganar

algo de tiempo mientras decido cuál será mi siguiente paso.

«Lo primero que debo hacer es alejarme ahora mismo del despacho de Sofía, del

edificio y de todo lo que tiene que ver con este lugar antes de que Alex aparezca», me

recuerda mi subconsciente con urgencia.

Noto la mirada de Sofía sobre mí, observando calculadora cada uno de mis movimientos. No parece nada sorprendida por lo que acaba de suceder, lo que hace

que me convenza todavía más de que ella esperaba que recibiera esta llamada de su

sobrino. El vello se me eriza. Después de haber visto a mi padre hablando con ella y

de haber escuchado la historia sobre Alex y Eduardo, estoy demasiado aturdida.

Me preocupo.

Todavía no entiendo cuál es la verdadera razón de que Sofía me haya hablado de

todo aquello, pero tengo la intuición de que estoy siendo utilizada para algún tipo de

propósito que desconozco.

Guardo mi móvil a buen recaudo en uno de los bolsillos interiores del bolso, y

luego me levanto del asiento tan calmada como soy capaz.

—¿Y bien? ¿Qué harás ahora, Beca? No creo que mi sobrino tarde mucho en venir hasta aquí. De hecho, es probable que solo tengamos unos minutos más de

intimidad antes de que se presente en mi despacho y monte un escándalo — comenta

Sofía—. Aunque tal vez esto último sea la mejor opción, ya que él se niega en

redondo a hablar directamente conmigo o con sus padres sobre lo que le sucede.

«Así que de eso se trata», me doy cuenta al escucharla. De nuevo, mi mirada se

posa con una curiosidad implacable sobre las llaves que Sofía aún sostiene en una de

las manos.

«Parecen inofensivas entre sus dedos», pienso, pero me contengo lo bastante rápido para no caer por el abismo de oscuridad imaginario que percibo detrás de la

bonita y elegante mano de Sofía. Estoy casi segura de que con ellas podría ver lo que

hay en esa habitación que Alex siempre mantiene cerrada en su estudio.

Niego con un gesto de la cabeza.

—Lo siento, Sofía, pero no entiendo qué intentas decirme.

Sofía chasquea la lengua con impaciencia y comienza a dar una lenta vuelta

por el

despacho. Cada paso que da es como una tortura.

—¿Hasta qué punto conoces a mi sobrino, Beca?

Me quedo callada, cada vez más intranquila. Creo que empiezo a comprender

mejor lo que Sofía procura hacer, además de usarme como carnada para atraer a Alex

hasta aquí.

La oigo suspirar antes de colocarse de nuevo frente a mí.

—Alex no parece el mismo, y temo que se haya metido en un serio problema,

Beca, pero sé que mi sobrino no va a decirme la verdad si soy yo la que le pregunta

sobre ello. —Suelta un bufido con el que intenta mostrarse ofendida—. El muy

obstinado ya ha dejado muy claro que no va a permitir que su familia lo ayudemos o

nos entrometamos en su vida... —Su tono de voz cambia de repente—. Sin embargo,

tengo la esperanza de que tú puedas conseguir lo que ninguno de nosotros hemos

logrado en estos dos años.

Sofía me busca la mirada y yo la esquivo, demasiado incómoda como para sostenérsela en estos momentos.

—Beca..., debo confesarte algo que temo que haga que te lleves una

decepción.

—No me atrevo a preguntarle sobre qué, pero no es necesario. Sofía respira hondo

antes de continuar—. Hice una copia de las llaves de Alex la noche en la que mi

hermana lo trajo a la casa. Estas son las que pertenecen al estudio donde mi sobrino

trabaja. Aún no he hecho uso de ellas. No me vi capaz... —añade cuando lee mi

expresión de sorpresa y espanto. Mis sospechas acaban de confirmarse—, pero quiero

dártelas como muestra de mi confianza en ti y en tus sentimientos sinceros por Alex,

para que hagas lo que quieras con ellas.

Algo me dice que eso no es todo...

De repente, Sofía agarra mi mano con fuerza, me coloca las dos llaves sobre la

palma casi con desesperación y no me da la opción de rechazarlas. Luego envuelve

mis dedos en un puño y me mira a los ojos muy seria y sin soltarme.

—Beca, necesito que nos ayudes a comprender la razón de por qué mi sobrino

está actuando de una manera tan diferente a como solía. Por favor, si hay algo que

sepas de Alex, te agradeceré que nos lo digas. Todos estamos muy

preocupados por él

—recalca con los ojos brillantes.

—Yo...

—No voy a forzarte a nada, Beca. Aun así, espero que tengas en consideración

que todavía no he hablado con mi hermana sobre los antecedentes de tu familia.

¿Recuerdas que te dije que tu padre estaba relacionado con el accidente de hace dos

años? Te hablé también de una empresa... —Noto como voy tensándome a medida

que Sofía habla. Dentro de mí hay un caracol que se retuerce en su escondrijo y teme

lo que está a punto de oír—. Tu padre era el propietario de esa empresa, Beca. La que

vendió aquellos productos defectuosos que mi cuñado y sus dos hijos utilizaron

cuando uno de mis sobrinos murió.

Me muerdo el labio inferior hasta que noto que me escuece la piel. No estaba preparada para este repentino cambio de tema.

—No es cierto, Sofía. Tal vez te hayas equivocado. Tal vez...

Mi respiración se acelera. Todo mi sistema neurológico comienza a trabajar a un

ritmo desenfrenado. Las palpitaciones me golpean en el pecho con fuerza.

¡Oh, Dios mío! No...

—No puedes negarlo, Beca —insiste Sofía, y me observa con lástima—,
porque

sabes que estoy diciendo la verdad. Piensa en todas las deudas que tenéis y en
la

repentina desaparición de tu padre. ¿Vas a decirme ahora que no notaste
nada? ¿O que

ni siquiera tu madre te ha hablado durante todo este tiempo sobre ello?

Me levanto del asiento, ya no puedo permanecer más tiempo sentada
mientras

escucho sus palabras.

—No, Sofía. Lo que estás diciendo no puede ser verdad. No es...

Percibo que Sofía trata de acercarse a mí, pero en el instante en que siento
uno de

sus dedos sobre mi mejilla, todo el cuerpo me arde. La uña de su dedo marca
una

línea sobre mi piel, sin llegar a arañarme.

Estoy tan furiosa y perdida en estos instantes que ni yo misma me reconozco.

—Beca, ¿estás bien? —pregunta Sofía—. Te veo muy pálida.

—Estoy bien —respondo con la voz ronca, y me aparto, rompiendo el
contacto

piel a piel entre ella y yo.

Ahora mismo, mis pensamientos son un caos en mi cerebro.

—Deja que te ayude, Beca. Lo mejor será que te sientes de nuevo. ¿Quieres una

tila? —me ofrece Sofía; suena realmente preocupada.

Su voz es en verdad tentadora y fácil de escuchar, como la de los locutores de radio.

—No... Yo solo necesito marcharme de aquí —respondo, y me doy la vuelta con

un sentimiento de ahogo y la persistente imagen de una palabra: «¡Escapa!».

Me froto los ojos y, al hacerlo, noto que las llaves que me ha dado Sofía se me

hunden en la palma de la mano. Me detengo antes de llegar a la puerta, dudando.

—Todavía puedo ayudarte si me dejas, Beca. Pero si continuas haciendo oídos

sordos a la realidad, va a ocurrir algo peor que hará que definitivamente pierdas a

Alex —dice Sofía a mis espaldas de un modo que me produce escalofríos por todo el

cuerpo—. Y cuando eso suceda, no solo tú te arrepentirás: Alex se perderá también a

sí mismo y se romperá por completo —dice en un tono enigmático y profundo—, y ni

siquiera tú podrás recoger y unir de nuevo todos sus pedazos. El amor por sí solo no

lo puede todo, Beca. Este es el mundo real en el que vivimos.

Trago saliva con dificultad.

Estoy nerviosa, cansada, irritada y, sobre todo, confusa. Tiro con fuerza de la correa del bolso e intento deshacerme de todo el lastre de emociones que me embarga

al mismo tiempo. Después echo un vistazo a mi reloj de pulsera, casi escondido entre

todas las gomas de pelo que me rodean la muñeca. Me resisto a tirar con fuerza de los

coleteros.

Me siento al borde de un ataque de ansiedad.

Necesito aire fresco.

Compongo un gesto que espero que sea de seguridad, y me vuelvo ligeramente

hacia ella.

—Gracias por todo, Sofía. Pensaré en lo que has dicho —me despido con apenas

un hilo de voz. Es como si estuviera surcando un mar turbulento, mientras los truenos

zumban en mis oídos y los rayos parten mi alma en dos.

Ambas intercambiamos una intensa mirada que se me hace infinita, como si tratáramos de averiguar lo que hay en la mente de la otra. Pero, ahora mismo, yo solo

puedo pensar en afrontar cada instante, minuto, hora, día, semana... según lleguen.

No pensaré en nada más.

Quiero a Alex y no puedo tomar la decisión de revelar un secreto que solo a él le

pertenece, aunque mantenerme en silencio tenga un precio demasiado alto.

Sofía entorna los ojos y rodea su escritorio de cristal y de hierro forjado para regresar luego a su asiento, en el que se acomoda con una estudiada elegancia.

Después empieza a actuar como si yo no estuviera presente y centra toda su atención

en una de las carpetas con documentos.

«Sí, quizá esto sea lo mejor», me digo. Me doy la vuelta otra vez y me dirijo hacia

la puerta, en esta ocasión sin ninguna vacilación, pero antes de salir del despacho

escucho nuevamente su persuasiva voz.

—Si me necesitas, estaré aquí, Beca. Confío en que volverás —remarca Sofía,

llena de seguridad en sus propias palabras.

Esta vez no respondo. Dejo caer la puerta hasta que se cierra y recorro el mismo

camino que seguí al llegar aquí: paso por delante de la mesa de la mujer de las gafas

rojas, que me saluda, y entro de nuevo al pasillo que conduce hacia los ascensores.

Empiezo a contar números en cuanto siento que nadie me ve y doy un paso tras

otro mientras noto cómo la energía va fluyendo lejos de mí al mismo tiempo. La

intensa luz de los focos del techo me hace parpadear. Me aprieto los párpados con los

dedos una sola vez y luego continúo hacia delante.

«¡Genial! Estoy verdaderamente mareada», exclamo para mí.

Necesito encontrar un baño o al menos una papelera, una bolsa de plástico o...

Echo el aire por la boca de un modo intermitente.

Me encuentro muy muy...

Aire...

Inesperadamente, alguien me agarra del brazo y tira de él hacia arriba. Al alzar la

cabeza, descubro que es Alex.

¡Ay, Dios mío! ¡Es él, de verdad: Alex ha venido a buscarme!

En estos momentos, su rostro es una inquebrantable máscara de acero: mandíbula

apretada, líneas tensas y ojos que desprenden chispas. Aun así, no puedo evitar

apreciar lo atractivo que está con los tejanos desgastados y con algunos mechones

rebeldes de pelo cayéndole por la frente antes de que mi vista se nuble un

poco más.

Hago un enorme esfuerzo y me fijo en la mano con la que me ha sujetado, un pañuelo de bandana gris manchado de pintura envuelve su muñeca. Parpadeo de

nuevo. Lentamente alzo la vista por sus marcados músculos y los recorro hasta la

manga corta de la camiseta negra que lleva puesta. Esta oculta sin éxito las atléticas

formas de su cuerpo. No veo por ningún lado su camisa, por lo que parte de su tatuaje

tribal asoma por la piel de su brazo.

Respiro agitada.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir.

—Alex —murmuro con voz trémula. A pesar de que lo esperaba, en estos instantes no me siento con fuerzas suficientes para darle una explicación de lo sucedido o de por qué he venido hasta aquí.

Mi corazón bombea como si fuera a explotar con cada latido. A cada segundo que

transcurre, me cuesta más respirar y la vista se me sigue nublando ligeramente por

momentos.

Alex me contempla a través de aquella marea azul sin fin, y aprieta por un instante

los párpados como si dentro de él estuviera conteniendo a una bestia salvaje.

—Vamos —me apremia casi en un rugido, y echa a andar a largas zancadas, pasando al lado de una chica pelirroja.

A pesar de lo mal que me encuentro, todavía estoy lo suficientemente consciente

para percatarme de cómo ella me observa con curiosidad. Alex tira de mí para que no

me detenga otra vez y hace que me olvide de la chica.

—Alex..., no..., no corras, por favor —suplico con la voz entrecortada. Estoy

como si hubiera corrido una maratón.

Siento que cuanto más rápido vamos, mi estómago se pone peor. El sudor surge

de los poros de mi piel y de pronto tengo un mal presentimiento sobre cómo va a

acabar todo esto.

Al llegar a los ascensores, Alex aprieta el botón como si tuviera un serio problema

con él. Las puertas de uno de ellos se abren casi al instante, y tengo la sensación de

que estas parecen haber estado esperándonos todo este tiempo.

Alex me lleva con él hacia dentro sin mirarme ni una sola vez.

Suelto un gemido de dolor debido a la fuerza con la que me tiene sujeta, y, de

inmediato, él afloja la presión alrededor de mi muñeca con un gesto de culpabilidad.

Su pulgar traza pequeños círculos sobre mi piel, masajeando la zona enrojecida.

—Lo siento —se disculpa tan bajo que no estoy segura de si lo he imaginado.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunto.

—Simplemente lo he sabido, Rebeca —responde con una mirada penetrante que

deja claro que no va a darme más información al respecto.

—¿Por qué has venido hasta aquí, Alex? —insisto.

—Para encontrarte —responde él con tal intensidad que algo en el mismo centro

de mí se descarrila de sus vías, dejándome por completo desconcertada. Antes de que

pueda decir nada, la chica pelirroja entra con nosotros en el ascensor.

Brevemente y con disgusto, echa un vistazo a la mano de Alex sobre mi muñeca,

pero luego su cara cambia y sonrío a Alex como si ya lo conociera.

«¿Y si de verdad lo conoce?», me planteo.

—Hola, nos vemos de nuevo —dice con una bonita sonrisa. Algo que veo en ella

me intranquiliza... Es extraño, pero me resulta muy familiar. Hace un gesto de saludo

en mi dirección y yo se lo devuelvo como puedo.

Me giro hacia Alex con una expresión interrogante, pero él tiene la atención puesta

en los dígitos del tablero que hay dentro del ascensor, como si quisiera eliminarlos

uno a uno y utilizar los restantes proyectiles contra alguien. A pesar de ello, no solo no

me suelta del brazo, sino que desliza los dedos con delicadeza por mi palma hasta unir

su mano con la mía. La caricia es tan natural que me tranquiliza un poco, si bien él

mantiene cierta distancia.

Tomo aire suavemente y trato de no pensar en mi conversación con Sofia o en el

cúmulo de emociones que está a punto de salirme por la boca.

Las puertas se abren de nuevo y cinco personas, tres hombres con traje y corbata y

dos mujeres con faldas de tubo, pasan al interior. El grupo está discutiendo con voz

enojada un problema relacionado con los trabajadores de la fábrica que se encarga de

las telas, y apenas notan nuestra presencia. Creo que se refieren a una huelga de la que

he oído hablar por las noticias recientemente.

Más personas entran en la siguiente planta, entre ellas un payaso vestido de amarillo y rojo, y voy siendo desplazada sucesivamente a pequeños

empujones hasta

una esquina. Alex me aprieta la mano y tira de mí para que no me golpee contra las

láminas de metal y el espejo, pero, de pronto, la chica pelirroja se echa hacia atrás y

dejo de sentir los dedos de Alex sobre los míos, aunque sí noto la espalda de ella, que

aplasta dolorosamente mi brazo contra la pared del ascensor. Gimo.

—Lo siento —se disculpa esta, y se muerde el labio inferior con timidez. Sin embargo, no estoy segura de que esté siendo del todo sincera, y menos cuando vuelve

a echarse más hacia atrás y mi codo choca de un modo contundente con la pared.

«¿Lo está haciendo a posta?», me sorprendo.

Antes de que pueda decir nada, un punzante dolor en el estómago hace que me

doble en dos y que abra la boca con una arcada. Me tiembla todo.

De repente, el brazo me cae sin vida sobre el costado. Ni siquiera tengo fuerzas

para tratar de llamar a Alex.

«¿Dónde está él ahora mismo?», me pregunto aterrorizada.

Noto puntitos brillantes en la visión.

Apoyo la nuca en la parte de la pared metálica, donde absorbo el frío que

desprende el material, pero ni siquiera eso logra calmar el burbujeante malestar que

asciende por mi garganta.

Me llevo la mano a los labios y cierro los párpados con fuerza.

Una chica se queja con un gemido. Se oye tan lejos...

—Lo siento —murmura alguien en tono cáustico y familiar.

Es... es Alex. En algún lugar en medio de todas aquellas voces oigo que él pide el

bolso a alguien.

Me contraigo sobre mí misma.

Ya no puedo contenerlo por más tiempo dentro de mí. Entreabro la boca y noto

primero la acidez en mi paladar.

«¡No!», grito solo para mí, horrorizada. Hundo los dedos en mis labios como si la

vida me fuera en ello. Las lágrimas se me saltan de los ojos.

De repente, siento la cálida mano de alguien por detrás de mi cuello.

—No lo contengas más, Rebeca —me ordena con ternura Alex al oído, y eso es

todo cuanto necesito escuchar...



Capítulo 40

BECA

Cada porción de mi piel palpita energicamente. Es como si se hubiera encendido

una chimenea dentro de mi estómago y las ascuas incandescentes saltaran contra las

paredes, dejándolas en carne viva.

En un lapsus de conciencia veo que Alex devuelve el bolso a alguien junto con

algo más que no me da tiempo a distinguir.

Parpadeo.

Alex se sube parte de la camiseta y deja al descubierto sus abdominales bien trabajados. A continuación, da un paso hacia mí y, todavía con la camiseta agarrada

con una mano, la levanta en mi dirección y observa mi boca. Con espanto, intuyo sus

intenciones de limpiarme ante todo aquel público y me muevo hacia otro lado, pero él

me aprisiona por uno de los hombros y frota el borde de la tela contra mi boca con un

rápido movimiento. Antes de que pueda reaccionar, me rodea con uno de sus largos y

fuertes brazos y me atrae hacia un lado de su pecho en un ademán protector. El calor

gradual que emana de su cuerpo al mío me reconforta un poco.

—Mi musa... No voy a dejarte sola —susurra, de modo que solo yo pueda oírlo.

Me besa la frente.

—Alex..., salgamos de aquí, por favor —ruego con un hilo de voz.

Mis mejillas deben de ser ahora mismo igual que dos sirenas de emergencia.

Él asiente sin dejar relucir ninguno de sus pensamientos; me presiona con

suavidad el hombro y me conduce directa hacia el vestíbulo en cuanto el ascensor se

abre en la primera planta.

Alzo la cabeza hacia Alex y lo observo mientras caminamos rápido gracias a la

sujeción que él me ofrece: noto que sus cejas se acercan la una a la otra de un modo

amenazante ante cualquiera que se atreve a mirarme con lástima. Pero descubro, no

sin dejar de asombrarme, que la gente se aparta y nos abre paso en cuanto lo ven a él a

mi lado. Incluso algunas personas lo saludan con respeto al pasar por delante. Oigo

tenuemente cómo los empleados cuchichean sobre nosotros a nuestras espaldas, y

siento que una peligrosa aura de desafío envuelve a Alex, lo que les hace cerrar las

bocas al instante cuando este dirige su atención hacia ellos de forma fugaz. De

repente, mi corazón se estremece por una nueva emoción muy intensa, que se extiende

por todas mis extremidades a una velocidad vertiginosa.

—¿Crees que se olvidarán de esto? —pregunto con la voz ronca.

Alex se inclina hacia mí con una sonrisa pícaro y seductora.

—Con franqueza, mi musa. Me importa una mierda —concluye con indiferencia,

al más puro estilo de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*.

Continuamos nuestro camino sin decir ni una palabra más. Mientras, Alex carga

con casi todo mi peso. Es la primera vez que me siento así de frágil. Siempre he sido

yo la fuerte: la hija que debía afrontar las malas situaciones y trabajar duro

para

solucionarlas, la hermana que debía ser responsable, la chica que no podía ir más lejos

del instituto y que siempre pensaba en la prueba de acceso a la universidad. Sin

embargo, tener aquí a Alex me hace creer en imposibles, en que tal vez sí que exista

esa persona única en la que puedes confiar ciegamente y por la que puedes darlo todo

sin temer a las consecuencias. Siento que, ahora mismo, todas las reglas por las que

me he regido y por las que he estado segura a lo largo de mi vida son inútiles.

Pierdo la noción del tiempo según avanzamos y apenas me percató de cuando

cruzamos las puertas de salida del edificio. De pronto, Alex se detiene y me ayuda a

sentarme en un pequeño banco de madera. En la esquina superior derecha distingo

una pintada de color blanco hecha con lo que intuyo que debe ser tóxica: «A x B para

siempre».

Parpadeo con fuerza, pero la pintura continúa en el mismo lugar.

Esto es el destino.

Alex parece interesarse también por el dibujo, pero no dice nada.

—Espera aquí un segundo. Y por el amor de Dios, no te muevas, Rebeca —

me

ordena Alex contundente y con una expresión severa que provoca que trague saliva.

Al instante echa a correr y desaparece tras unos árboles con pequeños frutos de color

pardo.

Sin embargo, no tengo que esperar mucho. Al cabo de unos minutos regresa

cargado con una bolsa de plástico transparente que contiene dos latas de Coca-Cola,

una botella pequeña de agua y lo que imagino que es un paquete de clínex.

—Esto hará que te sientas mejor —me asegura Alex, y me pasa una lata después

de abrirmela. Sus dedos acarician los míos por un breve momento—. Bébelo a

pequeños sorbos —me instruye con más suavidad.

—Gracias —musito tímidamente.

El líquido burbujeante pasa frío por mi garganta y elimina parte del sabor agrio

que tengo en el paladar.

Mientras tanto, Alex se agacha de cuclillas frente a mí y apoya los codos sobre sus

rodillas. No parece darle mucha importancia a la tierra y al remolino de hojas secas

que se pegan a sus tejanos desgastados cuando una repentina corriente de aire

se

levanta. De inmediato, Alex extiende sus brazos y coloca las palmas de las manos de

tal manera que impide que el viento me llegue a la cara mientras bebo el refresco.

Cuando el tiempo recupera su calma anterior, relaja la postura.

El labio inferior me tiembla. Estoy muy agradecida, muy conmovida, muy enamorada.

A continuación, Alex abre la botella de agua que he visto antes en la bolsa y vierte

parte de su contenido sobre uno de los clínex. Entonces, se vuelve hacia mí y empieza

a humedecerme con delicadeza la frente y por detrás de las orejas.

«¡Dios...! Mi estómago da vueltas —pienso, y trato de concentrarme solo en Alex

—. ¡Madre mía! Tiene unas manos mágicas».

—Tienes mejor color de cara —dice de repente.

—Sí. —La palabra me brota de los labios antes de meditarlo bien. No puedo verme ahora mismo, pero confío plenamente en que es así.

Alex desliza su mano hasta la curva de mi cuello y después vuelve a mojar otro

pañuelo, con el que me refresca las muñecas mediante pequeños y suaves toques.

Noto una maravillosa sensación refrescante y siento como van desapareciendo el

sudor y el mareo. Observo la expresión abstraída de Alex y desvío la vista de manera

gradual por su cuerpo: toda la ropa se le ajusta de un modo sexy y perturbador. Sus

anchos hombros son un cuento de hadas, y deseo más que nunca esconder mi cabeza

en aquel hueco varonil en forma de ele e inhalar su familiar aroma, pero me contengo.

Debería ser yo la que estuviese consolándolo, y sin embargo él está ahí para mí. Le

miro con adoración.

Alex es muy especial, y siento que es un regalo demasiado valioso.

«¡Dios mío! No quiero perderlo y no quiero que él se pierda», pienso recordando

lo que Sofía me ha dicho en su despacho. Si al menos hubiera una forma de que Alex

pudiera sincerarse con sus padres y que yo pudiese seguir a su lado... Pero si lo que

Sofía insiste en afirmar sobre mi padre es cierto, ¿cómo podrá Alex o su familia

perdonármelo? ¿Cómo podré afrontarlos cara a cara?

—¿Dónde estamos? —pregunto. Mi voz me rasca dolorosamente en las cuerdas

vocales, a pesar de que gracias al refresco me voy recuperando.

—Estamos en el parque que hay detrás de la empresa de mi familia —explica

Alex, y entonces fija sus ojos en mí como un halcón al acecho, absorbiéndome a

través de aquellos dos brillantes zafiros.

Pero yo esquivo su mirada interrogante y preocupada y contemplo hecha un manojo de nervios el lugar donde me ha traído. No veo ningún letrero que anuncie

cómo se llama este sitio, y no debe de quedar mucho para que anochezca, pero

todavía hay algunas personas alrededor.

En ese momento, dos niños de pelo negro y corto pasan corriendo detrás de unas

palomas, que echan a volar espantadas por los chillidos de alegría de los pequeños.

Enfrente diviso una enorme fuente gris con dos figuras de piedra oscura que se

contornean en el centro, y a nuestra derecha hay una joven pareja haciéndose arrumacos. Ambos comparten una mirada melosa que deja más que claros los sentimientos del uno por el otro. Parecen normales y siento cierta envidia.

Ellos podrían ser perfectamente nosotros dos ahora mismo.

—Rebeca..., ¿estás mejor? —pregunta Alex devolviéndome a la realidad, y me

coloca una mano sobre la rodilla derecha. Siento cómo el calor de sus largos dedos

puede atravesar la tela vaquera de mis pantalones.

Tiene los ojos entornados.

Me paso una mano por la frente y agacho la cabeza.

—Creo que sí —respondo despacio.

De pronto, recibo un golpecito en la sien izquierda. Alzo el rostro y descubro que

Alex se ha puesto en pie y que sostiene un paquete de chicles de regaliz detrás de mi

oreja, como si acabara de hacer un truco de magia.

Agradecida, tomo uno. Él se lleva otro a la boca y no deja de observarme muy

atento, como si tratara de provocarme.

Incómoda, trago saliva. El tiempo de tregua por lo sucedido ya se ha acabado; su

paciencia tiene un límite.

—Por favor, dímelo. ¿De quién era el bolso en el que he vomitado, Alex? —

pregunto pensando en la posibilidad de regresar para disculparme para

comprometerme a limpiar el bolso, o llegado el caso, me planteo que quizá deba

comprar uno nuevo a su propietaria.

—No lo sé, no me fijé —comenta Alex, poco interesado en lo que acabo de

preguntarle. La manera como continúa examinándome desde arriba me inquieta. Ante

él me siento desnuda—. No hay necesidad de que te preocupes, Rebeca. Ya me he

encargado de compensar la pérdida —asegura resuelto solo cuando nota que no estoy

conforme con su respuesta.

Me viene la imagen borrosa de unos billetes que pasan de unas manos a otras en el

ascensor y me enojo.

—¡Alex! —salto alterada, y me pongo también de pie—. No deberías...

Él me clava la mirada con dureza, y yo aprieto los labios con fuerza.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —inquiero cambiando de tema.

Él se ríe unos segundos, y luego una sonrisa cínica se ciñe a su rostro.

—Meterte en el coche no era una opción, mi musa —dice sin responder a mi

pregunta. Por su mirada socarrona y su voz burlona, intuyo que hay algo más detrás

de sus palabras, pero no comento nada al respecto. Alex carraspea—. ¿Y bien? ¿Vas a

decirme ahora qué coño hacías en la empresa de mi tía? Y... joder, Beca.

¿Por qué

tenías ese horrible aspecto cuando te he encontrado? —Su tono adquiere un matiz de

fiereza y preocupación mezcladas que me termina de espabilar.

Me vuelvo a sentar. De fondo, las risas de los niños llenan el ambiente de alegría;

sin embargo, esa felicidad no alcanza mi corazón. Alex se sitúa convenientemente

delante de mí e impide que pueda ver otra cosa que no sea él, con lo que la imagen de

los niños jugando desaparece de mi visión.

Me fijo en que Alex se cruza de brazos y se mantiene a la espera de que le diga

algo. Si bien todo su cuerpo aparentemente está relajado, me imagino que no va a

permitir que me vaya a ningún lugar hasta que no le dé una respuesta clara.

—Fui a verla —confieso con un hilo de voz—. Quizá no fue la mejor idea... —

reconozco por fin, y siento, a medida que hablo, que lo que estoy diciendo es más

para mí que para que él lo oiga. De algún modo, confesarlo me quita parte de la

pesada y emocional carga que hay en mi pecho.

—Es bueno que lo sepas, mi musa... —acepta Alex; no suena acusador. Levanto

la vista y veo que él entorna los ojos. El azul que atisbo en ellos no solo es eléctrico,

sino también una advertencia de la tormenta que puede desencadenarse en cualquier

momento. Está enfadado, muy enfadado. Del mismo modo que yo lo he estado

muchas veces cuando alguno de mis hermanos me ha mentado o me ha escondido una

parte importante de la verdad.

—Siento no haberte dicho nada. —La saliva se me espesa, dificultándome la tarea

de hablar.

—Está bien, siempre que no vuelvas a hacerlo —concede Alex mucho más tranquilo, y noto que sonrío un poco. Pero la tregua no dura mucho tiempo: como

intuía, él no deja pasar el tema fácilmente—. ¿Para qué fuiste, Rebeca? ¿Por qué no

me dijiste nada? —insiste implacable. Sigo en silencio—. ¿Fue porque ella te coaccionó de algún modo? —Su peligrosa entonación me produce un escalofrío por

la columna vertebral.

Cierro los párpados para no ver aquel rostro que puede leerme tan bien. Él me toma por los hombros y me obliga a abrirlos de nuevo.

—No, Alex. No... Yo... ¡Dios mío! —Me suelto y luego me echo el pelo hacia

atrás con desesperación. Alex se aparta y me deja un poco de sitio hasta que me

tranquilizo—. ¿Podemos hablar de ello en otro momento? Creo que todavía

no me

siento bien del todo —ruego en un murmullo.

Mastico con fuerza el chicle.

Alex se deshace del suyo con un gesto brusco, inspira el aire con fuerza y asiente

una sola vez después de unos segundos durante los cuales doy por hecho que va a

negarse. Luego inclina medio cuerpo, atrae con suavidad mi cabeza contra la suya y se

queda completamente quieto. Todo mi cuerpo se paraliza de súbito.

Pum, pum, pum... El corazón me late en los oídos y repercute en mi pecho con

incertidumbre.

—Solo dime una cosa —dice de pronto Alex con una voz grave que logra

acariciar mis labios sin tocarlos.

Sus ojos están tan cerca de los míos que únicamente tengo que cerrarlos si quiero

rozar sus pestañas.

—¿Qué? —murmuro con la voz ahogada y la respiración agitada.

—¿Tú y yo...? —Alex hace una pausa y con dos dedos repiquetea un par de veces

sobre la curva mi cuello, en el mismo lugar donde nace mi cabello.

Me estremezco, pero al instante me vuelvo a tensar. Alex no suele ponerse

nervioso. Me libera y se separa unos centímetros, como si fuera ahora él quien

necesitara espacio.

La brisa sopla entre nosotros y atrae el vivo aroma de las flores y de la sabia de los

pinos, pero también barre hacia mí el perfume especial de Alex.

Un escalofrío me recorre la coronilla.



Capítulo 41

BECA

Empiezo a temer lo que va a proferir.

—¿Tú y yo...? ¿Qué quieres decir Alex? —pregunto, y alzo todavía más la cabeza

hacia él.

Alex suelta el aire con exasperación.

—Nada... Hablaremos después, Rebeca —concluye con una voz carente de emociones que me deja demasiado intrigada como para no darle importancia a lo que acaba de decirme.

Me da un beso en la frente y me distraigo.

Los labios de Alex presionan mi piel durante unos instantes, descolocando todos

mis pensamientos de uno en uno. Sus labios están fríos y ásperos, como si se los

hubiera estado mordiendo con rabia.

—Alex...

Al llamarlo, él se retira hacia atrás y se pone de pie con una languidez torturadora.

Entonces, me ofrece una mano con una sonrisa. Siento que no es sincera y percibo un

leve matiz melancólico en ella.

Miro directamente a sus ojos, de un infinito azul, y él me devuelve una mirada

igual de intensa.

Su sonrisa desaparece.

—¿Nos vamos? —propone, como si nada acabara de suceder.

Dudo por un momento, no puedo creerle del todo.

No obstante, al final tomo su mano.

«¡Oh, no! Esto no me gusta... Está siendo demasiado dócil», me dice mi subconsciente.

—Sí —respondo con lentitud.

Al instante, él tira de mí, y en silencio caminamos hasta la salida del parque.

Hay una tensión invisible entre nosotros y que resulta diferente a las otras veces en

las que Alex me ha pedido que le dijera la verdad. En esta ocasión siento como si

estuviera en una balanza: yo en un lado y él en el otro, pero el plato que me sostiene

se tambalea y baja un poco, mientras que del lado de Alex sube, distanciándole más de

mi lado.

Alex me agarra con más fuerza la mano y noto como sus ojos me examinan

interrogantes, aunque no expresa su pregunta en voz alta. Entonces me doy cuenta de

que me he detenido en medio del camino.

Niego con la cabeza, retomo la caminata y él no vuelve a insistir. Arroja las latas

vacías junto con la bolsa de plástico en una papelería y luego me conduce hasta un

coche rojo de línea deportiva de dos puertas, que acaba de pararse justo delante de un

paso de peatones que hay frente a nosotros.

Al acercarnos, descubro que Iván está dentro, cogiendo el volante, como si hubiera estado esperándonos. Veo que saluda a Alex de inmediato, mostrando una

cascada de dientes irregulares, y luego gira la cabeza hacia mí. Me echa un rápido

vistazo con curiosidad, pero por lo demás hace como si no me conociera, igual de

indiferente que aquella vez que me lo encontré en la entrada del edificio de la familia

de Alex.

«¿Por qué actúa de una manera tan extraña?», reflexiono, y pienso en la posibilidad de que debido a mi presencia se haya sentido ofendido de algún modo.

Veo como Alex intercambia una especie de señal breve con él, y al instante este

sale del coche y echa el asiento del conductor hacia delante, invitándonos a entrar.

Lanzo una mirada confusa a Alex. El coche parece nuevo, nunca lo había visto

antes. Él asiente con la cabeza para tranquilizarme y me relajo.

No es la primera vez que cambiamos de vehículo. Tratándose de Alex, debería

haberme acostumbrado a esto hace tiempo.

—Pasa primero, Beca —me invita con un rostro inescrutable, y luego posa una

mano encima de mi cabeza para que no me dé con el techo—. Ponte el cinturón —me

ordena.

—¿No vas a pasar también dentro? —pregunto al divisar un espacio vacío a mi

lado.

—No voy a sentarme atrás —explica Alex con calma.

Suena tan tranquilo después de todo lo que ha ocurrido que no consigo sentirme

muy cómoda con su respuesta. Es como si mi subconsciente me advirtiera de que

debo estar alerta con él.

Con un sentimiento de incertidumbre golpeando en mi pecho, echo un vistazo a

Iván, pero este se encuentra de espaldas a nosotros en la calle, imagino que aguardando a que terminemos de instalarnos.

Me aclaro la garganta. El cinturón, como un mal augurio, está atascado, y no logro

tirar más de él. Vuelvo a intentarlo.

—Espera, Rebeca. Te ayudo —dice Alex.

Paciente, se inclina sobre mí y mueve hábilmente la cinta de un lado a otro hasta

que cede, rozándome varias veces el cuerpo en el proceso. Su pelo me hace cosquillas

en la mejilla y me estremezco. Inspiro hondo: la fragancia de Alex dentro de este

pequeño espacio es todavía más abrumadora y sexy, un combinación letal de aroma de

regaliz y aire fresco procedente del parque donde acabamos de estar.

Las mariposas de mi estómago se despiertan todas al mismo tiempo y comienzan a

aletear dentro de mí a un ritmo frenético, haciendo que mis sentimientos más ocultos

surjan con más fuerza desde el mismo centro de mi corazón.

También a la vez, los orificios de mi nariz se dilatan más y de forma inconsciente

cierro los ojos y me dejo llevar por esta agradable sensación. Levemente, oigo que

Alex me susurra algo a la oreja. Su aliento sopla por encima de mi lóbulo como una

brisa cálida. Estoy tan ensimismada que ni siquiera me percato de lo que Alex acaba

de decirme.

—¿Qué has...? —No logro terminar la frase.

De pronto, echa el asiento del conductor hacia atrás e Iván se instala casi al

instante en él. Enseguida, la puerta se cierra con un crujido sordo y poco después oigo

el sonido inconfundible del motor.

Antes de que pueda procesar lo que está ocurriendo, el coche ya se ha puesto en

marcha dejando atrás a Alex.

—¡Espera! Alex... Alex no ha subido todavía —tartamudeo, y me peleo con el

cinturón de seguridad para quitármelo. Este se me resiste.

—Y no lo hará, preciosa —me informa Iván en un tono pausado que me hace desconfiar de inmediato—. Todavía tiene asuntos que resolver aquí, en la empresa.

Me abalanzo hacia el respaldo de su asiento, le agarro del hombro y lo zarandeo.

Desesperada, me doy cuenta de que acabo de ser engañada por completo.

Mido mis posibilidades a gran velocidad. No hay modo de que pueda salir del vehículo sin pasar por las puertas delanteras, e Iván es un peso imposible de mover si

no es por voluntad propia. Sus hombros son al menos cuatro veces los míos y sus

brazos parecen dos piernas de elefante. Las serpientes tatuadas de sus extremidades

superiores me observan burlonas.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. El otro asiento ha sido bloqueado

también. Estoy atrapada igual que una mariposa en un bote de cristal. Puedo

respirar,

sí, pero no elegir en qué lugar quiero estar.

—Entonces, deja que me baje también aquí. Me voy con Alex —decido—.
Iván

—lo llamo, y le toco la cabeza.

—¡Eh, princesa! Vas a despeinarme.

Miro su cabeza rapada al cero e ignoro su chiste.

—Por favor, para el coche. No puedo dejar que Alex se vaya solo. Él podría,
podría... ¡Dios mío! No sé qué podría hacer, pero estoy segura de que no será
nada

bueno —digo recordando la triste sonrisa que Alex ha esbozado en el parque.
Sabía

desde el principio que aquel silencio no auguraba nada bueno. Alex no es
alguien que

deje estar las cosas. «¿Por qué no me he dado cuenta antes de sus
intenciones?», me

frustro—. Por favor..., Iván —suplico.

El semáforo está en verde e Iván no muestra signo alguno de querer atender
mi

petición.

—No puedo hacer lo que me pides, princesa, pero te llevaré a cualquier otro
lugar

que desees —se ofrece, y suena compasivo.

Giro la cabeza hacia la empresa de Sofía, que hemos dejado atrás y que cada vez

está más lejos de mi alcance. No veo a Alex por ninguna parte; ya debe de haber

entrado, y creo saber a dónde se dirige tan apresurado.

Tomo mi teléfono y lo llamo, pero ha apagado su móvil. Respiro hondo y cuento

mis latidos. He actuado antes sin hablar con él, y ahora Alex quiere que respete su

decisión. Es lo justo, no puedo culparlo.

—Por favor, Iván. Llévame a casa —digo al fin.

Le proporciono mi dirección, aunque al cabo de un rato me doy cuenta de que ni

siquiera es necesario. No sé cómo la ha averiguado, pero es evidente que él ya conoce

muy bien el camino.

—Estará bien —me tranquiliza Iván, y no hace falta que diga a quién se refiere,

los dos estamos pensando en la misma persona.

Aprieto los dientes porque no estoy tan segura de ello. Me retuerzo los dedos en el

regazo, y cuando ya no puedo más, comienzo a tirar de las gomas de mi muñeca. La

piel de alrededor no tarda en enrojecerse.

Iván sube el volumen de la radio, me imagino que para llenar el silencio que se ha

instalado en el interior. Suena una canción de One Republic: *Love runs out*.

I'll be your light, your match, your burning sun

I'll be the bright, in black, that's making you run

And I feel alright, and we'll feel alright

Because we'll work it out, yeah we'll work it out

Now I'll be doing this, if you ever doubt

Till the love runs out, till the love runs out. [\[1\]](#)

Con sentimientos encontrados, descubro que la canción es la misma que Alex usa

como tono en su móvil, y eso me hace pensar todavía más en él.

Me estremezco.

—Ya estamos —anuncia la voz áspera y fuerte de Iván.

Parpadeo. Esperaba que el trayecto se me hiciera más largo.

Iván estaciona el coche frente a la entrada de mi edificio de trece plantas.

Ahora

que vuelvo a estar en casa, he recuperado la urgente necesidad de salir de este vehículo.

Espero contando los segundos a que Iván salga primero y luego me levanto.

—Gracias —murmuro cuando, al igual que Alex ha hecho antes conmigo, coloca

una mano encima de mi cabeza para que no me golpee al salir.

Justo en ese instante, cuando paso por debajo del brazo de Iván, descubro a mi

madre a tan solo unos metros, mientras cruza la calle lateral. Todavía lleva puesto su

uniforme de trabajo celeste y anda cabizbaja. Debe de estar regresando de hacer horas

extras.

Sin perder más tiempo, me despido de Iván y corro hacia mi madre.

Ella levanta la cabeza en cuanto la llamo y me observa sorprendida. Una sonrisa

cansada se planta en su envejecido rostro. Su pelo está tan estirado hacia atrás en un

moño alto que parte de sus arrugas han desaparecido.

Algunas farolas de la calle se encienden y la oscuridad parece abrazar el día con

más intensidad, dando a las pocas luces de la calle una mayor fuerza.

—Beca... ¿Cómo...?

Al escuchar su voz, de pronto siento que todos mis recuerdos adormecidos

despiertan en mi cabeza, uno tras otro: las últimas peleas entre mis padres antes de que

me marchara de viaje con el resto de mi curso, las imágenes de mamá llorando en el

sofá cuando descubrió que estábamos endeudados y que papá se había ido y,

por

último, Víctor recriminándome hace unas semanas que no sé nada de lo que está

sucediendo.

Todo florece de repente como si la primavera acabara de llegar, y comprendo que

no tengo otra opción para conseguir lo que quiero.

—Mamá —la interrumpo. Mi garganta vuelve a estar seca e igual que si hubieran

pasado una lija por ella, pero no dejo que el dolor me frene. Trago saliva—. ¿Por qué

desapareció papá hace dos años? —inquiero directamente—. ¿Fue por la empresa? —

insisto al no recibir respuesta.

La cara de mi madre se ensombrece y sus ojos adquieren un brillo que pasa de la

duda a la tristeza y, finalmente, al enfado.

—Beca... —masculla.



Capítulo 42

BECA

Mi madre mira con las mejillas encendidas hacia ambos lados de la calle, que está

casi vacía, como si temiera que alguien hubiese oído lo que acabo de preguntarle. Su

exagerada reacción me descoloca.

Por el rabillo del ojo observo que Iván todavía no se ha marchado. La puerta del

conductor del coche está ligeramente abierta y tiene un pie fuera, sobre la acera gris;

aparenta estar muy ocupado buscando algo bajo el asiento delantero de piel. Trato de

no pensar en lo sospechoso que parecen todos sus movimientos, o en las serpientes

que le recorren los brazos, y me centro de nuevo en mi madre. Ella también se ha

fijado en la llamativa presencia de Iván dentro del Porsche rojo, ya de por sí bastante

escandaloso en esta zona del barrio.

Noto que mi madre agarra con más fuerza su bolso de plástico marrón, casi del

tamaño de una maleta de mano, que siempre utiliza para ir a trabajar, y luego se

desplaza de tal modo que parece que trata de ocultarme para protegerme.

De niña, ella siempre solía hacer eso mismo cuando estaba preocupada, y todavía

lo sigue haciendo. Quiero gritarle que ya no soy esa pequeña que llevaba a la

guardería sujeta de la mano, pero hay algo más importante que debo decirle en estos

momentos.

—Hace dos años que papá se marchó, pero nunca me explicaste el verdadero

motivo, mamá. Ni a mí ni a ninguno de todos nosotros —digo refiriéndome al resto

de mis hermanos. Al instante recupero su atención. Ella frunce su ceño con fuerza. No

obstante, me trago el nudo de emociones que me cosquillea por todo el cuerpo y

continúo—: Papá declaró la empresa en bancarrota, así que di por hecho que la deuda

era la razón de que se alejara de nuestras vidas, pero... no fue solo eso, ¿verdad? La

vez que os encontré discutiendo en casa él dijo que tú no le habías permitido regresar.

¿Por qué mamá? ¿Fue porque él cometió un deli...?

—¡Para, Rebeca! No hables más. Subamos a casa, por favor —me interrumpe en

un tono cortante antes de que pueda acabar de decirlo todo, y lanza una mirada furtiva

y recelosa al lugar donde todavía está Iván, el cual juega distraído en estos momentos

con un cubo de Rubik. Trato de ignorarlo y recuerdo que mi madre acaba de usar mi

nombre completo.

«¡Oh, no! Esto no pinta bien», me inquieto.

—No, mamá —niego en redondo. Temo que después no sea capaz de continuar

con esto—. Esta vez no voy a moverme de aquí hasta que me digas toda la verdad —

recalco, y me cruzo de brazos.

—No seas ridícula, Rebeca. Estoy demasiado cansada como para discutir en estos

momentos contigo algo que ya terminó hace mucho tiempo. ¡Sube conmigo a casa! —

ordena.

La rabia me burbujea por la sangre. Aprieto los labios llena de un sentimiento de

impotencia mientras los ojos de mi madre me taladran durante unos segundos, como

si fuera una niña caprichosa.

—Por favor, mamá —le suplico. No me quedan fuerzas para otro nuevo enfrentamiento después de lo sucedido esta tarde con Sofia.

Mi madre cierra los párpados al notar mi cambio de la furia a la tristeza. La oigo

exhalar un lento suspiro de exasperación, y acto seguido veo como su expresión se

transforma en una mueca de agotamiento total que remarca más las sombras de su

rostro enjuto.

Cuando ella vuelve a abrir los ojos, siento más que nunca que soy incapaz de leer

sus pensamientos.

El cuerpo se me enfría. Una leve brisa brota de alguna parte y nos revuelve a

ambas el cabello, a mi madre solo aquellos hilos castaños de pelo que escapan de su

moño.

—Puedes subir o quedarte aquí, hija. Haz lo que quieras —espeta sin apenas energías.

Una vez ha terminado de hablar, encamina su pequeño y delgado cuerpo en dirección al portal con pasos rápidos, dejándome atrás.

«¡Será tozuda! No va a decirme nada...», me quedo sin palabras.

Respiro hondo y lleno mis pulmones; no quiero perder la esperanza y alzo la cabeza hacia el cielo mientras trato de pensar en qué otra cosa puedo hacer. En la

ciudad, es difícil ver estrellas de noche, pero puedo vislumbrar algunos puntos de luz

si entrecierro los ojos.

«¡Oh, Dios! No se me ocurre nada», me frustró.

Al bajar la vista, me encuentro con que Iván está observándome detenidamente.

Cuando se percató de que me he dado cuenta de ello, me obsequia con aquella sonrisa

de dientes torcidos suya tan característica y luego continúa como si nada hubiera

sucedido, moviendo las piezas del cubo de Rubik.

«¡Ay, madre mía! Va a asustar todavía más a mi madre», me temo. Querría preguntarle por qué aún no se ha marchado, pero hacerlo ahora es demasiado arriesgado.

Decidida a no darme por vencida con tanta facilidad con ella, me acerco también

al portal. Mi madre ya ha sacado las llaves e introduce una dentro de la nueva

cerradura que ha mandado instalar el presidente de la comunidad de vecinos.
La llave

se le atasca en el agujero y la oigo despotricar entre dientes.

Ofuscada, suelta un bufido y se ensaña con la cerradura.

Evito hacer algún tipo de comentario que la altere aún más y me pongo a su lado.

No puedo evitar encontrarla graciosa, a pesar de la situación. Reprimo una sonrisa.

—¿Me permites que lo intente? —pregunto con suavidad. No me contesta, pero se

hace a un lado, así que lo tomo como un sí.

Abro la puerta a la primera, ganándome otro bufido. No obstante, espero a que

pase ella primero y luego la sigo sin dejar de observarla. Cuando entramos al ascensor, las tripas se me revuelven de nuevo.

Todavía es muy reciente lo que ha ocurrido en la empresa de la tía de Alex, la manera como todos nos han mirado dentro del ascensor después de vaciar mi estómago en ese bolso, y también cómo Alex me ha rodeado con su brazo, ofreciéndose a ser mi escudo de carne y hueso.

Mi respiración se acelera y trago con esfuerzo.

—¿Estás bien? —pregunta mi madre examinándome el rostro con preocupación.

Por un momento parece haber olvidado su enfado.

Me seco una gotita invisible de saliva del labio inferior y asiento sin mirarla, temiendo que los ojos me traicionen.

—Han pasado dos años, Beca. ¿Por qué me preguntas sobre tu padre ahora?

—

dice de pronto, pillándome desprevenida—. Hija..., tú no sueles hablar nunca sobre lo

que ocurrió antes de que nos mudáramos aquí. ¿Ha sucedido algo hoy que deba

saber? —inquiérese con delicadeza.

Me rodeo la muñeca derecha con la mano. Tocar las gomas me ayuda un poco a

tranquilizarme.

—Sí —respondo sin más circunloquios, y luego le devuelvo la mirada

esperanzada. Tal vez sí que consiga aclarar las cosas con ella después de todo, y no

voy a malgastar la oportunidad que ha surgido discutiendo que es ella la que nunca ha

querido hablar del pasado.

Mi madre me estudia de un modo extraño. Traga saliva antes de hablar.

—Beca, ¿Daniel... ha ido a buscarte o te ha hablado de lo que le sucedió? —se

interesa con voz trémula.

Ha dicho «lo que le sucedió». Eso ha sonado demasiado preocupante.

—No, no ha ido a buscarme, y tampoco hemos hablado —respondo con cautela, y

le oculto que hoy lo he visto en el despacho de Sofía. Por algún motivo que desconozco, siento que no es bueno que ella lo sepa aún.

De inmediato recuerdo la nota con el número de móvil de Daniel, que Sofía me

arrebató con tanto interés. No sé por qué estaba en el libro de poesía de Bécquer que

me dio la profesora, ni quién la colocó allí, pero no me quito de la cabeza la voz de mi

padre llamándome por mi nombre una y otra vez. Desde aquella llamada no ha vuelto

a tratar de ponerse en contacto conmigo. Pero... ¿y si lo hizo él? ¿Y si meter su

número de teléfono en mi libro fue un intento desesperado para comunicarse conmigo?

—Está bien —dice mi madre con evidente alivio, sacándome de mis cavilaciones.

Pero rápidamente vuelve a ponerse en guardia. Me pongo tensa, también—. ¿Con

quién has estado entonces esta tarde?

—He estado con Alex, y su tía... —empiezo a decir. De repente, mi madre abre los

ojos como platos, como si acabara de llegar a una conclusión aterradora.

Su expresión provoca que me inunde la incertidumbre. Definitivamente, ella sabe

algo, pero teme contármelo.

—¿Has conocido ya a su familia? ¿Y a sus padres? —exclama con algo más que

un sentimiento de preocupación.

Todo mi cuerpo vibra de excitación ante lo que puede suponer ese repentino interés que ella presenta por la familia de Alex.

—Sí, mamá. ¿Por qué sueñas tan rara? Pensaba que ya habías aceptado a Alex.

Observo cómo su rostro, que siempre ha sido duro e inflexible tras la desaparición

de Daniel, se resquebraja un poco más.

—Quizá no debería haberlo hecho —espetea por lo bajo, con una emoción que identifico como de sincero arrepentimiento—. No debería haber permitido que

siguieras con él con todo lo que... —Hace una pausa—. ¿Cómo sabías lo de tu padre?

¡Oh, Dios mío...! ¿Te lo dijeron ellos? ¿Por eso me estás preguntando todo esto? —

exige, y continúa murmurando palabras incomprensibles—. ¿Te han tratado mal?

—Mamá... —La interrumpo demasiado intrigada para no hacerlo y levanto una

mano para tomarla del brazo, pero en ese instante las puertas se abren y ella aprovecha

para salir de la cabina a toda prisa, temblorosa y encorvada como si estuviera a punto

de desfallecer.

La sigo a poca distancia por si acaso he de actuar de inmediato y mantenerla en

pie, pero no llego a tocarla.

—¡Mamá! —la llamo, pero ella me ignora.

Pienso entonces en una de las pocas conversaciones que pude tener con mi madre

acerca de Alex:

«—Ese chico, Alex... Ese chico tiene algo que no me gusta, hija.

»—¿Algo como qué, mamá? Te acabo de decir que me salvó la vida.

»—Simplemente es una intuición.

»—Ni siquiera has cruzado más de dos palabras con él y ya estás haciendo conjeturas.

»Ella soltó un soplido exasperado a mi espalda y entonces dijo:

»—Bueno, ya veremos. El tiempo lo dirá».

El tiempo lo dirá...

Inesperadamente siento cómo la cólera emana de mi cuerpo y asciende hasta la

garganta, ahogándome. Me siento hinchada y enferma.

Mamá entra en casa; aún tiembla, pero continúa moviéndose por el piso y va directa hacia el fondo del salón. Con un excesivo cuidado, corre la cortina hacia un

lado. Después, se agarra con mucha fuerza a la tela de la cortina. Enseguida me doy

cuenta de que está comprobando algo en la calle.

Diego nos saluda desde el sofá; parece nervioso. Automáticamente, miro el televisor y veo que, aunque la pantalla está oscura, tiene la luz roja encendida, como si

acabara de apagarla con el mando a distancia. Noto que Diego esconde algo detrás de

la espalda y que entre las rodillas hay libro de matemáticas puesto al revés, como con

prisas. Le saludo con un «hola» y le revuelvo el pelo con cariño para que se tranquilice. Luego cruzo por en medio de la sala hasta donde está nuestra madre, que

todavía mira por la ventana. Al echar un vistazo por encima de su hombro, descubro

que Iván ya se ha marchado. Ella parece relajarse.

—¿Qué buscas? —pregunto.

Ya por completo recuperada, mi madre se gira con una expresión inescrutable en

el rostro y va hasta donde se encuentra Diego, sin molestarse en responder a

mi

pregunta.

—¿Dónde está tu hermano? —inquire.

Diego aparenta estar preocupado por la tensión que debe de percibir entre

nosotras, y aprieta todavía más la espalda contra el respaldo del sofá. Mamá no parece

percatarse de que este trata de esconder algo, a pesar de que Diego lanza miradas

constantes hacia el televisor.

—Está bañando a Natalia —responde él en voz tan baja que al principio no estoy

segura de haberle oído hablar.

—Gracias, Diego. Por favor, ve a tu habitación a cambiarte la ropa de la calle antes

de cenar. Y llévate también tus libros, cariño.

Una vez que Diego nos deja a solas, mamá va hasta la puerta y la cierra con sumo

cuidado. A continuación me invita a tomar asiento en el sofá y luego ella misma se

acomoda en el de lado y en mi dirección.

Siento el estómago como una piedra.

—No sé cómo te enteraste de todo sobre la empresa de tu padre, pero ahora que lo

sabes, debes alejarte de Alex, Beca. Él no es bueno para ti y tú tampoco para él.

Créeme, por favor —dice de pronto.

Aquello me pilla tan de sorpresa que tardo en reaccionar. Cuando entiendo el significado de sus palabras, me enfurezco.

—Mamá, no voy a hacer lo que me estás pidiendo —me niego al instante. Mi respuesta parece sacarla de quicio, pero oculta rápidamente sus emociones.

—Hay una razón, hija.

—¿Qué razón es esa, mamá? Necesito que me hables claro —exijo cada vez más

confusa y mosqueada.

—Cariño..., su familia fue la que metió a tu padre en la cárcel hace más de un

año. —Hace una pausa y cierra los ojos, como si le doliera todavía más lo que va a

decirme a continuación—. El hermano de Alex murió en un terrible accidente, y ellos

culpan a tu padre por todo lo que pasó, hija. El caso salió incluso en la prensa.

¿Entiendes ahora? Ellos te odiarán si saben de quién eres hija. No tendrán piedad

contigo igual que no la tuvieron con tu padre. Poseen el poder y el dinero para

hacerlo, cariño.

El corazón me rebota.

—¿De qué me estás hablando, mamá? ¿Cárcel?

Su confesión es demasiado intensa como para poder digerirla de una sola vez.
Se

me escapa un sonido de incredulidad. El día en que aquellos hombres de negro se

llevaron a Alex, durante el viaje en coche Sofía me habló del accidente como si todo

se hubiera arreglado entre ambas partes con suma discreción y facilidad. Ella nunca

mencionó la parte en la que metieron a alguien entre rejas.

—Perdona que te lo haya ocultado hasta ahora, hija. Te veía tan feliz por primera

vez y ahora..., ahora sé que ya no puedo seguir más tiempo con esta farsa — dice, y el

labio superior le tiembla—. Lo siento, hija. Lo siento mucho.

A mí se me estremece el corazón.

—Mamá. No, por favor.

—Siento no habértelo dicho antes, Beca —murmura.

—¿Cómo ocurrió? —inquiero intentando contener todas las emociones contradictorias que siento.

—No lo sé muy bien, hija. Entonces, tu padre apenas me hablaba de los negocios

que estaba haciendo, pero sí recuerdo que mencionó algo relativo a que había hecho

un nuevo trato con su socio y que este iba a ser muy rentable para todos nosotros. —

Sonríe—. Estaba tan ilusionado que incluso habíamos ido a hacer la reserva de unas

vacaciones en Milán... —Su cara pasa de repente de una felicidad radiante a una

tristeza infinita—. Una semana después, todo empezó a ir de mal en peor. — Cruza las

manos con desasosiego y gira la cabeza como si tratara de buscar un lugar en concreto

donde posar la vista y no lo encontrara—. Llegaba tarde todas las noches y oliendo a

alcohol y a tabaco, con manchas de carmín en el cuello de la camisa... Peleábamos

por cualquier motivo a todas horas, y siempre me lo encontraba gritando al teléfono a

sus empleados... Aunque eso ya lo sabes...

—Mamá... —digo solamente.

—Intenté razonar utilizando todos los medios que se me ocurrieron con tu padre,

pero él insistía en decirme que todo iba bien —continúa. Los ojos de mi madre brillan

intensamente al hablar, como si estuviese a punto de echarse a llorar con tan solo

rememorar viejos recuerdos. Me muerdo el labio inferior, dudando si quiero escuchar

todo lo que sigue—. En cuanto tu padre se marchó sin dar ninguna explicación,

enseguida intuí que sucedía algo horrible, hija, y lo primero que pensé fue en llevaros

a ti y a tus hermanos a algún lugar seguro. Debía empezar otra vez desde cero antes de

que los rumores os llegaran también a vosotros. —Toma aire—. Unos días más tarde

recibí una llamada y confirmé todas mis sospechas... Era como una pesadilla.

Trago saliva.

—¿Qué pasó, mamá?

—Habían hecho responsable a tu padre de una estafa cometida por la empresa que

él dirigía, y su socio había desaparecido sin dejar ninguna pista de su paradero. Hija,

Daniel no tenía ningún modo de demostrar su inocencia y tampoco quiso que lo

visitara en la cárcel para que así me pudiera explicar cómo ayudarlo. Tuve que

enterarme de todo lo relativo al accidente a través de la prensa. —Hace una pausa y

me mira con intensidad—. Todavía guardo algunos de los recortes, por si quieres

leerlos.

«¡Oh, Dios mío! Lo último que me esperaba era una historia así», pienso horrorizada. Me llevo una mano a la cabeza y me echo el pelo repetidamente hacia atrás con los dedos.

—¿Por qué has mantenido todo esto en secreto tanto tiempo, mamá? —digo sin

esperar respuesta e ignoro la mención de los recortes de diario.

Mi madre echa el aire por la boca con desaliento. Desvío entonces la vista hasta la

pequeña mesa de madera que hay en el centro y me concentro en las vetas de la

superficie.

—Beca, escucha: esto es muy importante. Debes prometerme que no dirás nada de

esto a tus hermanos. Víctor cree que tu padre nos abandonó a causa de otra mujer, y

es mejor que siga creyendo eso a que sepa la verdad.

—Van a saberlo algún día, mamá. No quiero que se sientan igual que yo. Es doloroso.

—Tú ya eres mayor de edad, hija, y mírate. ¿Qué crees que pasará si Víctor descubre que su padre estuvo en la cárcel? Tiene solo quince años y ya se comporta

como el hombre de la casa. Más presión para él sería como darle veneno — dice, y

gira la cabeza en dirección al cuarto de baño, donde Víctor debe de estar todavía

enjabonando a Natalia.

Incómoda, me echo hacia atrás y suelto un pequeño gemido al notar un pinchazo

de dolor. Al buscar con la mano a tientas, descubro que se trata del mando de la

consola que Diego estaba escondiendo antes.

«Son solo unos niños», me recuerdo.

—Está bien —acepto con lentitud.

Mi madre parece inmensamente aliviada. De pronto, acorta la distancia entre nosotras y me rodea con los brazos, estrechándome contra su pequeño cuerpo, pero

yo no puedo relajarme del todo, no con la bomba que acaba de explotarme en plena

cara.

—Hay también otra cosa que debes prometerme, hija... —Se queda callada y me

alarma ante su repentino silencio—. Termina tu relación con Alex. Sabes que es lo

mejor para ambos, Beca. Si él descubre la verdad, temo el daño que pueda hacerte,

que podáis haceros el uno al otro...

Me quedo absorta y sin palabras.

Retrocedo un poco como si acabaran de succionarme la sangre a través de una

aguja y tomo aire con un jadeo entrecortado. Contemplo la expresión impertérrita y

firme de mi madre con un escalofrío. Está hablando muy en serio.

Toda mi visión se vuelve borrosa y los oídos empiezan a pitarme. El corazón me

late con violencia.



Capítulo 43

ALEX

El agua tibia de la ducha me empapa todo el cuerpo al mismo tiempo que me froto

enérgicamente la cabeza, como si un ente invisible dominara cada uno de mis movimientos. La espuma discurre blanca por mi nuca y genera regueros de pequeñas

burbujas que se deslizan a través de los pectorales hasta las caderas, y luego en eses

mucho más alargadas hasta los tobillos. Observo ensimismado el modo en el que el

líquido se filtra con todas las células muertas por el desagüe.

Durante unos minutos me quedo completamente quieto y dejo que la cascada de

agua haga su trabajo por mis músculos agarrotados. El corazón todavía me late rápido

después del partido de baloncesto que hace unas horas he jugado en el campus con

los otros chicos de la residencia.

Despacio, pensamiento tras pensamiento, me hundo en una zona a la que nadie

más puede entrar, en la que solo estoy yo. Los oídos se me taponan y el silencio me

sumerge en un estado hipnótico. El vapor me entra por la nariz. Aguanto el aire en los

pulmones hasta que alcanzo el límite. Entonces, abro la boca con un espasmo, respiro

profundo y suelto todo el dióxido de carbono de golpe.

Lo de ayer fue más que una simple advertencia de Sofía, y no será la última

que

me haga llegar esa bruja.

«Me tiene bien agarrado por los huevos», pienso con impotencia.

Todo yo oscilo como un puto péndulo, contando cada segundo que transcurre.

Extiendo los brazos y apoyo de un golpe las palmas en los azulejos blancos de la

pared, aguantando parte de mi peso en ellos. El agua me resbala por la espalda,

produciéndome un tranquilizador hormigueo en sentido espiral. Cierro los puños y

dejo caer de forma repetida la frente hacia delante. Entonces, trato de concentrarme en

los ojos brillantes y dorados de Rebeca como caramelos de toffee. Son tan atrayentes

que desearía poder relamerlos. Pero de repente algo cambia en esa imagen: sus ojos se

vuelven hacia mí con un dolor intenso reflejado en ellos que no reconozco, y al

instante me lleno de algo intangible, tenebroso.

Golpeo con uno de los puños la pared. La visión se evapora de mi mente.

Extiendo las palmas de nuevo y sacudo la cabeza, salpicando la mampara de cristal.

—¡Joder! —mascullo.

El dolor se esparce desde mis nudillos hasta mi codo, pero no es ese el motivo que

me ha hecho maldecir, ni por el cual sigo temblando como si no pudiese quitarme esta

jodida sensación de frialdad que se ha instalado dentro de mí.

Echo un vistazo breve a la papelera, donde, hecha un bulto, está la camiseta que

me puse ayer, y que ni siquiera me molesté en lavar.

¡Dios...! Aún apesta al vómito de Rebeca.

Pensativo, me retiro el agua de la cara.

Hoy llevaré a Beca al Florida Night según el plan inicial, pero tengo dudas, dudas

serias sobre mi propio control en cuanto la vea.

¿Y si vuelve a buscar a mi tía de nuevo? ¿Y si en la próxima ocasión yo no llego a

tiempo y descubre quién es en realidad mi familia y lo que le ha hecho a la suya? ¿Y si

ya lo sabe...?

—Mierda... —escupo.

Parpadeo y me deshago de estos pensamientos inútiles. De inmediato, cierro el

grifo y salgo de la ducha con una toalla enrollada alrededor de la cintura. El agua tiene

forma de pequeñas perlas sobre mi piel.

Rápidamente, termino de secarme y prepararme, y salgo zumbando con Carlos en

su Mazda negro hacia La Abuelita.

En la calle, la noche ya ha caído y el suelo se oscurece con rapidez.

Las sombras abarcan las esquinas con su apagado color a medida que el suave

resplandor de la luna aumenta, y la calle se ilumina tenuemente por la luz amarilla de

las farolas, de modo que adquiere un cariz diferente.

Pacífico.

Carlos atiende en ese momento una llamada mientras yo, en lugar de salir del coche, me quedo contemplando un poco cómo Rebeca termina de despedir a los

últimos clientes.

—¡Eh, tío! ¿Cuándo vas a ir a por tu chica? Sara está al teléfono y pregunta por ti.

—Giro la cabeza y miro hacia Carlos. Está observándome con cara de circunstancias y

señala su móvil.

Echo una ojeada a La Abuelita antes de responder. Las luces se han apagado.

—Dile a la chica vudú que estamos en camino —contesto resolutivo al mismo

tiempo que me quito el cinturón de seguridad—. ¡Eh, tío! No te muevas de aquí.

Regreso rápido con Rebeca —prometo, y echo a caminar hacia la entrada de la

cafetería.

Sin embargo, al llamar a la puerta con la esperanza de ver a Rebeca me encuentro

con la imagen de algo muy diferente.

«¡La leche! ¿Qué es eso?», pienso con un escalofrío.

—¿Alex? —oigo que me llaman con un tono de voz sorprendido. Percibo un fuerte acento andaluz, el mismo que he escuchado en mi madre cuando está entre

miembros de la familia. Me quedo muy quieto y entonces reconozco a la mujer. Es

Rosa, la jefa de Rebeca—. ¡Sí, sabía que eras tú! ¡Santo Dios! Es un alivio — dice, y

suspira al tiempo que baja al suelo el bate de béisbol que sostiene.

«¡Joder! ¿De verdad pretendía dejarme inconsciente con eso?», sopeso con un

palpitante dolor en la cabeza de solo imaginarlo.

Miro a Rosa de arriba abajo, solo para asegurarme de que en verdad es ella. Tiene

media cara cubierta por unas gafas transparentes de buceador y bajo su barbilla

redondeada hay restos de harina. Se ha puesto también un delantal de volantes con

pequeños dibujos de manzanas rojas mordidas, y a la altura de su pecho leo en letras

mayúsculas: «Muérdeme si te atreves». Noto que la última letra está manchada por un

líquido granate, que intuyo que debe ser de sirope de fresa. No obstante, podría pasar

por sangre debido al juego de luces y sombras que cae sobre ambos.

Como tardo en responder, Rosa señala con un dedo regordete el lado izquierdo de

su delantal, donde lleva, como si se tratara de una matrícula de coche, su nombre en

una chapa rectangular.

—¡Soy yo, mi alma! ¡Rosa! Perdona si te he asustado con estas pintas —dice

retocándose el pelo, que luce suelto y ensortijado como si lo acabara de meter en un

enchufe.

Me fijo en que de uno de sus rizos cuelga una red de color azul claro, como si

hubiera intentado quitársela con prisas y esta se le hubiera enredado aún más.

«¿Acaso acabo de colarme en un episodio especial de esos que emiten durante

Halloween?», se me ocurre.

—No es nada, Rosa —la tranquilizo con una mano en alto.

—Por favor, mi hijo, entra. No te quedes ahí fuera. Prometo que guardaré de

nuevo a cariñoso saltamontes en su sitio —dice meneando peligrosamente el bate, casi

rozándome.

«¡Mierda! Si no me ando con ojo, esta me manda de vuelta al hospital de un *home*

run», pienso alucinado.

—Rebeca está en los vestuarios —me avisa enseguida Rosa, antes de marcharse a

la cocina cantando una canción de las Spice Girls.

—Gracias, Rosa —respondo.

Me rasco la cabeza por detrás con un movimiento casual mientras avanzo por el

pasillo. Una luz débil sale de la puerta entreabierta de los vestuarios. Acelero el paso.

—¿Rebeca? —la llamo, pero ella no responde.

De repente, oigo un sonido grave, como si alguien se hubiera atragantado.

Sin pensarlo, empujo hacia dentro la puerta con las pulsaciones revolucionadas.

Entonces bajo la vista y descubro a Rebeca envuelta en un elegante vestido de color

azul royal con los hombros cubiertos por una fina chaqueta de muselina de color

blanco. Estremecido, observo cómo se agarra de los brazos y se encoje como un

ovillo sobre el banco de tablas de madera que hay en el centro de la habitación. Al

instante, siento que una especie de descarga eléctrica activa cada miembro de mi

cuerpo.

—Rebeca —repito su nombre más alto, pero no se despierta.

Me muevo rápido hasta donde está tumbada y me agacho con las rodillas

flexionadas para coger a Rebeca por la cabeza y llamarla de nuevo, pero entonces ella

se vuelve hacia mí todavía con los ojos cerrados, se aprieta contra mi brazo y se frota

la nariz con mi mano derecha. La escucho masticar algo invisible y luego suspirar. Al

inclinarme sobre su rostro para observarlo mejor, ella vuelve a emitir aquel ruido tan

peculiar que he oído antes.

«Un ronquido», concluyo, y esbozo una mueca divertida. Está consumida por el

agotamiento.

Beca se cambia de posición entre sueños y llama de nuevo mi atención. Me fijo

ensimismado en que tiene las pestañas largas y oscuras, y estas se abren sobre sus

mejillas como abanicos.

Embrujado por su inocente expresión, me aproximo más y descubro unas pequeñísimas motas marrones, casi traslúcidas, que deben de ser pecas.

«La deseo, la deseo aquí mismo», me digo como un cabrón excitado, y miro embobado sus carnosos labios.

—Alex, Alex, Alex... —murmura de pronto Rebeca.

Contengo el aire. Se la ve tan indefensa... Es preciosa.

Sigue dormida pero me nombra, como si hubiera notado mi presencia.

—Estoy aquí, Beca. Estoy a tu lado —digo, y la estrecho contra mí—. Estoy aquí

—repito.

Paralizado, veo a cámara lenta que le cae una lágrima por la mejilla izquierda.

Antes de que pueda entender nada, Rebeca se remueve inquieta entre mis brazos y de

forma inesperada un papel se desliza de su regazo, lo que produce un sonido similar a

un silbido.

Extrañado, lo recojo del suelo después de recostar de nuevo a Beca con sumo cuidado en el banco, y le doy la vuelta para verlo.

Es el primer retrato que le hice y el primero que le regalé. Lo ha plastificado. Me

incorporo con él en la mano y, al hacerlo, descubro que he pisado algo que no había

visto antes: un recorte amarillento de periódico.

Un sentimiento de ansiedad me embarga en cuanto lo cojo y leo el titular, que anuncia en letras mayúsculas que la muerte de mi hermano está relacionada con un caso de fraude.

Bajo la vista para seguir leyendo y entonces contemplo la foto de un hombre que

he visto ya, la misma persona con la que choqué ayer en la empresa. Un ramalazo de

ira y reconocimiento se asienta en mi pecho, se desplaza, me recorre de un extremo a

otro y hace vibrar cada extensión de mi cuerpo.

Esto... no debería estar en manos de Rebeca.



Capítulo 44

BECA

El presidente decimosexto de Estados Unidos, Abraham Lincoln, dijo una vez:

«Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo. Puedes engañar a algunos todo el

tiempo. Pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo».

Yo llevo dos meses, tres semanas y cuatro días escondiendo a toda mi familia mi

verdadera relación con Alex, y ni siquiera él lo sabe, aunque a veces pienso que lo

sospecha, especialmente por todas las grandes, por así llamarlas, excusas para no

encontrármelo en la puerta de casa: la menstruación, repentinos dolores de cabeza,

trabajo, más trabajo, más y más trabajo...

¡En serio, no quiero pensar en eso!, pero lo hago constantemente como un disco

rayado. ¿En qué lío me he metido? Marta suele presumir: «Una mentira se inicia como

un remolino y si persiste termina como un huracán». Yo voy rumbo a mi propio

suicidio, muy cerca del huracán.

—¿Estás segura de que no te falta nada? —pregunta Alex a mi derecha, y se ajusta

la mochila al hombro, ese hombro que parece la curva por donde todo

comienza y

acaba. Mi nube de oscuros pensamientos desaparece como un globo pinchado por un

palillo muy afilado y, ¡Dios...!, empiezo a fantasear: Alex mientras arregla su moto,

todo sudoroso; Alex en la piscina con todos sus músculos en tensión mientras el agua

lo salpica; Alex juega al baloncesto girando y saltando con sus largas piernas, la pelota

en sus amplias manos, el pelo húmedo por la frente...

—¿Cómo? —pregunto como si no le hubiera oído. Lo cierto es que solo quiero

seguir escuchando su sexy voz ronca.

Todavía estamos en la fila de embarque del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-

Barajas con destino a Londres. Alex se me acerca más. Veo que echa un rápido vistazo

primero hacia delante, donde hay una mujer con una niña pequeña, y después hacia

atrás, al hombre con pinta de Rocky Balboa de la cola. Al final, señala mi golpeada

maleta y agacha la cabeza en mi dirección para que nadie más lo oiga:

—Ya sabes, Beca, esas cosas con alas y todo lo demás que usáis las mujeres.

Suena bastante serio y también tímido. ¡Qué mono!

Alzo la barbilla y lo miro maravillada.

—Creo que está todo, Alex. ¿Y tú? ¿Llevas eso con cuchillas y todo lo demás que

usáis los hombres? —pregunto conteniendo la risa e imitándole con un murmullo.

Alex entorna los ojos. Sus pupilas tienen un brillo cálido, y también de deseo. Se

cruza de brazos y me observa detenidamente. Juega con el *piercing* de la boca. ¡Y qué

boca!, suave y dura al mismo tiempo cuando besa.

—No estoy seguro, mi musa... ¿Quieres revisar tú misma el resto de mi equipaje?

—me ofrece de buen humor y me guiña un ojo lleno de sí mismo. Apoya una mano

en mi costado y me atrae hacia él con toda la intención del mundo—. Te dejaré buscar

bien a fondo hasta que quedes satisfecha —insinúa con voz aterciopelada.

Sus abdominales son pura roca gracias a la natación que ha hecho durante el

verano y están más sólidos que cuando lo conocí, aunque no de forma exagerada,

como los de aquellos tipos de lucha libre que salen en la televisión, pero sí lo

suficiente como para que alguien se lo piense bien antes de retarlo a una pelea. El

rubor intenso que se ha instalado en mis mejillas aumenta. Estoy perdida.

—Te sienta bien el vestido que te he regalado, Beca. No puedo esperar a verte sin

él —dice tan bajo y excitado que apenas logro oírlo.

El azafato que tenemos delante, en el mostrador, nos interrumpe, y a punto estoy

de tirarle yo misma todo mi equipaje para que siga a lo suyo.

Alex chasquea la lengua.

—Espera a que estemos solos, mi musa —murmura como una dulce advertencia.

A continuación, después de unos segundos, me suelta resignado y se adelanta para

hablar con el chico que está en el mostrador, no mucho mayor que nosotros.

Todo mi cuerpo permanece sensible y expectante, pero el móvil me vibra en el

bolso y me recupero rápido. Es Marta. Contengo el aire y dudo si contestar. Es

demasiado arriesgado en este momento.

Alex me llama y se encarga de subir a la cinta de equipajes mi maleta. En el proceso, toda la camiseta blanca se le tensa por el abdomen y por los brazos, como

una recreación de una estatua de la Grecia antigua.

Cohibida, bajo la vista hasta su delgada cintura, a la que ha anudado una de sus

camisas a cuadros.

La cabeza se me llena de guapos leñadores con ojos azules.

«¡ *Stop!*», me digo.

Respiro profundo y me abanico con una mano. Hace calor, a pesar del aire acondicionado del aeropuerto. Mucho calor...

—Guau, nena. ¿Qué llevas aquí dentro? —pregunta Alex.

—Solo unas pocas cosas —respondo algo avergonzada, y me vuelvo rápido hacia

el hombre uniformado, que ya está esperándome impaciente. Le entrego mi pasaporte

y el billete mientras trato de calmar mi acelerado corazón. Tenemos que darnos prisa

antes de que me arrepienta de lo que estamos a punto de hacer.

Minutos más tarde, al salir del control, una mujer con el pelo recogido y vestida

con el mismo tipo de ropa que suele llevar mi madre tropieza conmigo y casi sufro un

ataque cardíaco. Tengo que decirme varias veces que no es ella.

—¿Nerviosa? —pregunta Alex, y me rodea con un brazo los hombros, lo que me

calma un poco.

—¿Estás seguro de que no nos perderemos al llegar, Alex? Mi inglés es... —
No

llego a decir penoso, pero sé que él también está recordando la primera vez que nos

vimos en este mismo aeropuerto, cuando arrojé todo mi café sobre un extranjero de

corpulenta constitución.

—Mi profesor de pintura nos recogerá directamente en el aeropuerto de Heathrow.

Llegó a Londres hace dos noches para revisar todos los detalles. Ya verás, Rebeca, te

gustará conocer a Mick —explica con una emoción contagiosa.

Asiento ligeramente con la cabeza y trato de concentrarme en que mis pies vayan

todavía más veloces para alcanzar las largas zancadas de Alex. Noto como sus dedos

bailotean por la parte superior de mi brazo. No puede estarse quieto. No es para

menos: sus cuadros han sido seleccionados para una exposición de una importante

galería del centro de Londres. Sé que hace unos meses rechazó la propuesta que le

hizo su profesor, y me alegra que le hayan dado una nueva oportunidad. Es la primera

exposición de Alex que veré y la primera vez que salgo fuera del país.

En estos momentos, desearía saber más de él, más sobre arte para poder seguir

mejor sus conversaciones sobre pintura, pero a Alex no parece importarle mi

desconocimiento y disfruta hablándome durante horas de las historias que

hay tras los

cuadros de algunos de sus pintores favoritos: Velázquez, Picasso y Monet.

—Espero gustarle también —digo titubeante. Me imagino que Mick será una persona extraordinaria.

—Le gustarás, Rebeca —afirma convencido de ello, y me da un pequeño golpecito en la nariz—. ¡Oh, Joder! —jura de pronto al divisar uno de los paneles

informativos a nuestra derecha, y me agarra de la muñeca para ver mejor la hora en

mi reloj—. ¡Corre, Beca! —me apremia.

Doy un brinco. Ambos nos lanzamos a la carrera con las manos entrelazadas, el

corazón palpitándonos en la boca y la sensación de hormigueo inicial que produce la

adrenalina antes de extenderse por todo el cuerpo.

La garganta no tarda en arderme. Apenas veo las señales que indican cuál es la

dirección que debemos tomar, pero parece que Alex sí sabe bien el camino. Sea de un

modo o de otro, ejercitar las piernas me sienta bien. Muy bien, de hecho.

La felicidad me atraviesa los labios y, antes de que me esté dando cuenta, me río.

Alex se vuelve a medias hacia mí sin aminorar la marcha y se echa a reír, contagiado

por mi entusiasmo. Echaba de menos moverme así, quemar mis pulmones,
respirar

fuerte, escuchar los sonidos altos y vibrantes.

Echaba de menos volver a correr.

—Casi estamos —dice Alex con la voz entrecortada, y entrelaza más mis
dedos

con los suyos.

Al fondo, una azafata alta de piel morena, ataviada con una falda de color
azul

marino y un pañuelo rojo anudado al cuello, nos anima a acelerar el paso
mediante

señas. Todo esto es como una película. No, es mejor, porque es real.

Doy un suspiro de alivio cuando llegamos y miro a Alex. Él me sonríe y
levanta

nuestros billetes en el aire.

Sin más dilación, somos conducidos a través de una especie de tubo con
forma de

oruga hacia el interior del avión, donde ya nos está esperando otra azafata,
que nos

indica el camino. Pero no nos detenemos en la clase turista, sino que
continuamos

hasta llegar a la primera clase.

La diferencia es radical. E incluso el ambiente parece pertenecer a otra
estratosfera.

Hay hombres y mujeres con traje de negocios, o en algunos casos, con ropa, joyas

y otros complementos caros y exclusivos de marcas que siquiera sueño con tener:

Chanel, Christian Dior, Hermès, Cartier, Versace, Louis Vuitton... Apenas puedo

contarlos todos, están por todas partes. Algunos rostros de esas personas me resultan

conocidos de la televisión y tal vez de las revistas de cotilleo que mi madre lee.

Muy preocupada, tiro de la camiseta de Alex.

—¡Oh, Dios mío, Alex! ¿No es esa una de las cantantes de moda? —Señalo con

un dedo tembloroso para que sepa a quién me refiero. Él afirma con un gesto nada

impresionado y me hace bajar el brazo con cuidado—. ¡Eh! Creo que se han equivocado con nuestros billetes —cuchicheo, y me vuelvo para volver en la dirección contraria.

Alex sonrío indulgente y me retiene por los hombros. Con su altura de 1,89 metros

de jugador de baloncesto respecto a mis 1,65 metros, es como pretender que una

hormiguita empuje una montaña por sí sola.

—No, no es un error, Beca. Es un regalo de Mick —anuncia divertido—. ¿No lo

viste antes en tu billete?

Él parece cómodo con todo este lujo. Yo corro el riesgo de quedarme ciega por

tanto resplandor.

«¡Oh, no, no!», me digo, y noto que los calores me suben por los costados y ascienden hasta mi cabeza.

—No, yo no leí eso —aseguro, aunque ahora empiezo a dudar. A modo de respuesta, él me pasa los billetes. No salgo de mi asombro con lo que veo—. Esto...

no... no tiene sentido —tartamudeo. La azafata que nos hace de guía se detiene

también y nos busca con la mirada. Alex me da un suave empujón para que siga

adelante—. ¿No podemos cambiarlos por unos más baratos? —suplico. Todavía me

resisto a quedarme en primera clase.

Esto es demasiado.

—Mi musa, ya es tarde para hacer eso —responde, y mucho más bajo añade —: el

personal del avión y todos los pasajeros están esperando por nosotros. ¿Qué vas a

hacer?

Noto que, tal como él dice, nos hemos convertido en el centro de atención de unas

cuantas personas. Automáticamente cierro la boca. Alex sofoca su risa.

Sin embargo, cuando estoy a un metro de llegar a los asientos que nos corresponden, freno de nuevo en seco y hago tropezar a Alex sin pretenderlo.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunta preocupado.

No respondo.

No puedo.

Estoy paralizada por la visión de la Barbie con pelo rubio y mechuras rosas que tengo delante, embutida en unos diminutos pantalones y un top corto tan luminoso

como una señal de tráfico. No logro apartar la vista y tampoco puedo creer que esto

sea verdad.

—¿Elisa? —El nombre se me ahoga en la lengua y parece extraño en mi boca.

Ella es la última persona que esperaba encontrarme en este viaje.

La última de todas las mujeres.

La última del planeta.

Elisa alza la cabeza al escuchar mi voz y me mira por primera vez. Ella también es

incapaz de disimular la sorpresa que se dibuja en su rostro cuando sus ojos se encuentran con los míos. Pero eso no es todo, a su lado hay sentada una persona a la

que también reconozco al instante.

—Héctor —se adelanta Alex.



Capítulo 45

BECA

Alex suena demasiado calmado, y me giro. Sin embargo, lo que veo hace que automáticamente cambie de opinión y me preocupe: todo su cuello está en tensión,

con las venas marcadas; aun así, esboza una sonrisa.

Esta es fría y carente de emociones, al igual que el azul eléctrico de sus iris.
Lo

cual hace que me pregunte cómo se sintió el pobre Batman tras ver sonreír
por

primera vez del mismo modo a su acérrimo enemigo Joker.

Me aclaro la garganta para llamar su atención.

—Mick —explica Alex con simpleza para responder a mi pregunta no hecha.

Coloca una mano sobre mi hombro izquierdo sin perder la sonrisa y se estira, lo

que le hace parecer más alto de lo que ya es, en caso de que eso sea humanamente

posible. Un escalofrío me recorre la nuca. Casi puedo oler cómo las hormonas

masculinas se apoderan de ambos, de Alex y Héctor.

—Veo que Mick también os ha invitado —dice Alex en un tono indescifrable de

voz. Elisa no habla, como si no pudiera recuperarse del shock.

—Parece que a ti también. Me alegra verte, Alex. Hola... Beca —me saluda

Héctor. Pronuncia mi nombre mucho más lento y fija la vista en los dedos de Alex

sobre mi brazo. Alex debe de notarlo, porque de repente me atrae un poco más hacia

él.

Siento entre los dos una brecha más profunda que la provocada solo por una simple rivalidad, y yo estoy literalmente en medio.

Me remuevo incómoda. Hace solo unos meses que Héctor me confesó lo que

sentía por mí en la nieve. Llevaba tiempo sin verlo, pero sigue prácticamente igual,

con el pelo corto y castaño. El chándal con el escudo del Real Madrid en el pecho le

sienta bien, pero no es la persona que quiero a mi lado, ni la que hace latir más rápido

mi corazón.

Hay cosas en la vida que son incomparables y que no tienen que ver con lo físico,

como los momentos compartidos con la persona que amas. Esos momentos te

cambian y los pagas con una parte de ti. Esa parte que me ha abandonado, ahora le

pertenece a Alex.

Pero no, no he perdido, he ganado más. Mucho más con él a mi lado.

—Hola —saludo a Héctor. Casi había olvidado que tanto él como Elisa estudian

Bellas Artes en la misma facultad de Alex, pero sigo sin entender por qué están aquí,

en el mismo vuelo que nosotros. Hasta donde yo sé, la exposición de Alex no incluye

las obras de otros artistas.

Intrigada, le miro, pero no averiguo mucho más. Creo que tendré que esperar para

entender todo esto.

—¿Qué hace esa aquí? —interroga Elisa a ambos chicos, como si yo no estuviera

presente.

Sus ojos disparan chispas en mi dirección. Es increíble el odio que irradian.

Parece que ha olvidado que fue ella la que besó a mi novio, y no viceversa. La azafata

nos invita a sentarnos para que estemos preparados para el despegue, lo que da por

finalizada la tensa presentación.

Alex toma asiento en el lado de la ventanilla y yo en el que da al pasillo, a poca

distancia de los baños, lo cual es perfecto para mí, pero también estoy muy próxima a

Elisa...

La electricidad que corre en el espacio vacío de pasillo que hay entre nosotras hace

que el vello se me ponga de punta. Si me descuido, es posible que Elisa se me eche

encima como ya ocurrió en dos ocasiones en que no la vi venir.

De inmediato, pienso en el spray pimienta que mi hermano Víctor hizo para mí y

que me negué a llevarme...

El avión no tarda en comenzar a moverse. Todo mi cuerpo se tensa a medida este

se desliza por la plataforma aérea cada vez más rápido, y los dedos me tiemblan.

Doy un pequeño resoplido y oigo un comentario despectivo de Elisa, que, como

es evidente, está dirigido a mí, a pesar de que no me nombra expresamente.

¡Eh! ¿Quién se supone que es la más adulta aquí?

—Novata... —escupe con una mueca. Casi me parece sentir su saliva cuando lo

dice.

Ni siquiera me veo con ganas de discutirlo.

Si eres claustrofóbico, los aviones pueden ser como pequeñas cámaras de tortura.

Un zumbido agitado de fondo, gente con prisas que se coloca en su asiento golpeando

a los demás con sus pertenencias, pequeñas ventanas de cristal por las que, ni

desesperada, podrías introducir tu cuerpo... En realidad, podría pasarme todo el viaje

redactando una larga lista de molestias y no haberla acabado al aterrizar. Y si bien no

padezco ninguna fobia respecto a los espacios reducidos a una lata de sardinas, esta es

la segunda vez que voy a volar y no guardo buenos recuerdos de lo que sucedió

después de mi primera experiencia. No dejo de evocar mi pasado. Pienso en la bonita

habitación que dejé atrás, en los amigos que ya no volví a ver y en... mi padre.

Él en la cárcel, y en todo lo que me contó mi madre.

«¡Para!», me repito solo para mí, pero no es suficiente para frenarme.

Creía que ya lo había superado después de estos meses con Alex... No sé cómo

han regresado aquellos recuerdos, y no puedo, no puedo detenerlos. Yo...

La culpa, el silencio, las mentiras...

Sin previo aviso, unos cascos en las orejas silencian todo el ruido exterior del motor, y *Happy*, de Pharrell Williams, expulsa palabra a palabra, nota a nota, los

pensamientos más dolorosos que estaban a punto de devorarme.

Alex toma mi mano mientras la música se diluye por mis oídos con calidez. El

avión da un salto en el aire. Cierro los párpados hasta que me duelen y hundo las uñas

en la piel de Alex, pero él no me suelta.

Es como un oasis en medio del desierto, un lugar donde necesito permanecer un

largo tiempo y descansar.

No sé cuántos minutos han transcurrido cuando percibo que unos labios

familiares, carnosos y calientes se posan en la curva de mi cuello. Abro los ojos y me

quedo en silencio. Alex me retira los cascos, pero no llega a quitármelos. Sus dedos

me acarician por debajo de las orejas.

Ahora el avión está estable.

Intercambio una intensa mirada con Alex.

Él parece que quiere decirme algo, pero mi teléfono vibra en ese momento y me

distraigo. Todavía afectada, me froto los ojos y compruebo quien es. Vuelve a ser

Marta.

—Perdona, Alex. ¿Ibas a decirme algo? —pregunto, girándome de nuevo hacia él.

—No es nada, Beca —dice, y toma uno de los mechones de mi cabello suelto en

ondas.

Asiento con la cabeza.

—Voy al baño —anuncio con apenas un hilo de voz, y le devuelvo agradecida los

auriculares.

Al girarme, veo que Héctor me lanza una rápida mirada, tras lo que vuelve a centrarse en el libro que tiene en las manos. Elisa, en cambio, arruga todo el rostro y

no deja de observarme con rabia. Incómoda, acelero el paso.

Una vez que me he asegurado de que estoy sola, llamo a Marta. No tarda en contestar.

—Dime, Beca. ¿Pensabas esperar a llegar a Hogwarts y luego enviarme una lechuga mágica para contármelo? —espetea refiriéndose a mi repentino viaje a Londres,

del cual no he tenido tiempo de avisarle.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto despacio.

—Eso no importa ahora, tía. Escucha, tu madre me ha llamado; piensa que vas a

hacer un curso de inglés. Pero creo que he meti... —El avión se desestabiliza por

unos segundos y me veo obligada a agarrarme al plato del lavamanos— la pata... le

he di... que... llamará... ¿Entiendes, Beca?

El avión vuelve a sacudirse y la conexión acaba por cortarse del todo, con lo que

no llego a oír el resto.

Intento contactar con ella dos veces más, pero la cobertura es demasiado inestable.

Miro la hora, ya llevo algo más de diez minutos dentro y parece que las turbulencias

han cesado.

¿Qué quería decirme sobre mi madre? ¿Meti... pata? ¿Meter la pata? ¿Con qué?

Con un mal presentimiento, le escribo a Marta un mensaje rápido antes de marcharme y ruego para que la situación no sea grave.

Cuando regreso, descubro que Elisa ya se ha apresurado a ocupar mi asiento.

Aunque Alex y ella solo están comentando las páginas de un catálogo de arte, hay algo

que no me gusta.

«La manera en que Elisa ronronea al hablar o se pega a él como un chicle *boomer*

podría ser una de las razones», sugiere mi subconsciente en tono burlón.

Sacudo la cabeza y alejo esos pensamientos.

Carraspeo un poco.

—¡Oh! —Elisa se cubre la boca al verme—. Lo siento, Beca. No nos habíamos

dado cuenta de que ya habías vuelto. —A pesar de sus palabras, no veo que haga

ningún ademán por levantarse—. Alex y yo todavía no hemos terminado de hablar.

¿Te importa si me quedo aquí un poco más, por favor? Solo serán unos minutos —

promete con las palmas de las manos unidas—. Es muy importante — subraya.

—Podemos hablarlo más tarde, Elisa —interviene Alex—, cuando nos reunamos

con Mick.

—Pero es importante —insiste ella.

—¿Por qué no le pides entonces la opinión a Héctor? —sugiere Alex, como si se

dirigiera a una niña pequeña.

—Pero...

La idea de verlos juntos y tan próximos sigue sin complacerme; sin embargo, no

quiero dejar que los celos me influyan. Yo misma le pedí hace tiempo a Alex que

hablara con Elisa para que esta entendiera nuestra relación. Debo hacerme más fuerte

y confiar en que él se encargará de hacer lo correcto.

De algún modo consigo exhibir una sonrisa.

—Por favor, terminad lo que tengáis pendiente. Aprovecharé para repasar mi inglés, mientras tanto —digo, y saco una pequeña guía de conversación de mi bolso

como prueba.

Alex me observa con atención unos segundos; sé que hará lo que yo desee, pero

no voy a cambiar de idea. Niego con la cabeza para que se tranquilice. Entonces, su

expresión se relaja, sonrío y me hace un guiño.

Pongo los ojos en blanco y le despido con una mano para que siga a lo suyo.

Finalmente, Alex vuelve a centrarse en el catálogo que Elisa le tiende, en una serie de

anotaciones escritas con bolígrafo. Ella parece a punto de rebanarme el cuello como si

fuera pan.

«¡Sí, ahí ha quedado todo su agradecimiento!», pienso, y me doy una torta mental.

Me vuelvo con un escalofrío recorriéndome por la espalda y me hundo en el mullido asiento que hay junto al de Héctor. Este lee una novela de misterio de Agatha

Christie, *Asesinato en el Orient Express*. El volumen está muy desgastado por los

bordes. Las tapas son blandas y se doblan por las esquinas, al igual que las hojas

amarillentas del libro, como si ya lo hubieran leído demasiadas personas. Levanto una

mano para saludar a Héctor. En cambio, él para de leer, se coloca una gorra azul

oscuro sobre el rostro y a continuación se echa a dormir.

Me muerdo el labio inferior.

No desea hablar conmigo.

Abatida, dejo caer la mano sobre mis piernas.

Después de un rato de estar memorizando frases, también me duermo. No

obstante, un dolor en el hombro izquierdo me acaba por desvelar. Sin

embargo,

cuando abro los ojos es a Alex a quien encuentro a mi lado.

Confundida, me giro hacia la derecha y descubro a Héctor mirándome

directamente desde el antiguo asiento de Alex, pero en cuanto estoy a punto de decirle

algo, me vuelve a esquivar.

Frustrada, echo un vistazo a Alex, cuya cabeza reposa sobre mí como un angelito.

Entre las manos todavía sujeta un bolígrafo, que corre el peligro de caérsele al suelo, y

un retrato a medio acabar de mi rostro, al cual le ha añadido unos enormes bigotes de

gato que salen desde mi nariz.

Dejo de respirar y tomo mi teléfono. Después, me miro la cara.

Está limpia.

Suspiro de alivio.

No obstante, la tranquilidad que había sentido hace un instante desaparece cuando

veo que tengo un mensaje de mi madre.

Me quedo mirando el aviso sin llegar a abrirlo.

—¿Por qué no lo lees? —pregunta de pronto Alex, y bosteza. Ya está despierto;

parte de su cabello me roza el rostro al moverse.

Apago la pantalla automáticamente y le sonrío.

—Más tarde —digo, y sacudo el hombro. Creo que tengo un calambre.

—Más tarde estarás demasiado ocupada... —deja caer con una pícaro sonrisa, y se

despereza—. ¿Estás segura?

Parte de su vientre queda al descubierto cuando la camisa se le sube con el gesto,

y empiezo a fantasear de nuevo.

Chocolate en tabla, chocolate con churros, chocolate fundido sobre la piel...
La

lista es demasiado larga y dulce.

—Deberías tener cuidado, Alex. Una sobredosis de ego puede sentarte mal.

Él se echa a reír ante mi comentario.

—Ahora regreso —espeto, tras lo que voy a levantarme con el móvil en la mano.

En ese momento, en cuanto hago el ademán de incorporarme, Alex estira los

brazos hacia los lados y con el de la derecha me tira de nuevo en el asiento.

Mi

espalda rebota contra el mullido respaldo.

Frunzo el ceño.

—Perdón —se disculpa Alex con naturalidad—. Tengo los brazos demasiado

largos.

Trato de volver a incorporarme y él repite el gesto.

Esta vez es tan obvio que me quedo sin palabras.

—¿Y ahora qué es, Alex? ¿Dedos largos? —logro decir. Él me libera y aproxima

su rostro al mío. Aguanto su penetrante e hipnótica mirada mientras pienso en todas

las razones por las que no debo cerrar los ojos o apartar la cara de él.

—Ahora —dice, y posa la palma de su mano hueca sobre mi mejilla—, lo único

que quería era no dejarte marchar, Rebeca.



Capítulo 46

BECA

A veinticuatro kilómetros al oeste de Londres se ubica el aeropuerto de Heathrow

(LHR), uno de los más influyentes y con más vuelos internacionales de toda Europa.

Por lo que sé hasta el momento, se inauguró en 1944, durante la segunda guerra

mundial, como base aérea para apoyar al ejército, y después de que la contienda

finalizase se destinó al tránsito ciudadano. Lo que solo unos pocos entendidos conocen es que este lugar está gestionado, en realidad, por un grupo empresarial de

origen español. De algún modo, encontrar esta información en mi libro hace que me

sienta menos una extraña en un país extranjero del que apenas sé su idioma.

Paso de página y sigo leyendo la guía mientras hacemos algo de tiempo hasta que

Elisa y Héctor regresen del servicio. Acabamos de aterrizar en la terminal 5, pero Mick

está en medio de un atasco debido a un accidente de tráfico provocado por un conductor ebrio, así que aún no ha llegado.

Trato de no ponerme nerviosa por tener que cuidar del equipaje de los demás y

echo un vistazo a mi alrededor.

La cafetería donde estamos esperando es grande y está atestada de viajeros, a cual

más peculiar. Alex no ha ido todavía al baño, pero se ha levantado de nuestra mesa y

se ha dirigido a la barra para consultar una información con otro pasajero. La manera

como se desenvuelve en otras lenguas es sencillamente admirable.

«Como si no tuviera ya atributos suficientes para ser el chico diez de todas mis

fantasías sexuales...», pienso embelesada.

Dejo de mirar a Alex cuando me doy cuenta de que alguien me observa a mí.

Un tipo de constitución delgada y rasgos afilados, casi cadavéricos, me estudia con

interés a través de un menú plastificado que sostiene entre las manos. Acaba de

sentarse a tan solo dos mesas de la mía y no debe de superar la cincuentena. Al

percatarse de que también lo miro, me sonrío con familiaridad.

Por extraño que pueda parecer, el hombre no aparta la mirada de mí, ni siquiera

cuando una camarera se le acerca y toma su pedido. Observo que tiene una mandíbula

cuadrada acentuada por una tez clara, además de unas mejillas hundidas, y no estoy

segura de cómo interpretar toda la atención que me presta. Su aspecto, como el de una

vieja gloria del rock, que le confiere su pelo negro en punta con algunas canas y una

chupa de cuero negra con púas plateadas, me hace recelar aún más de él.

De pronto se levanta y viene en mi dirección con una expresión confiada en el
el
cara.

«¡Ay, Dios mío! ¡No te acerques más, por favor!», ruego. Echo un vistazo
desesperado a mi alrededor, pero no veo a ninguno de mis compañeros de
viaje de

regreso del lavabo. Y tampoco Alex está donde le he visto antes.

Escondo la cabeza igual que una avestruz en mi guía, con la esperanza de que
el

hombre pase de largo, y trato de centrarme en las imágenes que tengo
delante: hay

unos cuantos lugares interesantes que quiero visitar, entre los que se
encuentran

Camden Town, el Zoo de Londres, el Museo de Cera, el Museo Británico...

Camden Town, Camden... Cam...

Paso las páginas más rápido, casi frenética.

El tipo se detiene a tan solo un metro de donde me encuentro.

«¡No lo mires!», me repito furiosa conmigo misma por no haber sido capaz
de

resistirme a comprobarlo una vez más.

Parece que el hombre va a hablarme en serio, pero espero que no lo haga.

Centro toda la atención en mi libro... Me fijo en la foto de Hyde Park, en la
de la

casa de Sherlock Holmes ubicada en Baker Street y en la del cementerio de Highgate,

en el cual se encuentra enterrado Karl Marx, Michael Faraday y... el disidente ruso

Alexander Litvinenko.

Alexander...

Apoyo el dedo sobre el nombre y recorro muy lenta cada letra con la yema hasta la

equis, como si con solo hacer eso pudiera invocar a la persona que deseo y expulsar

así al demonio de la chupa de cuero.

—¿Qué lees tan concentrada? —pregunta de forma inesperada una voz a mi espalda.

El susto me arrebató al menos dos años de vida.

¡Santo Dios!

—¡Alex...! —exclamo sorprendida, y cierro la guía de golpe.

Ni siquiera yo misma sé por qué me siento tan repentinamente intranquila. No hay

nadie más a su lado. Desconcertada, miro hacia la mesa donde estaba «la vieja gloria

del rock» y veo a la camarera que lo ha atendido hace un momento con una expresión

tan confusa como la mía. Esta sostiene una bandeja con un café humeante y gira la

cabeza buscando a su cliente. El tipo se ha esfumado.

—Solo estaba aprendiendo un poco de Londres —balbuceo rápido.

—¿Ah, sí? —Alex levanta una ceja, se inclina por encima de mí, envuelve mis

manos con las suyas y abre de nuevo la guía por la página que habla del aeropuerto de

Heathrow—. Déjame ver, Rebeca. Hum...

Su masculina e intensa fragancia me recuerda a los días cálidos llenos de sol, al

rocío en las hojas por la mañana. Aguanto el aire en los pulmones y el número de

pulsaciones me crece en el pecho. Alex acomoda su mejilla izquierda a la mía, como si

realmente no supiera cuánto me afecta eso, y lee una frase del texto en alto. Su aliento

me hace cosquillas al hablar. Huele muy bien a café.

—¿Sabías que por aquí vaga el fantasma de Sid Vicious, el bajista de los Sex Pistols? —susurra en un tono grave y cargado de misterio.

¿Ha dicho «fantasma» y «Sid Vicious» en una misma frase?

Me encojo de hombros al sentir un inquietante escalofrío venido de la nada y

pienso en que el hombre que ha estado a punto de hablarme hace solo un momento

encajaba perfectamente con la descripción del bajista de los Sex Pistols.

«¡No imagines cosas raras, Beca! Esto solo puede ser una coincidencia. Sid Vicious murió muy joven», me convengo.

Alex todavía cubre mi espalda con su pecho y trato de pensar solo en eso, y no en

viejas glorias del rock que han vuelto de la muerte.

—Los fantasmas no existen, Alex —digo con una risita nerviosa. Tengo la piel de

gallina con su sola mención, pero no quiero reconocerle a Alex que soy una miedosa.

Recuerdo que, los primeros días después de mudarme a la casa de nuestra tía abuela,

tenía miedo hasta al abrir el armario ropero de que esta se nos apareciera.

Nunca me gustaron las casas viejas, y mucho menos las historias de terror...

—¿Estás segura, Beca?

—No existen, Alex —me reafirmo en voz mucho más alta y con los ojos entornados, tras lo que cierro el libro.

—Ya... —dice Alex, y se incorpora con una petulante sonrisa que gustosa le borraría de la cara si me viera con las fuerzas para hacerlo.

Veo que da un lento rodeo, convirtiéndome en su presa y él, a sí mismo, en el depredador.

—¿Ya? —inquiero recelosa sin dejar de vigilarlo; tengo la ligera impresión de que

no va a quedarse callado sobre este asunto con tanta facilidad.

¡Es un cabezota!

—Suenas tensa —comenta.

Se sienta a mi lado y lanza una breve ojeada a mi vaso de zumo vacío, pero sin

prestarle mucho interés. Entonces, sin previo aviso, vuelve mi silla hacia él y toma mis

piernas y las pone sobre su regazo. Suelto un gemido por la sorpresa.

—¡Alex! —balbuceo.

El bajo de la falda se me sube hasta la mitad de los muslos, que están cubiertos

únicamente por unos finos *leggings* negros.

Alex inclina la cara hacia delante. Capta mi mirada.

Los segundos pasan sin que diga nada. Solo me escruta el rostro de un modo penetrante y fijo, lo que es suficiente para que desee estirarlo del cuello de la camisa

hasta mí, revolver su bonito cabello oscuro con los dedos, despojarlo de la ropa y

hundir mi lengua dentro de su boca hasta fundirme con su aliento. Con público, sin

público. He olvidado que no estamos solos, o quizá no me importan ya los demás.

Hasta ese grado quiero sentir cerca a Alex.

Cuando estoy a punto de romper el silencio, él levanta un dedo y lo pone entre

mis labios.

—Escucha esto, Rebeca. El pasajero con el que he estado hablando hace tan solo

un momento me ha contado que el mánager de la banda aseguró que la madre de Sid

Vicious estaba tan borracha que se le cayeron las cenizas de su hijo en algún lugar de

este aeropuerto —explica despacio. Soy todo un flan por dentro mientras lo oigo

relatar emocionado como un niño todo aquello, que me sienta igual que un jarro de

agua fría al cuerpo. Mi excitación se evapora como si nunca hubiera estado allí, pero

Alex no parece percatarse de ello y continúa narrando la historia—. La mujer quería

esparcir los restos de Sid Vicious sobre la tumba de la amante de este, pero nunca lo

logró.

Trago saliva y trato de hacerme la indiferente.

—Eso no significa nada, Alex. Son solo rumores.

Él se encoge de hombros.

—Puede ser... —acepta.

Con una expresión ensimismada en su cara, desliza los dedos por mis piernas.
Me

acaricia muy muy lentamente, dejando mi piel sensible con la misma
efectividad que

si estuviera susurrando sobre ella.

—¿Puede ser... —repite Alex con apenas un hilo ronco de voz y en tono
curioso.

Sus movimientos no son casuales; cada uno de ellos está trazado del modo
exacto para

arrancarme un estremecimiento, por debajo de las rodillas, por encima de
ellas...—

que tengas miedo de los fantasmas, Rebeca?

—No —miento. Me muerdo el labio inferior según suben sus dedos. Están
algo

fríos, pero disfruto del roce todavía más por ello. Alex pega su silla a la mía.
Sin

perderme de vista ni un solo momento, dibuja sobre mi muslo formas curvas
e

infinitas.

—¿En serio? Yo creo que sí —presume—. Siempre te ruborizas cuando
mientes.

Deja el brazo que le queda libre extendido sobre mi respaldo, rozándome
ligeramente los hombros en una perfecta imitación de un fantasma.

—Rebeca... —dice con tono fantasmal. Doy un pequeño respingo y él suelta
una

risita.

Luego tira de uno de mis mechones de pelo y comienza a jugar con él.

—¡Basta! —le advierto.

Tengo la extraña sensación de que un millar de hormigas me recorren el cuerpo

entero, como si estuviera en una película de Hitchcock.

Alex sigue riéndose. Su risa es cálida y juguetona.

Es insufrible.

Descansa su frente sobre la mía y frota la punta de su nariz contra mi nariz.

—Solo bromeaba un poco. No te enfades, mi musa —dice, y busca una de mis

manos, de la que me besa los nudillos—. Nunca dejaría que ningún fantasma se te

acercara.

Pongo los ojos en blanco y él me da un pequeño golpecito sobre el ceño. Me cruzo de brazos.

—El único fantasma que existe, Alex, es el que estoy viendo ahora mismo —

replico.

Hundo la punta de un dedo en su pecho, de modo que no le quepa ninguna duda

de a quién me refiero con fantasma. Él me devora con la mirada, y una sensación

desconocida y poderosa desciende por mi espalda.

—¿No crees que con esta cara me parezco más a tu ángel de la guarda? —

fanfarronea, y posa con el mentón levantado y el dedo pulgar y el índice bajo su

mandíbula, a modo de encuadre. Casi consigue hacerme reír cuando alza un par de

veces las cejas de una forma muy sugerente—. Debería tener al menos unos cuantos

privilegios a cambio.

—Me gusta eso de tener mi propio ángel de la guarda, pero lo de los privilegios

tendremos que negociarlo —digo, y paro de jugar. Bajo mis piernas de su regazo—.

¿Por qué crees que Mick ha invitado también a Héctor y Elisa? Creí que me habías

dicho que era una exposición individual.

Alex pone un gesto serio.

—Y lo es —comenta despacio—. Elisa me ha contado que ella y Héctor fueron

convocados para hacer una entrevista. Parece que Mick ha conseguido organizar un

encuentro entre un agente de arte que hay aquí en Londres y ellos.

—No lo entiendo. ¿No podían simplemente hablar por teléfono?

—Tal vez... —empieza a decir Alex. Luego arruga el ceño, como si él

también

estuviera pensádoselo—. Pero no se trata de un agente cualquiera, Rebeca. Hay una

larga lista de espera para lograr siquiera reunirse con él. Es... difícil.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

El brillo de sus ojos se apaga igual que si alguien acabara de soplar todas las velas

de una tarta, y solo queda una sombra difusa de su rostro.

—Porque esa misma persona fue el agente de mi hermano —responde con cautela. Sus rasgos se endurecen, como si albergara un mal recuerdo.

«El tiempo convirtió a Alex en la estrella y a Eduardo en su sombra. Eso hasta

hace dos años. Alex no volvió a firmar ningún cuadro más y, como había hecho

anteriormente su hermano, dejó de participar en cualquier concurso». Las palabras

que Sofía me dijo en su despacho regresan a mi cabeza como llamas ardientes.

Hay cierto peso en la pequeña confesión que acabo de oír a través de los labios de

Alex y siento que no puedo forzarlo a decir más, que tendré que ser todavía más

paciente hasta que él mismo decida contármelo todo.

Me aclaro la garganta.

—Alex, creo que Héctor y Elisa están tardando demasiado en regresar. ¿No deberíamos ir a buscarlos? —propongo.

Miro a la zona más allá de la cafetería.

En ese instante, veo a Elisa y Héctor venir hacia nosotros acompañados de un hombre al que ya he visto antes.

—Él es...

—Mick —responde Alex a mi lado. Parece alegrarse de verlo.

Pero yo no puedo decir lo mismo. Mick no es otro que el tipo que me sonrió en la

cafetería: «la vieja gloria del rock».

El fantasma ha resucitado.



Capítulo 47

ALEX

Beca se endereza con brusquedad como una estudiante en una situación embarazosa nada más ve a Mick dirigiéndose hacia nosotros. Todo su rostro empalidece y sus ojos se agrandan. Pocas veces la he visto tan alterada, excepto la vez

que discutió con su hermano Víctor o cuando me llevaron al hospital.

Sin embargo, antes de que pueda preguntar qué le sucede, Mick ya ha atravesado

toda la multitud y recorrido los metros que nos separan como si le hubieran metido

una guindilla en el culo. Tiene los brazos levantados y los agita entusiasmado.

Cualquiera pensaría que puede echar a volar y unirse a los aviones que cruzan todo el

tiempo el cielo, como vemos por las ventanas ubicadas a nuestra derecha.

Joder, no ha cambiado en absoluto después de las vacaciones.

Tal como imaginaba, el profesor me pasa de largo y avanza todavía con las extremidades extendidas hacia Rebeca.

Una macabra sonrisa se me forma en la boca. Aplasto el *piercing* contra mi mejilla

derecha, sintiendo que un fuego interior conecta con mis venas y las enciende. La

sangre me burbujea.

—Deberías atarte los cordones, Mick. O te caerás de bruces —le advierto después

de agarrarle por detrás, por la estrambótica chaqueta de cuero que se ha puesto.

Aunque ya no sigue andando, los dedos le tiemblan, como si todavía tuviese la

intención de alcanzar a Rebeca con ellos.

—Alex... —masculla, igual que un perrito apaleado.

Un cachorro me daría pena...; con Mick, sé que nada es lo que parece.

Al ver que no lo suelto, Mick dirige una mirada desdeñosa hacia donde lo mantengo sujeto y gruñe algo por lo bajo. Luego sonrío y se le forman varias arrugas

en torno a las comisuras de los ojos. El único rasgo de vejez en su cara que la cirugía

no ha tocado todavía.

Me palmea la mano en son de paz.

—No puedes agarrar así a un anciano, hijo —se queja Mick—. Tengo dolores de

lumbago, y la próstata ya no...

Dejo de escucharlo. Delante de él, noto que Rebeca exhala un suspiro de alivio y

se recompone rápido. Pero todavía tiene todo el aspecto de estar asombrada ante la

larga lista de tonterías que enumera mi profesor.

Antes de que empiece a contar cómo se pilló de pequeño los huevos con la

cremallera del pantalón y cayó después sobre un cactus de culo, libero a Mick, y este,

después de recolocarse la chaqueta con modales de esnob, extiende una mano hacia

Beca.

—Y tú debes de ser la encantadora musa de mi máspreciado alumno, Rebeca,

¿cierto?

Beca se ruboriza y alcanza un intenso color volcánico en sus mejillas que rápidamente memorizo. Está extraña desde hace unos meses y cada vez es más difícil

encontrarla relajada.

Alucinado por su tono rosado como el de una puesta de sol, saco el móvil y capturo su cara en mi pantalla. A continuación, guardo la imagen dentro de mi

colección privada, de la cual Rebeca no tiene constancia.

«Tengo también unas cuantas de ella dormida en el avión», pienso mientras las

enumero mentalmente con satisfacción.

Beca nota el flash y me mira con una ceja alzada. Vuelve a estar alerta.

Guardo el teléfono en el bolsillo de mi camisa, alzo también una ceja y luego sonrío con la boca y los ojos casi cerrados. Sé que eso la vuelve loca y a mí me

encanta que pierda los papeles, siempre que sea conmigo.

Sin previo aviso, alguien se me cuelga del brazo. Rebeca aprieta los labios, a pesar

de que trata de seguir atenta la conversación con Mick, y entonces sé sin necesidad de

girarme que es Elisa quien me ha agarrado del brazo.

—¡Gatito! —ronronea.

—¿Qué quieres, Elisa? —digo, y procuro de ser paciente con ella.

Héctor nos observa, pero permanece callado y a distancia. Por algún motivo, su

pasividad me irrita, como una advertencia que no puedo quitarme de la cabeza con

facilidad.

—¿Podrías llevar mi maleta al coche? Por favor, por favor, Alex —suplica ella

insistente.

Joder, la tía acaba de restregarme las tetas por el brazo.

—¿Por qué razón debería hacerlo, Elisa? —replico secamente, e intento apartarla.

Frustrado, noto como ella se me pega aún más y apoya su barbilla en mi hombro.

Tengo sus caderas literalmente encima.

—Pesa demasiado, Alex —lloriquea, tras lo que hace un mohín con los labios.

Se los ha pintado de un rosa suave que le hace juego con el pelo, del mismo color.

Parece una niña, y no la chica que en realidad es, dos años mayor que yo.

De pronto, quedo desplazado a un lado. Asombrado, me percató de que la razón

es Rebeca. Esta cruza por en medio tirando de su maleta, de modo que Elisa se tiene

que separar de un salto para no acabar atropellada por el equipaje y termina en los

brazos de Héctor, que la recoge antes de que caiga al suelo.

—Entonces deberías haber traído una más pequeña, Elisa —espetea Beca con una

sonrisa inocente.

Está realmente sexy de novia celosa, enojada, y con esa mirada letal que congelaría

inclusive el mismo infierno. Y yo solo pienso en que quiero derretirla y lamerla hasta

que no quede nada de aquel iceberg que se ha implantado en sus ojos y en todo el

cuerpo.

La observo divertido.

—Maldita novata —masculla Elisa hecha una furia—. Me has roto una uña —

exclama aún más encolerizada.

—Tengo celo en la mochila. ¿Quieres volver a pegártela? —le ofrezco sofocando

la risa.

Elisa respira fuerte, se suelta de los brazos de Héctor con energía y lanza una mirada asesina hacia Rebeca.

—Vas a pagármelas, zorra. Había gastado un dineral en esta manicura — escupe

con los puños cerrados—. Voy a convertir tu cara en un Picasso —amenaza.

De inmediato, endurezco mi expresión y me interpongo entre ambas, pero no hace

falta que haga o diga nada.

—Lo siento, Elisa —se disculpa Rebeca, y suena sincera—. Pagaré por tu manicura.

Elisa parece sorprendida por la tranquila respuesta de Beca, pero se recupera rápido y vuelve a cerrar los puños con fuerza. La tensión en el ambiente crece por

momentos. Joder, hasta yo me siento preocupado.

Ninguna de las dos parece dispuesta a ceder primero.

—¿Pagarla una pobretona como tú? ¡Ja! Más vas a sentirlo... —empieza a decir

Elisa, y se echa hacia delante mostrando las uñas como una fiera— cuando te ponga

las manos encima, perra —replica terminando de perder la compostura.

La agarro de la muñeca y la obligo a recular.

—No voy a permitir que le sigas faltando el respeto a mi novia, Elisa —la exhorto

fríamente y de modo que solo ella pueda oírme y que le quede muy claro quién es

quién—. Ni a ti ni a nadie —concluyo.

Todo el pecho me vibra de rabia, y aun así logro esbozar una sonrisa calmada. Ella

se gira hacia mí con un gesto dolido que enseguida se transforma en ira hacia Beca,

como si esta fuera la causante de todos sus males.

—Alex... —sisea Elisa. Toda su cara se transfigura y me recuerda a la imagen de

una serpiente.

—Bueno, bueno. —Mick pasa por en medio de todos nosotros frotándose las palmas con suavidad y me lanza una breve mirada de advertencia, que no me deja ni

de lejos mucho más tranquilo—. Señoritas, si vais a pelearos, entonces deberíais

permitirme antes organizarlo todo en una bonita piscina de barro. ¿Qué os parece?

Tengo unas botellas de champán para acompañar el evento —sugiere con ojos

risueños.

Me desinflo. Elisa relaja la postura y Héctor se rasca la cabeza mirando hacia otra

parte. Beca no puede estar más acalorada.

—Vamos al hotel, Mick —digo sencillamente, liberando a Elisa, y me adelanto

hasta donde está Rebeca. Paso un brazo protector por su pequeña cintura de avispa y

la animo a continuar avanzando hacia la salida.

Más tarde, cuando llegamos al hotel, ubicado a orillas del río Támesis, mis sospechas sobre la posible influencia de mi familia en todo esto se multiplican al

descubrir que se trata del Savoy: una enorme estructura de lujo al estilo americano y, a

fin de cuentas..., el lugar donde mis padres pasaron su luna de miel. Guiados por

Mick, entramos y cruzamos por un llamativo suelo de baldosas negras y blancas que

imitan a un tablero de ajedrez.

Sin detenernos en la exuberante decoración *art déco* y de estilo eduardiano, vamos directos a la recepción, donde toman nuestros datos de inmediato.

—Alex... —la voz de Beca tiembla a mi lado e imagino la razón de ello—, esto

tampoco es un error, ¿cierto?

—No lo creo, mi musa —confirmo. Casi estoy seguro de que, asociados a

Mick,

definitivamente mis padres están detrás de todo este alarde de lujos.

Rebeca entorna los ojos y pone la palma de su mano en mi pecho. El calor que

desprende me traspasa la ropa y se extiende por todo mi abdomen como brasas

chisporroteantes.

—No pareces nada impresionado, Alex —dice con un gracioso mohín.

—Eso es porque tú eres la única que puede lograrlo, mi musa —replico, y me

inclino con la intención de robarle un beso rápido. Su sabor a menta despierta algo

sediento en mí y acabo por profundizar más allá de sus labios. Me aparto con esfuerzo

—. No puedo esperar más —confieso.

—Alex —gime Rebeca, y me propina un pequeño golpe en el hombro que me

hace reír.

Quiero quitarle toda su ropa de encima y sentarla sobre mi regazo. La sangre me

circula frenética cuanto más la miro. Me embarga un deseo incontrolado por poseerla

aquí mismo.

Creo que empiezo a desvariar...

—Alex, necesito regresar a la galería para comprobar que no ha surgido ningún

problema. Vendré a recogeros a la recepción sobre las seis para la inauguración de la

exposición y el encuentro con la prensa —informa Mick.

—Espera. Voy contigo a la galería, Mick —digo de inmediato.

—Os acompaño —interviene Beca.

—Nosotros nos quedamos —advierten Héctor y Elisa.

—¿Cuándo será la entrevista con el agente? —pregunta Héctor. Por primera vez en

lo que llevamos de viaje, lo veo nervioso.

—Hemos tenido que cambiar de planes, chicos... —Mick hace una pausa, como si

tuviera otra idea más en mente que le preocupara—. Han surgido una serie de

complicaciones con vuestra cita que tengo que resolver primero. —Tanto Elisa como

el aludido lo miran preocupados. Como siempre, Mick se guarda de decir nada acerca

de cuál es el problema—. Pero no es nada grave. Os avisaré más tarde con lo que sepa

—les tranquiliza.

Ni Elisa ni Héctor dan la sensación de estar muy convencidos ante la explicación

de Mick, pero ceden y se marchan hacia sus habitaciones tras intercambiar

unas

palabras más con él.

Mientras tanto, me encargo de dejar mi maleta y la de Beca a buen resguardo en la

recepción.

La recepcionista, una mujer joven con el pelo negro recogido en una coleta en lo

alto de la cabeza, me sonrío y encarga a otro chico, también empleado del hotel, que se

ocupe del equipaje por nosotros.

—En fin, chicos. La galería no está muy lejos, así que iremos a pie —anuncia

Mick, y luego se vuelve hacia Rebeca como si hubiera tenido una gran idea —.

Aunque si la musa de nuestro chico de oro se siente cansada, puedo llevarla en brazos

—se ofrece, y le guiña un ojo lleno de picardía a Rebeca.

Esbozo una sonrisa cínica.

—Mejor guárdate las fuerzas para ir al baño, Mick —espeto secamente.

Él se echa a reír.

—Muchas gracias, Mick, pero prefiero caminar —interviene Rebeca con rapidez

para calmar los ánimos.

A pesar de que debe de estar agotada por todo el viaje, no deja que nadie se

lo

note y avanza firme en medio de nosotros. Poco a poco, percibo, mientras hablo con

Mick, cómo sus ojos de color avellana se sumen en un estado de concentración del

entorno, como si esos dos pozos pardos y risueños quisieran absorber hasta el más

mínimo detalle de la ciudad: semáforos, cruces de peatones, cabinas rojas de teléfono...

—... Y después de que hayas comprobado que está todo bien y que no falta

ninguno de los cuadros, podemos reunirnos con Héctor y Elisa para ir a comer al

restaurante de un conocido. Está cerca de donde...

Mick continúa parloteando sin parar sobre algunos de los periodistas a los que

debo dar prioridad, y me proporciona consejos para ganármelos. Asiento con la

cabeza sin prestar demasiado interés.

No tardamos en llegar al lugar. Por dentro se trata de una planta baja pintada de

blanco y dividida en tres salas, en las cuales han distribuido mis cuadros según el

espacio y la luz.

Una mujer que cumple el estereotipo de belleza inglesa —rubia y pálida, de

boca

pequeña y roja como el capullo de una rosa— comienza a hablar con Mick.

Después de las debidas presentaciones y explicaciones, les dejo hablar solos y me

adelanto con Rebeca para ver la exposición. Justo en ese momento, un par de mozos

están colocando las cartelas, en las que van detallados los datos básicos de cada

cuadro.

—¿Qué piensas? —pregunto nervioso y excitado en el oído de Rebeca.

Ella me mira a los ojos y se humedece los labios. Sin responderme, se pasea por

delante de uno de los cuadros que pinté este verano, en el cual aparece su imagen

distorsionada. Lleva el florido uniforme de camarera de La Abuelita y, concentrada,

prepara un batido de chocolate mientras un cliente espera su pedido en un segundo

plano de la barra.

—¿Esta soy yo? —pregunta intrigada. Entorna los ojos como si tratase de traducir

algo complejo en un pensamiento simple.

—¿Te lo parece? —inquiero, y tiro de ella hacia mí por la cintura. Rebeca se coloca de puntillas y me da un beso en la mejilla—. Un poco —reconoce

burlona, tras

lo que se libera de mis brazos.

—¿Quién es el dios invencible del universo? —pregunta Mick al mismo tiempo

que toca una guitarra invisible—. ¡Oh, *yeah!* Sí, soy yo, chicos —dice

respondiéndose a sí mismo—. ¡Lo he conseguido! —exclama situándose a nuestro

lado con expresión eufórica.

Rebeca y yo sonreímos felices por él.

—¿Y qué has conseguido, Mick? —pregunto divertido—. ¿Una entrada vip para

ver a los Rolling Stones?

—Muy gracioso, chaval. Pues no, algo mucho mejor. He conseguido la

entrevista con el agente para tus dos compañeros. ¡Oh, *yeah!* ¿No es fantástico? Esta

tarde el gran Hugh vendrá a tu inauguración —explica Mick—, y hará un hueco para

hablar con ellos por separado.

De inmediato, dejo de escucharlo y analizo a cámara lenta sus palabras con mi

cabeza. Sus labios se mueven por imágenes a través de mis ojos y emiten un sonido

grotesco:

He. Conseguido. La. Entrevista. Con.

El. Agente. Para. Tus. Dos. Compañeros. Esta. Tarde.

El. Gran. Hugh. Vendrá. A. Tu. Inauguración.

Una llamarada de adrenalina incendia todo mi cuerpo y lo deja al rojo vivo mientras observo que Mick da saltitos de alegría ante nosotros y se lanza a comunicarle la noticia a Héctor y Elisa por teléfono.

Inconscientemente, extendiendo el brazo, a punto de cometer una locura, como aplastar a mi profesor contra la pared, pero entonces Rebeca me tira de la camiseta por

detrás y me lanza una mirada de preocupación que me frena en seco.

Joder...

—Alex —murmura. Ella sabe como yo lo que significa que esa persona vaya a

acudir a la exposición, y lo que está en riesgo.



Capítulo 48

BECA

En seguida me doy cuenta de que a las inauguraciones suele ir gente muy peculiar:

desde actores, directores de cine, músicos, arquitectos, médicos, deportistas que

entran con su ropa de gimnasio, hasta incluso...

¿En serio aquel tipo acaba de meterse con su bicicleta y un caniche rosa?

Un hormigueo de cansancio me cosquillea por la planta de los pies y sigue

ascendiendo hasta las palmas de las manos, sudorosas después de estrechar tantas

manos diferentes.

Por suerte para todos, la exposición solo está abierta esta tarde para el público que

va con su correspondiente invitación y, sobre todo, lo mejor: Hugh, el agente, no se ha

presentado todavía.

Agotada, corro a apoyarme en una columna para quitarme un momento el zapato y

ventilar al menos uno de los pies. A otro lado de la sala observo, justo en ese mismo

instante, que Alex termina de hablar con otro periodista más de los siete que se le han

acercado desde que llegamos. Al ver que lo miro, él me sonríe en la distancia y me

enseña el pulgar para indicar que todo va bien. Como respuesta, hago un mohín con

los labios igual que un bebé para que sepa lo mucho que lo echo de menos, y su

sonrisa se vuelve todavía mayor.

Entonces, veo que se apunta con un dedo a sí mismo:

—Voy contigo —vocaliza con sus sexys labios, y luego me señala a mí, pero

cuando está a pocos metros de alcanzarme de pronto es parado por un tipo de no más

de cincuenta años, pequeño, corpulento y con un serio problema de alopecia que hace

que su cabeza parezca una pelota de fútbol.

Alex me lanza una mirada estresada que el tipo no llega a notar, tras lo que,

amablemente, responde a las preguntas del hombre, el cual tiene toda la pinta de

posible comprador por la forma en la que señala de continuo el mismo cuadro. Estiro

el cuello y me fijo en que la pintura en cuestión es la de la chica que prepara un

batido, la imagen que me ha llamado la atención nada más entrar esta mañana.

De súbito, un camarero de piel tostada con chaqueta blanca y pantalones negros se

me acerca con una bandeja llena de coloridos canapés. Me dice algo que a partir de

sorry interpreto como «¿Le apetece...?», y asiento efusiva con la cabeza.

¡Ay, Dios mío! ¡Estoy muerta de hambre! Y lo cierto es que, con tantas emociones,

apenas he comido cuatro tristes hojas de lechuga y un poco de cuscús en el sitio al que

nos ha llevado Mick a comer.

— *Thank you* —digo contenta al guapo camarero, y me lleno rápidamente la boca

con una especie de pirámide de gelatina en miniatura cuyo nombre no me atrevo a

preguntar.

Al instante, mis papilas gustativas se ponen en guardia al detectar un sabor extraño

en sus fronteras, y unos hostigadores sudores se extienden por mis articulaciones

mientras trato de no escupir la papilla de la pirámide sobre el camarero.

No obstante, no logro disimular lo suficiente y el camarero empieza a hacerme

preguntas. A duras penas consigo tragar el infernal canapé, pero sonrío al chico para

que se quede tranquilo.

En cuanto se da la vuelta, siento que vuelvo a ponerme de mil colores.

—¡Eh, chica guapa! ¿Le apetecería algo de beber?

Me giro de inmediato, tomo la copa de champán que me ofrece Alex y la bebo de

un trago sin pensarlo.

Al instante, la espuma se me sube a la cabeza y empiezo a toser. Los ojos se me

ponen en blanco.

—Eh, tranquila —dice Alex al mismo tiempo que me palmea la espalda—.

¿Estás

bien?

—Podría estar mejor —respondo en cuanto me calmo un poco—. ¿Qué tal va tu

mandíbula? —pregunto, y me fijo en que, aunque mantiene el rostro relajado, el brillo

de su mirada es mucho más apagado que cuando llegamos.

—Podría estar mejor —dice repitiendo mis palabras.

Alzo una mano y le acaricio la barbilla. Él me toma de la muñeca y la sigue hasta

los dedos. Luego apoya su mejilla en mi palma y me mira directamente a los ojos.

—Ojalá pudiera convertirme en tu tienda de campaña y esconderte un rato de los

demás —expreso, sintiéndome un poco impotente por no saber cómo aliviar su

agotamiento—. ¿Qué puedo hacer por ti, Alex?

Sus ojos azules se encienden y echan chispas de pronto, como si acabara de dar al

interruptor correcto de su cuerpo.

De repente, Alex tira de mí y me lleva hasta un cuarto que sirve como almacén de

la galería, oculto tras una columna que es el doble de ancha que la anterior donde

estábamos.

Se me seca la garganta. Ni siquiera me he dado cuenta del movimiento hasta que

he acabado con la espalda apoyada en la pared.

Me muerdo parte de la mejilla derecha por dentro y me fuerzo a no cerrar los ojos.

El frío material del muro se funde con mi espalda y trato de concentrarme solo en eso,

pero la paz no dura mucho. Alex empuja mi hombro derecho mientras con la otra

mano reptaba por debajo de mi vestido y eleva mi pierna para que con ella le rodee por

la cadera. Luego da un paso hacia delante y me veo obligada a agarrarlo de los brazos

para no perder el equilibrio.

—¿Qué tal esto? —sugiere. Al escuchar su voz entrecortada por el deseo, un agradable hormigueo recorre y vibra en oleadas bajo mi piel.

«¡Ay, Dios mío! ¿Qué... qué está haciendo Alex... aquí, y delante de todos?»,

pienso, y me ruborizo.

—Es... Estás loco, Alex —consigo decir tartamudeando, aunque por dentro me

estoy muriendo de excitación.

—Por ti, solo por ti, mi musa. —Su voz sensual hace que me retuerza de expectación.

Alex me acaricia un muslo y sigue ascendiendo con sus dedos. Estoy conteniendo

el aire cuando, de forma inesperada, acopla su palma extendida a una de mis nalgas.

El vello se me eriza mientras algo crepita bajo mi piel, una energía chisporroteante que

no puedo aguantar. No llevo medias y el contacto es más directo, más vivo,

más

abrasador.

Noto como agacha la cabeza sobre el hueco de mi cuello y su mentón me raspa la

piel. Exhalo un suspiro entrecortado y, antes de que pueda detenerlo, Alex se pone a

jugar de forma diabólica con el lóbulo de mi oreja izquierda entre sus dientes.

—No he podido apartar la vista de ti en toda la tarde —confiesa—. Estás preciosa,

Rebeca.

Jadeo, pero Alex me cubre la boca antes de que alguien pueda oírnos.

—Mierda —dice entre dientes, y echa un breve vistazo alrededor. Escucho que él

inspira fuerte y con dificultad, y cuando vuelve a mí, sus largos dedos se hunden

todavía más en la piel de mi trasero. Sin poder aguantarme más, se me escapa un

erótico gemido de placer.

Ambos nos quedamos repentinamente quietos.

—Lo sie...

No me da tiempo a terminar de hablar, pues él me envuelve con sus brazos. Me

atrae hacia su cuerpo, pillándome desprevenida. Su boca me reclama con pasión y me

obliga a devolverle el beso hasta que mi voluntad se convierte en la suya propia. Me

fascina su sabor y puedo sentir su deseo sin ataduras. Un mensaje oculto en cada roce.

Dejo de pensar y soy arrollada por el mar de sensaciones que me provoca su cálida

lengua enredada a la mía. Las piernas se me doblan por las rodillas con un estremecimiento, y un hormigueo me recorre de los pies a la cabeza. Hace que me

transforme en caramelo derretido.

—Estás perdonada —susurra de pronto en tono burlón Alex, y desliza sus labios

húmedos por toda mi mejilla izquierda hasta mi oreja—. Sabes a champán y gelatina

—bromea.

—Es por el canapé —me defiende.

Los labios me tiemblan todavía por el mar de sensaciones. Sin previo aviso, Alex

suelta mi pierna y me atrae hacia él antes incluso de que mi zapato haya tocado el

suelo. Entonces, me envuelve entre sus brazos con una pasión y una devoción inesperadas.

Noto estremecida como deposita un beso sobre mi cabeza. Pero al cabo de unos

segundos, sin darme el tiempo suficiente para reaccionar, me libera y desliza sus

manos despacio desde mis hombros hasta las muñecas... Cuando estoy convencida de

que me va a soltar por completo, acerca su boca a mis nudillos y los besa prácticamente con su aliento, sin apenas rozarme.

—Ven, voy a presentarte a algunos conocidos —dice, y me ayuda a recolocar mi

ropa.

Mientras le escucho hablar en inglés con otros invitados, yo me conecto en modo

automático, y cuando me quiero dar cuenta, ya estoy sonriendo hasta a las plantas.

—Voy a tomar algo, Alex —susurro, y le dejo hablando con una pareja de japoneses con sandalias y calcetines blancos, junto a uno de sus cuadros.

En seguida encuentro a un camarero; no obstante, mi suerte acaba cuando

descubro que Elisa está a su lado, coqueteando con él descaradamente. En cuanto esta

me ve, tira de mi brazo antes de que escape y me pone una copa de vino tinto entre las

manos.

—No tan rápido, muuuusa —se burla. Suena achispada, como si hubiera bebido

un poco de más—. ¡Bebe! —ordena—. ¡Bébetelo de un trago o no te suelto!

—Estás borracha, Elisa —digo, mientras trato de devolver mi copa a la bandeja

del camarero, pero ella me lo impide.

—Bébelo, ahora —exige.

Tres de los invitados que están cerca empiezan a prestarnos atención y a cuchichear.

Resoplo y, antes de que esto pueda estropear el éxito de la exposición de Alex, me

tomo la copa de vino de un solo trago. Al instante empiezo a sentir una bruma pesada

en la cabeza.

«¡Dios, mío! Sigo con el estómago vacío y no estoy acostumbrada a beber. El alcohol se me está subiendo con demasiada facilidad», pienso preocupada.

—¿Satisfecha? —digo, y vuelvo a intentar liberarme.

—Otra —insiste con terquedad—. Ahora tienes que brindar con... hip... migo —

gimotea.

En serio, esta chica está más que ebria. Sonrío tensa.

—Solo una más —acepto a regañadientes, aunque también empiezo a notarme

contenta.

No obstante, esta vez no es una copa de vino lo que me pasa Elisa, sino algo de

color azul con hielos y rodajas de limón. Parece zumo, pero antes de que pueda

analizarlo bien, Elisa me lo pone en los labios y me lo tomo.

Una parte del líquido me cae sobre el vestido. Sin embargo, cuando me quiero dar

cuenta, ya estoy demasiado mareada para notarlo.

Parpadeo confundida y, al fijar mis ojos en Elisa, sonrío sin saber por qué eso me

hace tan feliz.

—Me voy al baño —balbuceo. La lengua me pesa horrores.

¿Por qué la gente se mueve tan rápido? ¿Estoy en un barco?

De pronto, se me escapa una espontánea carcajada y trato de taparme la boca con

las manos. Entonces veo a Héctor; está hablando muuuuuy serio con un tipo...

—¡Ja, ja! Tiene cara de rata —pienso... ¿O lo he dicho en alto?

Tambaleándome, voy hasta Héctor y le tiro del brazo para preguntarle por los servicios, pero él se deshace de mí con facilidad. Antes de que pueda sujetarme a otro

sitio, tropiezo con otra persona y me balanceo hacia atrás. Entonces algo extraño

ocurre.

—¡Cuidado! —escucho que alguien grita en mi idioma—. Rebeca.

Una sombra empieza a cernirse sobre mí, y miro extasiada cómo la chica de los

batidos viene a abrazarme. Es tan hermosa...

Lo que ocurre después sucede demasiado rápido para que pueda comprenderlo.

Cierro los ojos con fuerza y, cuando los abro de nuevo, Alex está abrazándome.

—¿Estás bien, Beca? —pregunta. Asiento firmemente, y creo que lo vuelvo a hacer una vez más, o quizá tres veces más—. Gracias, Hugh —oigo con esfuerzo que

Alex dice al tipo con cara de rata—. Héctor, encárgate de Elisa; yo me llevaré a

Rebeca.

Hugh... Ese nombre me suena..., pienso antes de sumirme en un sueño profundo.



Capítulo 49

ALEX

—Te quiero, Alex —repite por vigésima vez Rebeca. La acomodo a mi espalda.

Vuelvo a sonreír y trato de mantener sus manos quietas.

—Yo también, mi musa —respondo. A pesar de todo, ha merecido la pena ver

cómo Rebeca arrasaba con todo por delante.

Héctor también parece tener serios problemas para mantener a Elisa inmovilizada.

Acabamos de regresar al hotel, y ahora él se dirige a la habitación de esta para

asegurarse de que descansa en su cama, y no en la del primer botones que pille por el

camino.

—Espera, Alex —dice de pronto Mick, cuando ya estamos yéndonos—. Os acompaño.

La chispa de inquietud en sus ojos parece revelar que las cosas no están saliendo

del todo como estaba previsto, aunque su voz no refleja ningún tipo de emoción.

Hago un leve asentimiento de cabeza en silencio y juntos vamos al ascensor. La

atmósfera dentro de la cabina está enrarecida y es incluso más asfixiante a

medida que

vamos subiendo una planta tras otra.

Ninguno dice nada, pero cuando regreso al pasillo, tras entrar en nuestra habitación para dejar descansando a Rebeca, el profesor todavía está esperándome.

—¿Qué sucede, Mick? —pregunto en tono despreocupado, y me giro para afrontarlo de una vez por todas.

Él se aclara la garganta, echa un vistazo al pasillo, vacío en estos instantes, y reduce la distancia que nos separa a solo unos centímetros.

—Ya lo he preparado todo para la cena de esta noche. ¿Todavía estás decidido a

tirar esto adelante, Alex? ¿Estás seguro de que no te arrepentirás más tarde? Puedes

perderlo todo —asegura Mick muy serio. La piel se le tensa en la cara como una doble

máscara.

—Puedo empezar desde cero —respondo sin pensármelo.

—Puedes perderla a ella —advierte Mick crispado. Sus pobladas cejas se unen en

un gesto de preocupación sobre sus ojos—. ¿Eso no te importa?

—Si decide dejarme, no la culparé —respondo pasados unos segundos. La mano

derecha me tiembla y la contengo con un movimiento. Sin embargo, evito la

mirada

intensa de Mick y centro mi atención en uno de los cuadros colgados de la pared. La

pintura es gris, sucia y apagada en todos sus colores.

—No sabes en lo que te estás metiendo, chico.

Ignoro la pulla escondida bajo esas palabras de advertencia, y Mick da un largo

suspiro, resignado.

—Era esto a cambio de la exposición, Mick. Espero que no te eches atrás —
le

advierto.

—Está bien, está bien. No insistiré más, Alex. No obstante, todavía estás a tiempo.

Por favor, si cambias de idea, ya sabes cómo hacérmelo saber —ruega
esperanzado.

No puedo culparlo, él también puede salir perjudicado por ayudarme en esto,
pero lo

conozco: estará bien.

—Te veo luego, Mick —me despido de él.

En cuanto cierro la puerta, dibujo una sonrisa y busco a Rebeca.

Está tendida de espaldas en la cama, todavía con el vestido y las sandalias
puestas.

Su cabello se extiende brillante por el edredón de color crema igual que hilos
de

chocolate, y sus gruesas pestañas se le aferran a los pómulos como ramitas de escoba.

—¿Rebeca? —la llamo en un susurro, pero ella no se mueve ni tan solo un poco.

Pruebo a besarla por detrás de la oreja y a deslizar una mano por su vientre muy

despacio, sin resultado alguno.

De repente, suelta un pequeño ronquido seguido de un suspiro y se gira al lado

contrario. Está consumida por el agotamiento.

¡Mierda!, está preciosa y solo puedo comportarme como un cabrón excitado. Me

paso la mano por la cabeza mientras la contemplo con un sentimiento de frustración.

Quiero respetarla, pero resulta condenadamente difícil.

Sin hacer ruido, me levanto de la cama y me siento en el borde, junto a sus pies.

Uno a uno, le saco sus zapatos.

«¡Oh, no! No ha sido buena idea, en absoluto...», me digo al ver sus largas

piernas doradas por el sol. Tiene unos tobillos delgados que calculo que me deben

cabernos juntos en una mano.

Resoplo, con el sudor aflorándome en las palmas, en el pecho y en otros lugares

que prefiero no pensar solo por precaución. Me alejo de la cama y tiro de la colcha

para taparla sin apenas mirar.

—Joder, joder, joder —mascullo, al tiempo que hundo la cabeza repetidamente en

un cojín que pillo en el sofá. El corazón me martillea en el pecho.

Me meto en la ducha, pero cuando salgo únicamente vestido con los *boxers* negros encima y la encuentro todavía en la cama, me pongo peor. Sigue durmiendo.

Siento un calambre en la entrepierna. Juro por lo bajo.

Enciendo el televisor por el canal de noticias y subo el volumen con el mando a

distancia. A continuación, me acerco a Beca con sigilo.

—¿Rebeca? —la llamo aguantando una sonrisa—. ¿Ya estás despierta?

No responde, y su respiración suena aún más profunda.

Inquieto, recorro de un lado a otro la habitación mientras pienso en qué más puedo hacer. Hago unas flexiones en la alfombra del cuarto, pero ni siquiera eso

consigue calmarme un poco. Desesperado, realizo el pino contra la pared.

—¿Qué estás haciendo, Alex?

Pierdo el equilibrio al instante de oír su voz entrecortada por un bostezo y comienzo a caer.

Apenas noto que Rebeca salta de la cama y va corriendo hacia mí para cogerme.

Preocupado por hacerle daño con mi peso, trato de balancearme hacia el lado contrario. Aun así, mi cuerpo acaba enzarzado al de Beca: ella en el suelo y yo encima, con mi rodilla presionando la cara interna de sus muslos.

—¡Oh, mi cabeza! —se queja esta.

La oigo soltar un jadeo y bajo la vista. No se me escapa ningún detalle mientras

efectúo un exhaustivo examen de ella. Su vestido se le ha levantado hasta la cintura,

incluso un poco por encima de su vientre bronceado. La versión de Rebeca agitada y

desmelenada me gusta todavía más.

—Rebeca... —mascullo con la voz ahogada por el deseo. La palabra suena en mis

labios más como un gruñido—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú? —responde ella igual de excitada, aunque lo intenta disimular.

Estoy completa y absolutamente devastado.

—Bien —confirmo con voz lacónica.

—¿No crees que deberías gastar tu energía en algo más productivo que hacer el

pino en la pared? Has estado a punto de matarte —me regaña preocupada.
Chasqueo la lengua con falso dolor y le dedico una sonrisa fugaz y muy masculina.

—Eso no es justo, Rebeca —le reprocho, y acerco mi cara hasta la suya—. Y lo sabes.

Rebeca se pone rígida, pero no hace ningún ademán de escapar, como si estuviera

dispuesta a ofrecerse a ella misma a modo de disculpa por lo ocurrido.

—Lo siento. No era esa mi intención distraerte mientras te ejercitabas... —dice

con una expresión acongojada en su rostro.

Yo siento que tengo dificultades para respirar.

—Está bien, te perdono —concedo. Ruedo hacia un lado de la alfombra y le ofrezco una mano para que pueda incorporarse, pero, según se levanta, de pronto

escucho el sonido inconfundible de su risa—. ¿Te estás riendo de mí?

—Lo siento —se disculpa de nuevo entre carcajadas. Se lleva las manos a la boca,

pero tiene serios problemas para ocultar sus risas—. ¡Oh, me duele tanto la cabeza!

Pero es que eso ha sido tan...

No la dejo acabar de hablar.

Tiro de su brazo hacia mí, inclino la cabeza y pongo mi boca contra la de ella, besándola con fiereza, con la lengua metida hasta el fondo de la boca de Rebeca. Ella

forcejea al principio, aunque solo durante un momento. No puedo resistirme y la alzo

en volandas hasta la cama sin dejar de penetrarla con mi lengua.

Quiero devorarla con toda mi boca, de los pies a la cabeza. Explorar palmo a palmo cada parte de su cuerpo. La tomo por la nuca con mi mano y la obligo a

permanecer quieta. Con un gemido, ella aferra mis hombros con sus pequeñas manos

y me aprieta contra su pecho. Sus ojos llenos de pasión me deslumbran.

—Vestido fuera —gruño, y comienzo a quitárselo. Rebeca empieza a reírse de

nuevo.

—Suenas como Tarzán en la jungla —se burla, tras lo que acaricia los músculos

de mis tensos brazos.

Me quedo sin aire. Es un hada brillante cuya luz me ciega y me absorbe.

No puedo concentrarme en nada más; no puedo apartar la vista de toda ella y tampoco puedo suprimir más lo que estoy sintiendo.

—No has tenido suficiente, ¿verdad, señorita?

—No sé a qué te refieres, Alex —dice con una sonrisa provocativa.

Quiero borrar esa sonrisa confiada y volver a ver el sonrojo natural que tanto me

gusta cuando se avergüenza. Me adueño de sus nalgas y las aprieto duro contra mi

entrepierna.

Rebeca me devuelve una mirada llena de determinación.

—Te necesito —digo perdido.

Envuelvo sus muñecas con las manos a la altura de su cara y me inclino.

El estallido que se produce cuando mis labios se unen de nuevo con los suyos

solo podemos oírlo los dos. Nadie más puede entender nuestras sensaciones, nadie

puede intentar comprenderlas. Solo estamos nosotros y un deseo más allá de lo

humano. Rebeca es mi propio efecto mariposa, cuyo aleteo de alas puedo sentir

incluso al otro lado del mundo.

Joder, ella es increíble.



Capítulo 50

BECA

Cuando me despierto en la cama, la envolvente oscuridad de la habitación me sorprende y me asusta al principio. Todo parece un mar en calma, sin sonidos más allá

de la susurrante respiración de Alex a mi espalda.

Con cuidado, retiro a un lado el brazo con el que él me rodea la cintura, tras lo

que me aseguro de que la manta siga tapándole el cuerpo. A continuación, bebo agua

del vaso de mi mesilla, me levanto sigilosa y recojo la sábana arrugada del suelo, que

está a nuestros pies, para protegerme con ella del repentino escalofrío que me ha

desvelado. Luego camino descalza hacia la ventana que hay a menos de un metro y

medio a mi derecha y corro la pesada cortina a un lado lo suficiente como para poder

contemplar las hermosas vistas nocturnas de la capital.

Enfrente está el río Támesis, el cual se parte en dos por un largo puente, y al fondo

identifico una enorme noria iluminada de rojo que debe de ser el London Eye del que

todos hablan. El paisaje está lleno de vida y color, como si se estuviera celebrando una

fiesta allí abajo. Es...

De pronto, unos brazos me rodean desde atrás y me sobresalto.

—Es bonito, ¿verdad? —murmura Alex, y apoya su barbilla en mi hombro. Noto

que me estrecha más fuerte y me dejo mecer en su abrazo protector como una niña

pequeña—. Sin embargo, prefiero verlo durante una mañana fría y con niebla.

Cuando eso ocurre, hay un instante en el que el tiempo parece congelarse, Beca. Y

Dios, es sencillamente increíble.

Respiro relajada.

—Me gustaría poder verlo también, Alex —confieso, y me giro para mirarlo. Sus

ojos brillan con tanta intensidad que me quedo obnubilada.

Si el amor pudiera medirse por el número de estremecimientos que sientes cuando

la persona que amas te toca o está cerca de ti, yo estaría condenada a perder una y otra

vez la cuenta con Alex.

—Tal vez podrías, Beca. Hay... —hace una pausa, como si rebuscara un dato en

su memoria— hay un cuadro de Monet con estas vistas, y lo pintó desde este mismo

hotel.

Me quedo pensativa.

—Alex... Siento lo que sucedió esta tarde. Debí haberme negado cuando Elisa me

dio ese vaso de alcohol —me disculpo titubeante.

—Fue divertido —confiesa con una risita brabucona.

—Alex...

—Pero te prometo que lo olvidaré todo si vas a la cena de esta noche conmigo —

dice en tono conciliador.

—Iré pero... ¿no estás nervioso de que Hugh, el antiguo agente de tu hermano,

descubra tu verdadera identidad? —pregunto despacio—. Quiero decir, ¿no sientes ni

un poco de miedo porque te haya podido reconocer esta tarde?

—¿Parezco sentir miedo, Beca? —inquiérese él con una expresión impenetrable.

—Nunca sé lo que estás pensando, Alex —reconozco—. ¿Lo tienes?

—Lo único que me puede dar miedo es perderte, Rebeca.

Con una gran delicadeza, Alex desliza una mano por el perfil de mi barbilla

mirándome muy fijo los labios, tras lo que conduce mi boca hacia la suya.

Pestañeo

rápido por el repentino movimiento y, de forma paulatina, mis ojos se cierran para

contener todo este torrente inagotable de sensaciones que hay en mi pecho mientras él

me acaricia la lengua y yo le acaricio la suya con la misma pasión. Lento, sensual,

penetrante, exigente y de nuevo lento. Aun cuando me libera soltando poco a poco mi

labio inferior, la huella de su penetrante presencia sigue repercutiendo por todas partes

en mi cuerpo.

Lo que me hace sentir, no puede explicarse solo con palabras.

—Prométeme que te pensarás lo de vivir juntos cuando regresemos de este viaje,

Rebeca —me pide, y hace que me gire del todo para colocarme frente a él. Es todavía

más difícil afrontarlo cara a cara.

Lo deseo tanto que es como si lo llevara tatuado en mi piel, y sin embargo...

—Alex, ya te lo dije hace unos meses. No puedo..., está mi familia —
empiezo a

decir, y esquivo su mirada. La garganta se me obstruye. Sé que una vida en la
que

estemos los dos juntos es imposible en estos momentos—. Mi madre no lo
aceptaría

—confieso.

La verdad es como un jarro de agua helada. Te despierta y te hace retornar a
la

realidad tan rápido como la reconoces como cierta.

—Hablaremos con tu madre. Podemos buscar un piso próximo a tu casa.
Podrás

estar cerca de tus hermanos y yo podré jugar con Víctor y Diego al
baloncesto los

fin de semana. ¿No te gusta la idea? —propone Alex con una sonrisa
sincera. Es tan

irresistible y me conmueve tanto todo lo que ha dicho por mí...

Sé que sería fantástico con mis hermanos y me consta que ellos lo han echado

mucho de menos desde la última vez que vino a nuestra casa, sobre todo
Diego, que

no ha parado de preguntarme por él. Natalia aún guarda la estrella de
papiroflexia que

le regaló y Víctor, aunque es el más reservado de todos, siempre que pasa por delante

de mi habitación se detiene durante unos segundos, como si estuviera a punto de

preguntarme por algo, aunque al final no lo haga.

—¿Por qué insistes tanto en vivir juntos, Alex? —inquiero casi en un susurro, cabizbaja.

Él toma mi rostro y lo alza, de modo que no pueda evitarlo por más tiempo. Nos

miramos fijamente a los ojos. Se me dispara el corazón.

—Porque quiero que lo primero que vea al despertarme sea tu cara, Rebeca. ¿No

quieres tú lo mismo?

El sonido ronco y masculino de su voz vibra por todo mi cuerpo.

Le empujo. Me separo de él acongojada por un nudo de emociones contradictorias

que me torturan al oír aquello, y me vuelvo. Temblorosa, me acomodo la sábana

alrededor de los hombros. Deseo esconderme en lo más profundo de mí misma y

reencarnarme en un pequeño caracol.

—No podemos, Alex.

—¿Por qué, Beca?

—No me hagas repetirlo, por favor —me niego en redondo. No quiero que vea

que han comenzado a rodarme las primeras lágrimas por las mejillas—. No me

interrogues más.

—Has estado actuando de forma un poco rara desde que hablaste con mi tía,

Rebeca, y me aseguraste que no había sucedido nada entre vosotras. Pero ya no has

vuelto a pasar ninguna noche conmigo y en todo este tiempo no has dejado que me

acerque o llame a tu casa. ¿Cuál es el verdadero problema?

Me habla desconcertado.

—No hay ningún problema, Alex, y no estoy actuando raro, son solo

imaginaciones tuyas. —Inhalo aire y me seco la cara antes de girarme—. He venido a

este viaje contigo, ¿es que esto no es suficiente?

Esta es nuestra primera pelea en serio y está resultando más dolorosa de lo que

pensé que sería algún día.

Alex abre los ojos como si algo de lo que ha visto en mí lo sorprendiera. Acorta la

distancia que nos separa y alza una mano para tocarme, pero me retiro antes de que lo

consiga.

—¿Estás llorando, Rebeca?

—No, Alex. Solo vuelven a ser imaginaciones tuyas —insisto y le sonrío un poco.

El labio inferior me tiembla. No soy precisamente una buena actriz.

De repente, Alex me da la espalda y se marcha dejándome sola junto a la ventana.

No obstante, no tardo en averiguar qué es lo que pretende cuando las luces de la

habitación se encienden y todas las sombras desaparecen. No logro volverme a

tiempo.

—Estás llorando, Beca. Puedo verlo incluso desde aquí —afirma muy preocupado

desde el otro lado de la cama.

Me tapo la cara con las manos.

—No, no es cierto.

A pesar de mis palabras, él rodea el colchón y viene de nuevo hacia mí, sin que le

moleste su desnudez.

—Espera. No te acerques más. Solo necesito un momento —digo, y me alejo de

él. Siento una fuerte presión en el pecho mientras corro hasta el baño, donde me

encierro.

En cuanto me siento segura, dejo resbalar la espalda por la puerta hasta que doy

con el trasero en el suelo. A continuación, hundo la cabeza entre mis rodillas y me

cubro la boca para acallar los sonidos con los dedos húmedos por las lágrimas que

afloran de mis ojos.

Respiro hondo.

¡Oh, Dios mío! No quiero llorar, y ni yo misma me entiendo. ¿Qué es lo que me

sucede? Mi mente está dividida entre el doctor Jekyll y el señor Hyde. Entre el bien y

el horror. No puedo controlarlo y todo mi cuerpo se sacude en el intento.

—Rebeca, dime qué te ocurre, por favor —me pide Alex al otro lado de la puerta.

Al no responderle, la aporrea más enérgicamente sin dejar de llamarme. Trago saliva

—. Joder, Beca. No me alejes. Hablemos.

«No puedo, no puedo...», pienso. Estoy demasiado avergonzada y no quiero que

él me vea derrumbarme de este modo.

Aunque tengo los ojos anegados en lágrimas, sonrío para darme fuerzas.

Me desprendo de la sábana y abro la mampara de cristal de la ducha, que llega

hasta el techo. Una vez dentro, tomo el grifo y dejo que el agua me caiga encima.

Las paredes son de mármol blanco con una cenefa negra en la parte inferior y otra

en la parte superior. Me encojo contra esa fría superficie hasta que los ruidos del otro

lado cesan y mis palpitaciones vuelven a ser normales.

Al cabo de un rato largo, cierro el agua y salgo de la ducha. Hay dos albornoces,

cada uno colgado de un gancho en la pared ubicada a la derecha de la puerta del baño.

Tomo uno y me lo ato a la cintura. No obstante, antes de regresar a la habitación me

permiso unos segundos de paz conmigo misma.

Solo quiero que me trague la tierra.

Me encuentro a Alex sentado en el sillón de patas estrechas de madera que hay al

lado de la ventana, contemplando con una expresión reflexiva las vistas del río

Támesis. Balancea una copa de un líquido burbujeante entre los dedos antes de dar un

sorbo. A sus pies, resguardados en unos brillantes mocasines negros, está la botella de

champán semivacía dentro de un cubilete plateado, que alguien del servicio del hotel

debe de haberle proporcionado en algún momento.

Engalanado con una elegante chaqueta oscura a medida de sus amplios hombros

sobre una camisa de un blanco reluciente abotonada hasta arriba con precisión, con su

correspondiente corbata, además de con unos pantalones negros, exhibe la perfecta

imagen de un actor de Hollywood. Tan solo su piel blanca como el mármol y la gracia

felina de sus movimientos me recuerdan que sigue siendo la misma persona de

siempre. No creo que alguna vez le haya visto tan atractivo y sexy como ahora. No

creo que ningún modelo de pasarela pueda comparársele, pero sobre todo no quiero

que él note hasta qué punto me sorprende su cambio en estos momentos.

—Alex... —murmuro. No encuentro las palabras para continuar hablando.

Mientras, en mi interior mueren todas las excusas que tengo en mente para explicar mi

arrebato.

Él me echa un breve vistazo con interés y luego señala con un gesto vago la cama.

Hay un vestido negro de tul, ceñido en la cintura, extendido sobre ella, que intuyo que

debe de ser para mí. Unas pequeñas flores tan blancas como la nieve con

forma de

enredaderas están bordadas en la parte superior del pecho. El contraste de colores en

la delicada tela resulta elegante y... majestuoso.

Justo debajo descubro unos tacones *stilettos* del mismo color azul eléctrico de los

ojos de Alex, que deben de superar los ocho centímetros.

—Tu madre llamó mientras estabas en el baño —me informa de pronto Alex, y

detengo mi escrutinio. Da otro sorbo a su copa y a continuación la deposita junto a la

botella de champán.

Casi me atraganto con mi propia saliva al inspirar con brusquedad. No logro dar

crédito a lo que acaba de decirme.

La angustia me está matando.

—¿Has respondido a la llamada, Alex? —le interrogo con un hilo de voz,

haciéndome eco de mis propios pensamientos, al mismo tiempo que observo el

complejo juego de emociones que transmite su semblante.

—Tal vez sí que he respondido —asiente, y me dedica una sonrisa glacial.

Definitivamente, su tranquilidad solo es apariencia.



Capítulo 51

BECA

Alex aprieta los labios, parece decepcionado. Yo lo miro recelosa.

—Hueles bien, Beca —dice, y se pone de pie. Las patas del sillón chirrían.
Alex

toma el vestido de la cama y me lo tiende—. Acaban de traerlo. Póntelo, por favor. —

Su voz suena fría a pesar de que sus palabras son suaves.

Obedezco de inmediato, pero la sensación gélida persiste. Trato de subirme la

cremallera, pero me resulta imposible debido a los nervios que se me acumulan en el

estómago.

Unas manos acuden a mi rescate.

—Espera —me detiene Alex, que coloca toda mi melena aún húmeda en un

lado.

Muy despacio, va subiendo la cremallera, y cuando termina no se separa de mí. Uno

de sus dedos se detiene al borde de mi vestido, que coincide con la mitad de mi

espalda. Su aliento me cosquillea en la nuca—. Estás preciosa, Rebeca.

Me sonrojo.

—Alex, ¿qué te ha dicho mi madre? —pregunto, tras lo que me giro, pero él no

me permite darme la vuelta. Sin previo aviso, me sujeta las muñecas con sus manos y

las lleva hasta mi cintura. Se me sube el corazón a la boca.

Cierro los párpados un momento. Su cuerpo está muy próximo al mío, tanto que,

aunque su pecho no me toca, se me eriza el vello.

—Siéntate, Beca, voy a secarte el pelo —me ordena en un tono neutro, que no me

ayuda a entender nada. Hago lo que dice y ocupo el mismo sillón en el que yo le he

encontrado sentado unos instantes antes.

—No has respondido todavía a mi pregunta, Alex —pruebo a pesar de mis dudas

y del riesgo que supone insistir en ello.

—Y tú vas a coger un resfriado, Rebeca —continúa él, firme.

Me deja para ir al baño y regresa al instante con un secador. Lo enchufa.

Nerviosa, mientras él trabaja con mi cabello yo me dedico a observar la estancia

en la que nos hospedamos.

La decoración y el mobiliario a base de una gama de colores suaves, beige, gris

perla y crema, son una combinación que denota sofisticación y elegancia mire por

donde mire. Estoy segura de que debe de haber un nombre para todo ello, uno de esos

títulos rimbombantes que a veces cuesta incluso pronunciar. Las lámparas de cristal,

las molduras de escayola en el techo y las paredes no son tampoco una broma. Por

este mismo lugar deben de haber pasado muchos huéspedes importantes durante

bastantes años, desde que se abrió el hotel, especialmente clientes con una cuenta

bancaria en la que seguro que hacen cola los ceros a la derecha.

Pierdo la paciencia. Le quito el secador Alex y lo apago.

—Es evidente que ya debes de saberlo por mi madre —concluyo en voz alta —. Si

no, no actuarías de un modo tan frío conmigo.

—¿Saber qué, Rebeca? —contesta Alex manteniendo la misma actitud indiferente,

y me arrebató el secador.

—Por favor, no me lo pongas más difícil, Alex. Hay una razón por la que te lo he

ocultado —trato de explicarme sin responder a su pregunta.

—Está bien, Rebeca. Hagámoslo a tu puta manera: digamos que tenías tus propias

razones para ocultarle a tu madre que tú y yo estamos juntos, incluso para decirle que

habíamos roto antes del verano —continúa. El enojo en su voz es mucho peor que la

indiferencia, y aumenta a medida que habla—. Pero..., joder, Rebeca, ¿por qué no has

confiado al menos en mí? —Suena muy decepcionado—. La razón principal de hacer

juntos este viaje era porque quería pasar más tiempo contigo, pero antes, cuando te

has marchado llorando, me has cerrado la puerta en las narices sin darme ninguna

explicación. Solo cuando finalmente ha llamado tu madre, lo he comprendido todo.

—Respira con esfuerzo—. Al escucharla, he sentido que todo había sido mi culpa,

Rebeca.

—Estás enfadado. —No pregunto, sino que afirmo. Parece que mi madre aún no

le ha hablado de mi padre, y eso me alivia en parte a pesar de cómo están las cosas en

estos momentos. Cruzo las manos en mi regazo, con la idea de que acabaré haciendo

migajas mis dedos si no me contengo un poco.

El ruido del secador inunda la habitación de nuevo y me ensordece. Alex

introduce los dedos entre mi cuero cabelludo y lo masajea con suavidad, nada que ver

con el estado de ánimo que ha reflejado hasta hace unos momentos.

Termina de peinarme el pelo y desenchufa el secador. Otra vez ha recuperado su

máscara de hielo.

—Espera aquí —ordena, y al poco regresa con los *stilettos* de color azul. A

continuación se agacha y toma mis pies sobre su regazo. Se demora en calzarme. Creo

que está recordando la primera vez que estuve en su estudio y cómo me los lavó con

agua. Por aquel entonces tenía los pies destrozados de trabajar como repartidora de

publicidad; ahora están lisos, sin apenas rozaduras tras las vacaciones.

—Alex...

—Listo. Puedes maquillarte un poco si quieres, pero no tardes; Mick ya nos está

esperando abajo, en la recepción.

Se incorpora y va hasta su maleta, ignorando que lo acabo de llamar. Eso duele.

Frustrada, le veo sacar su cuaderno de dibujo y un lapicero. Por el modo en que

los agarra, siento que desea romperlos.

Mientras saco mi neceser de la maleta, observo que gira una y otra vez el lápiz

entre sus dedos sin llegar a realizar ningún trazo sobre el papel.

Odio que sea tan terco.

Me encierro en el baño de nuevo. Apenas consigo sostener el neceser, por lo que

lo deposito en un pequeño estante que me sirve de apoyo.

Presiono las palmas de las manos y la frente contra el frío cristal del espejo y

siento un dolor agudo en el pecho ante la idea de que, tal como auguró Sofía, esto

acabe con todo lo que Alex y yo tenemos. Porque en lugar de aclararse las cosas, los

secretos han ido aumentando hasta provocar una pelea entre nosotros. No estoy

ayudando en absoluto a Alex. No así. Y mucho menos me estoy ayudando a mí

misma. Ahora que todo está saliendo a la luz, no pasará mucho tiempo hasta que se

sepa el resto.

Extiendo un poco de base por mi cara y delineo el contorno de mis ojos con el

lápiz negro. Pero no es suficiente para deshacerme de la tristeza que reflejan, por lo

que me aplico una ligera capa de máscara sobre las pestañas y elimino la palidez de mi

tez con unos toques de la brocha, dándome rubor en los pómulos. Para completar el

trabajo, me extiendo una capa de brillo labial por la boca con el pintalabios que me

regalaron mis hermanos por mi cumpleaños.

Unos golpes en la puerta me hacen girar la cabeza. Alex abre en ese momento y

me mira de arriba abajo. Con un gesto satisfecho, me toma de la muñeca. El pintalabios se me cae en el lavamanos, pero él no me da tiempo a recogerlo.

—Vamos —me apresura, y me pasa un pequeño bolso a juego con el calzado, además de un abrigo negro. Él ya se ha puesto una bufanda gris—. Me he encargado

de meter todas tus cosas ahí dentro —me informa, respondiendo a mi pregunta de

antemano.

Prácticamente salimos volando del cuarto.

Alex recorre el pasillo sumergido en sus propios pensamientos, sin prestar atención a nada más que al camino que debemos seguir para salir de este

lugar. Tengo

que realizar un gran esfuerzo para no tropezar con los finos tacones y seguirle el paso

con mis pequeños pies.

Varias personas se nos quedan mirando y toda la sangre me abandona el cuerpo.

Me siento abatida e impotente.

Cuando nos metemos en el ascensor, exploto.

—¿Por qué me haces esto, Alex? —le reprocho, y lo empujo furiosa de tal modo

que logro soltarme. Siento que quiero tirarle a la cara los zapatos que me ha comprado

—. Tú también me mentiste acerca de tu identidad y no te aparté, ni mucho menos. Sé

que he hecho mal, pero no es justo que me trates ahora como si fuera una muñeca que

puedes vestir y luego arrastrar a donde te dé la gana, y que no me des ni una oportunidad para explicarme.

Alex me observa con una expresión inquebrantable; nada de lo que le estoy diciendo parece afectarle siquiera un poco.

Le golpeo el pecho con el puño de la mano derecha con tan mala suerte que acabo

haciéndome daño yo misma en la muñeca. El intenso dolor y me hace jurar

mentalmente. Alex sofoca una carcajada, con una mezcla de indulgencia.

—¡Oh, Dios mío! Esto no debería ser de este modo —maldigo fuera de mí.

—Joder, Rebeca. No deberías haber hecho eso —dice Alex, y toma la mano que

me sujeto.

La tensión arterial se me pone por las nubes y no le contesto. Aprieto con firmeza

la boca sin mirarlo y trato de aparentar absoluta indiferencia. Por alguna extraña

razón, eso le divierte más.

—Siento no ser tan perfecta —respondo con brusquedad, e ignoro el hormigueo

del punto de mi piel por donde él me está tocando. Encima, hoy Alex está más

atractivo que nunca.

—Mierda, eso no es lo que quiero, Rebeca. Nunca te he pedido que fueras

perfecta. Lo único que quiero es que sigas siendo tú misma, porque tú eres lo mejor

de mí.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto incrédula.

—Tú eres lo mejor de mí, Rebeca —repite.

El ascensor abre sus puertas en la planta baja justo en ese instante, pero ninguno

de los dos nos movemos.

—No somos cangrejos, Rebeca. Podemos caminar juntos hacia delante. —
Hace

una pausa, durante la cual la puerta del ascensor vuelve a cerrarse. Sus
penetrantes

ojos rasgados de duende me atraviesan hasta lo más hondo del alma. Se
quedan ahí y

no me sueltan—. Pero cuando no tenemos el modo de cambiar lo que ha
sucedido, el

único camino es cambiarse a uno mismo. Y eso es lo que voy a hacer a partir
de esta

misma noche. Te lo prometo, Rebeca.

«¡Ay, madre mía! ¿Qué ha querido decir Alex con eso? ¿Debo
preocuparme?»,

quiero preguntarle todo eso y mucho más, pero de pronto el ascensor se
vuelve a abrir

y entra una persona engalanada con ropas de fiesta, lo que pone fin a la
discusión

antes de tiempo.

—Por el amor de Dios, chicos. ¿Qué hacéis ahí dentro todavía? El *black cab*
nos

está esperando desde hace rato en la entrada —dice Mick tirando de nosotros
hacia la

salida del hotel.

Nada más atravesamos las puertas del Savoy que dan a la calle, el viento

gélido de

la noche se me mete en los huesos y me revuelve el pelo. El aire huele a humedad y

vaticina lluvia. Con un estremecimiento, me arrebujó más en mi abrigo. No tardo en

descubrir que el *black cab* al que se refiere Mick es, en realidad, el llamativo y

elegante taxi negro que está aparcado frente a nosotros. Entonces veo a Elisa dentro

aguardándonos y me sorprende.

—¿Viene también Elisa? —pregunto confusa.

—Ha insistido en ello —responde secamente Mick, con el ceño fruncido. No

parece para nada contento. Ha dejado atrás su indumentaria de vieja gloria del rock y

se ha cobijado en un largo abrigo de paño gris. Al adelantarse para abrirme la puerta

del taxi, me fijo en que calza unas informales *sneakers* en azul marino—. Venga,

venga, chicos. Entrad al coche y no sigáis perdiendo el tiempo. Vamos ya con bastante

retraso a la fiesta —nos apremia a la vez que echa constantes miradas a su reloj de

pulsera.

—¿Fiesta? ¿No íbamos a una cena? —inquiero desconcertada.

—Fiesta, cena... Lo importante es divertirnos y llenar nuestros estómagos —
dice

Mick quitándole importancia—. En fin, es igual. Para dentro —zanja
mientras agita

una mano en el aire con nerviosismo.

Mi curiosidad roza la preocupación a medida que transcurren los segundos.
Paso

al interior del taxi seguida de Alex. Contengo el aliento al sentir su mano
sobre mi

muslo, y de improviso me viene la intensa tentación de acercarme más a él y
de

apoyar la cabeza en su hombro, pero me resisto.

—¿Qué querías decir en el ascensor, Alex? —murmuro a su oído.

Elisa resopla a mi izquierda. Es evidente que está escuchándonos.

—Más tarde, Rebeca —promete Alex. Mientras me mira, alza la otra mano
hasta

mi garganta y me acaricia el cuello con los nudillos—. Confía en mí.

Al cabo de una hora, cuando el taxi se detiene frente a la fachada de ladrillo

pintado de negro de un pequeño edificio adosado de estilo victoriano, no
puedo estar

más inquieta.

Alex, el primero en salir del coche, sostiene la puerta para mí y Elisa mientras

Mick se entretiene hablando con el taxista. Observo a Elisa: ella no parece
mucho más

tranquila que yo. Está pálida como si acabara de ver a un fantasma.

—Esto..., esto es... —Se lleva una mano temblorosa a la boca.

La puerta principal de la casa se abre antes de que Elisa pueda terminar de hablar,

y veo salir al exterior a los padres de Alex, que se ríen entre ellos de algún comentario,

pero no están solos. Sofía los sigue detrás empujando una silla de ruedas en la que

está sentado un hombre trajeado de facciones fuertes y escaso pelo blanco. Manchas

de melanina cubren su tez albina, marcada por las arrugas propias de la edad.

Noto que Elisa aparta la vista de inmediato, como si intentara buscar el modo de

escondarse, y mira asustada el taxi, que ya se está alejando de nosotros calle arriba.

Mick no está en ningún lado, por lo que intuyo que se ha marchado en el coche.

—¿Hijo? —dice de repente el padre de Alex, que acaba de notar nuestra presencia.

Su sonrisa se hace más amplia y lo veo compartir un mensaje silencioso con su mujer.

Sofía mira a Elisa y al hombre de la silla de ruedas con los ojos y la boca abiertos

por la sorpresa. Luego centra su tensa mirada sobre mí. Lo que me hace pensar que no

estaba muy alejada sobre mi suposición Sofía ha ocultado también la adopción de

Elisa a su marido. Por otro lado, la expresión de susto de Elisa no hace más que

aumentar mi curiosidad y me pregunto por qué tanto misterio.

Las piernas me flaquean y los pies me tiemblan sobre los tacones de aguja. Hace

frío y no estoy acostumbrada a caminar sobre este tipo de calzado.

—¡Alex! ¿No son esos tus padres?

—Eso parece —me confirma.

—Elisa, ¿tú también estás aquí? —consigue preguntar Sofía después de recuperarse de la impresión—. ¿Por qué no dijiste nada, Alex?

La reprimenda es tranquila, y amenazadora, pero sabe disimularla muy bien. El

hombre de la silla de ruedas continúa callado y observa la escena a través de sus ojos

de búho. Casi estoy segura de que es el marido de Sofía.

Alex me rodea la cintura y yo me humedezco los labios reseco por la

preocupación. Estoy hecha un manojito de nervios. Todas las cabezas están apuntando

hacia él: su padre feliz, su madre hermética, Elisa horrorizada, Sofía tensa, el hombre

de la silla de ruedas soñoliento y yo... Yo solo espero que Alex no esté a punto de

hacer lo que estoy imaginando. A pesar de todo, aunque mínimamente, lo cierto es

que deseo con ansias que llegue el momento.



Capítulo 52

ALEX

Mick ya se ha marchado, lo cual significa que acaba de recibir la confirmación que

necesitábamos. Una embriagadora calidez por la satisfacción me invade por las venas

y me sube al pecho ante la expectativa de lo que está por suceder, de lo que cambiará

de una vez todo. Mientras tanto, mi tía todavía contempla a Elisa como si no diera

crédito a su presencia aquí, y esta a su vez le devuelve una mirada en la que percibo

verdadero miedo. Ambas no parecen ver nada más excepto que a la otra, y desdibujan

su entorno con el poder de sus miradas.

Frunzo el ceño desconcertado.

Elisa no es el tipo de persona que se aterroriza con facilidad, y en cuanto a mi tía..., esta es quizá la primera ocasión en que noto que pierde parte de su frío semblante y demuestra verdadera preocupación.

—Elisa, ¿tú también estás aquí? —consigue preguntar Sofía después de recuperarse de la impresión—. ¿Por qué no dijiste nada, Alex?

—¿Acaso eso es un problema? —inquiero extrañado y sin amilanarme ante su

tono áspero, pero controlado—. Tú tampoco me dijiste que fueran a estar aquí mis

padres.

—No culpes a tu tía, hijo. Tu madre y yo te extrañábamos y queríamos pasar un

poco de tiempo contigo como una familia —sale a defender mi padre a Sofía. Esta le

coloca una mano en el hombro para que no intervenga.

—Déjalo, Dima. Esta es mi casa, por supuesto que podéis venir cuando queráis.

En cuanto a lo otro. No... —hace una pausa tensa—, claro que no es un problema,

sobrino. ¿Y tu profesor? ¿No venía con vosotros?

—Ha tenido un imprevisto, pero se unirá a nosotros más tarde —explico sin dar

muchos detalles.

Veo que mi tía agacha la cabeza en ese momento y le susurra a su marido inválido

unas palabras. Este cierra los ojos brevemente y realiza un lento movimiento de cabeza

que delata su cansancio. Al instante, Sofía gira la silla de ruedas y se da la vuelta sin

molestarse en hacer las presentaciones. Elisa no se queda tampoco quieta, y va tras

ellos hacia el interior de la casa, después de intercambiar unas apresuradas palabras

con mis padres.

«¡Mierda! Siento como si algo importante se me estuviera escapando de las manos», pienso con el presentimiento de que yo no soy el único que guarda secretos.

Elisa esconde más de lo que parece a simple vista.

Sin perder la calma, tomo la mano de Rebeca. Está fría. Me la llevo a la boca y

vierto un poco de mi aliento sobre ella.

—Tranquila —digo en voz baja, y le beso los nudillos. A continuación nos acercamos para saludar a mis padres, que están esperándonos en el umbral de

la

puerta. Beca camina a mi lado con aire sereno, pero sé que está temblando por dentro.

Ella nota que la observo y me lanza una mirada titubeante.

—Rebeca, ya conoces a mi madre, Ángela, y a mi padre, Dmitry, ¿verdad?

Beca asiente con una sonrisa, me suelta de la mano y da un paso hacia delante.

Enseguida mi padre sale a darle dos besos y la abraza con entusiasmo.

—Es un placer para mí y mi esposa volver a verte, Beca. ¿Cierto, Kalinka?

—Por supuesto, Dima —responde al instante mi madre, y le da un beso en cada

mejilla a Rebeca. Su cárdigan gris se le abre por el centro y deja entrever un traje

pantalón color albaricoque que combina con la camisa de mi padre—. Hola, hijo, ha

pasado un tiempo desde la última vez que te vimos —saluda despacio, como si

vacilara en tocarme. Sin previo aviso, Rebeca me da un pequeño empujón hacia

delante y mi madre se acerca para darme también dos besos; no obstante, me acaba

envolviendo en un fuerte abrazo—. Me alegra mucho verte de nuevo, Alex. ¿Has

estado bien?

Todo mi cuerpo se vuelve rígido al contacto. Esto ha sido inesperado.

—Sí —respondo cortante, y me libero de ella, sintiéndome demasiado incómodo.

—Por favor, pasad al interior —nos invita mi madre enlazando su brazo al de Rebeca.

Por el motivo que sea, este derroche de simpatía me hace recelar, y temo que la

inesperada visita de ellos en casa de mi tía me obligue a posponer el plan inicial con

Mick.

Mi padre y yo las seguimos hacia el salón de la casa. En él, la luz que vierte la

enorme araña de cristal del techo y el fuego de la chimenea se refleja en las paredes

pintadas de color celeste. El brillo arranca destellos a las copas de cristal de bohemia

que hay colocadas en una mesa redonda con fuentes de canapés de todo tipo.

—Acompáñame, hijo —me dice mi padre, y me pasa un brazo por el hombro—,

dejemos un rato a solas a las chicas.

Sin embargo, no me parece del todo buena idea.

—No voy a comérmela —se apresura a tranquilizarme mi madre—, y, en cualquier

caso, no me planteo la posibilidad de volverme carnívora, hijo.

Rebeca me hace un gesto con la mano para que me vaya y no me preocupe por

ella.

—No tardaré en volver —prometo, y le lanzo una larga mirada a Rebeca.

A regañadientes, acepto dejarme conducir por mi padre hasta la bodega, lo que

viene a ser un pequeño sótano reforzado por el techo y las paredes con madera.

El espacio está ocupado por estantes de ladrillo que mantienen toda la colección

de botellas de vino de mi tío, en su mayoría de origen español, a una temperatura

constante entre once a catorce grados. No obstante, mi padre no se detiene a buscar

una de ellas para la cena, sino que avanza hasta el fondo, donde hay un enorme

armario empotrado en la pared. Este, hecho del mismo material que el del entorno,

pasa desapercibido a primera vista.

—Beca es una chica guapa y educada. Eres afortunado, hijo —comenta mientras

abre la puerta del armario. Al mirar dentro, solo veo copas de cristal, pero mi padre se

las apaña para sacar de una esquina una botella de whisky escocés cubierta por trapos,

junto con dos vasos pequeños—. Aquí está. Es una pena que tu tío y yo ya no podamos disfrutar juntos de esto. Ha dejado de hablar tras la última operación quirúrgica que le hicieron. —Chasquea la lengua en señal de solidaridad—. En fin,

supongo que todos llegaremos a ese punto en que nuestras vidas se detienen y volvemos a ser unos niños —dice, y sirve un poco del líquido dorado en los dos

vasos—. Ten, te sentará bien para el frío.

Acepto el vaso que me ofrece y lo hago chocar con el suyo antes de beberlo todo

de un trago. Cuando me lo acabo, me limpio la boca con un gesto brusco del dorso de

la mano. El alcohol me arde en el paladar como si más de mil demonios diminutos

estuvieran bailándome en la lengua.

—Joder, esto es asqueroso, papá.

Él se echa a reír a carcajadas.

—Con el tiempo te acostumbras, hijo. De cualquier modo... —dice, y me sirve

otra poca cantidad en el vaso, menor que la primera—, al tercer trago ni siquiera

notarás el sabor.

—Creí que habías dejado la bebida —comento despacio. Él vuelve a reírse y se

sirve de nuevo. Se le han formado pequeñas arrugas en torno a las comisuras de la

boca, lo que me recuerda que va haciéndose mayor.

—Alex, hablas como si tu padre tuviera un problema con el alcohol —me reprocha indulgente.

Me encojo de hombros, le devuelvo mi vaso todavía lleno y me meto los pulgares

en los bolsillos. Después de lo sucedido esta tarde con Rebeca, he aprendido la

lección.

—¿Lo tienes? —digo, y me giro hacia él.

Estar a solas con mi padre me recuerda lo mucho que de niño intenté captar su

atención mientras mi hermano se convertía en el favorito. Durante los últimos meses,

tuve miedo de que él fuera el que primero me reconociera; sin embargo, estaba

equivocado, y eso hace que me plantee quemi hermano y yo éramos, en realidad, tan

similares física y mentalmente.

Mi padre me da la espalda, limpia los dos vasos con uno de los trapos y vuelve a

dejarlo todo como estaba en su sitio antes de responderme.

—Fue difícil para todos el día en que tu hermano se fue —esboza un gesto

melancólico y se pasea por los estantes, mientras saca y mete botellas, de las que

revisa las etiquetas—. Algunas veces me pregunto si llegué a ser un buen padre para

él. Casi siempre estaba contigo, y tu madre era la única que prestaba atención a

Eduardo. El día que le dieron la noticia en el hospital tu madre no lloró, al menos no

delante de otras personas. Pero fue a tu cama, permaneció arrodillada toda la noche y

pidió por tu salud, sin soltarte de la mano ni una sola vez, hasta que te despertaste

después de la operación. Para ella es difícil expresar lo que siente, pero eso no

significa que no te quiera, hijo.

El solo hecho de mencionar la operación me hace recordar de nuevo aquellos

duros momentos en el hospital: los cirujanos que hurgaban en mi cuerpo, voces

susurrantes, pesadillas sobre mi hermano que cae en el vacío. Siento un calor seco en

los pulmones y me cuesta respirar.

—¿Se puede? —interrumpe de pronto una voz conocida. Rebeca se asoma por la

puerta y barre con la mirada desde donde está mi padre hasta mí. Al instante me siento

hiperconsciente de cómo su vestido se le ajusta a las curvas y de cómo los tacones

alargan todavía más sus delgadas piernas—. La cena ya está lista —anuncia, y esboza

una amplia sonrisa que le ilumina los ojos.

Noto que me palmean la espalda y me giro hacia mi padre. Este me está estudiando divertido.

—Pareces hambriento, hijo —se burla por lo bajo, y en alto añade—: gracias,

Beca. Ahora vamos.

A continuación, selecciona una botella de vino blanco y se adelanta, dejándonos a

Rebeca y a mí algo de espacio. Subo las escaleras hasta donde está Rebeca

esperándome, pero justo cuando ella se dispone a seguir a mi padre, la retengo por el

codo.

—Espera, Rebeca.

—¿He llegado en mal momento, Alex? —pregunta inquieta. Me saco las manos de

los bolsillos y le recoloco un mechón detrás de la oreja.

—No —respondo automáticamente.

—¿Qué ocurre? —dice bajando el volumen de voz. Al llevar tacones, estamos casi

a la misma altura.

La electricidad me recorre la piel y me fijo en sus labios, en el modo en el que se

estiran y se encogen al hablar. Una oleada de excitación y placer me domina por

dentro.

—Nada, solo te miraba —contesto. Noto una chispa de confusión en sus ojos. La

boca se me curva en una sonrisa de capullo con ínfulas.

—No me refería a eso, Alex —espetea aprensiva y niega con la barbilla—. Quiero

decir: ¿qué ocurre con todo esto? ¿Por qué estamos aquí?

—Estás a punto de saberlo, Rebeca. Solo espera un poco más.

Ella inhala profundo y se queda en silencio. Por una breve fracción de tiempo me

siento tentado a decírselo todo, pero logro contenerme. A pesar de que no quiero

dejarla al margen, no deseo verla involucrada en esto. Es suficiente con que yo sufra

las consecuencias de lo que sucederá.

—Esto no es caminar juntos hacia delante, Alex —dice recordándome mis propias

palabras, y echa a andar por el pasillo. Mi pequeña hada se zarandea muy femenina

sobre la larga alfombra de arabescos.

Al bajar la vista desde su espalda hasta sus caderas, noto que le cuelga un hilo al

comienzo de la cremallera.

—Espera, Rebeca, tienes...

La alcanzo en pocas zancadas y tiro del hilo con tan mala suerte que abro un agujero del tamaño de un puño a la altura de su trasero en el vestido.

—¡Alex! ¿Qué haces ahora? —protesta Beca, y se lleva las manos hacia atrás,

tanteando el lugar hasta que da con el descosido que le he provocado—.
¡Dios mío,

Alex! Lo has roto.

Impotente, levanto las palmas hacia arriba a modo de defensa.

—Joder. Ha sido el vestido, Beca. Menuda mierda.

—Era nuevo, Alex, y tú me lo compraste.

Rebeca mira por encima del hombro izquierdo los daños sufridos en su vestimenta

y emite un gemido de absoluta decepción en cuanto ve hasta qué punto es grave la

situación.

«¡Tío, ahora sí que la has hecho buena!», me reprende mi subconsciente burlón.

Lo mando callar al fondo de mi cerebro de una imaginaria patada en el culo y trato de

pensar en una solución rápida.

—No te preocupes, Rebeca, estaré detrás de ti todo el rato. Seré tu sombra —
prometo.

Por algún motivo que no entiendo, eso la pone todavía más furiosa; siento
que no

la satisface en absoluto mi idea. Una lástima...

—¡Chicos, os estamos esperando! —interviene de pronto la voz de mi padre.

—¡Vamos ahora! —decimos Beca y yo al unísono.

Rebeca cuadra sus hombros, cierra por un instante los párpados con fuerza y
se

encamina llena de determinación hacia el comedor con vistas al jardín
ubicado

también en la planta baja, como quien va preparado para unirse a la guerra.
Reprimo

una sonrisa antes de avanzar con una zancada y pegarme a su espalda.

Al entrar en la sala, lo primero que llama mi atención es la cantidad de velas
que

hay encendidas en el centro de la mesa redonda donde vamos a cenar, sobre
la cual

han extendido un mantel de color canela que hace juego con la vajilla en la
que ya han

servido el entrante: un *rissotto* de setas. Hilos de vapor ascienden en un baile
lento y

retorcido que recuerda al humo de los cigarrillos, solo que más suave y

efímero.

Con una rápida ojeada localizo a mis padres; ambos han tomado asiento uno junto

al otro y nos observan expectantes. No puedo decir lo mismo de Elisa: sentada al lado

de Sofía, parece albergar el deseo oculto de meterse dentro de su propio plato, del que

no despega los ojos en ningún momento. Pero todavía quedan tres huecos más sin

ocupar, e imagino que dos de ellos son los nuestros y el restante para Mick, que está

por llegar.

Antes de sentarme, retiro la silla vacía contigua a la de mi padre para que se acomode Rebeca. Por suerte para ella, no ha sido necesario que diéramos la vuelta a la

mesa, así que mientras no se mueva mucho, nadie podrá percatarse del roto.

—Tía, ¿tu marido no va a cenar con nosotros? —inquiero, y me llevo uno de los

canapés a la boca.

Sofía revuelve su *rissotto* buscando trozos de cebolla para retirarlos al borde de su

plato, y echa una mirada rápida a Elisa antes de responder.

—Cenó antes de que llegara. Ahora acabo de darle su medicación para dormir.

Espero que puedas perdonar su ausencia, Alex.

Elisa se atraganta en ese instante con su vaso de agua y de inmediato Sofía va a

socorrerla. Le pasa una servilleta de tela por la boca y le masajea la espalda.

Arrugo el ceño.

—Dentro de unos días es el aniversario de tus padres, si no me equivoco, ¿verdad,

Elisa? Recuerdo que tu madre y mi hermana eran como uña y carne de niñas

—

interviene en ese momento mi madre.

Elisa asiente en silencio.

«¿Qué narices le pasa?», me pregunto al verla comportarse de ese modo tan remilgado.

—¿Y tú, Beca? ¿Cómo están tus padres? —pregunta mi padre rompiendo el incómodo silencio que se ha apoderado durante unos segundos de la mesa—. Sería

agradable tener la oportunidad de conocerlos algún día.

—Cierto, Beca. ¿Has vuelto a hablar con tu padre? Tengo entendido que solo vives con tu madre —participa Sofía en tono despreocupado, pero la sonrisa que

exhibe le curva los labios con una gracia fría y desagradable.

Al sentirse repentinamente el centro de atención, Rebeca levanta la cabeza con las

mejillas encendidas y parpadea. Observo que la mano con la que sujeta el tenedor le

tiembla ligeramente al escuchar la pregunta de mi tía. Un torbellino de emociones

contradictoras se refleja en sus ojos marrones, por lo general dulces y serenos. Por

debajo de la mesa envuelvo su rodilla con los dedos de mi mano izquierda para captar

su atención. Poco a poco vuelve a irradiar seguridad en sí misma.

Entonces, en ese preciso momento, suena el timbre de la puerta. Alguien del servicio acude a abrir y luego entra en el salón para anunciar la presencia de los

nuevos invitados, que le siguen detrás.

Sofía se levanta, pero vuelve a sentarse. Rebeca respira tan fuerte que por un instante me giro para mirarla. Decir que ha perdido el color de la cara como un dibujo

animado sin colorear es quedarse corto. Está aturdida y tiene las pupilas dilatadas.

Pero no es la única sorprendida en la mesa: mi madre y mi padre también lo están.

—Siento llegar tarde —se disculpa Mick. Su abrigo está mojado y su pelo en punta, aplastado contra la frente. Se retira el flequillo chorreante a un lado antes de

continuar hablando—. Tenía que recoger a alguien más, espero que no haya

problemas en que mi amigo se quede también a cenar.

—¿Papá? —consigue articular por fin Rebeca. Suelta el tenedor de las manos y

este cae al suelo produciendo un sonido grave que es apagado por el pelo corto de la

alfombra—. ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí? —pregunta con apenas un hilo de voz.



Agradecimientos

Solo se necesita una imagen, un sonido o una sensación para tener una idea, un

impulso para ser valiente y desarrollarla, y un momento de calma para hacer cualquier

sueño realidad; pero, para mantenerse fuerte, para luchar en los momentos de

debilidad por lo que de verdad se quiere hasta el final, nada es más importante que

tener un gran equipo de apoyo detrás de nosotros.

Arriba de toda esta enorme pirámide de trabajo está mi editora, Adelaida Herrera.

He llegado hasta aquí volando sobre mi propia pluma, pero no sola. Confiar en otra

persona no es fácil, por eso, Ade, por seguir teniendo fe en mí debes ser la primera

persona a la que mencione. Un hada madrina es difícil de encontrar, y tú te has

convertido en ella en cada palabra de esta historia, en los cimientos de todo lo que son

Alex y Beca (todas las escenas de aeropuerto van dedicadas a ti).

No olvido tampoco a todos aquellos que desde la sombra han mimado con entusiasmo y cariño a *Mariposas en tu estómago*. Si toda la magia se pudiera

contener en un pequeño tarro de cristal, este iría con la etiqueta: «Equipo editorial de

Click Ediciones de Planeta». Todos ellos han obrado la maravilla de que vosotros

podáis leer a tiempo, una vez más, esta novela, y de que esta historia esté llegando a

más lectores cada día, de tal modo que aún no dejo de sorprenderme. No tengo

palabras suficientes de agradecimiento para ellos, en especial para Claudia Ortego y

Carolina Montoto, por su mano con las palabras, y Begoña Berruezo, por

esos pies

desnudos que recorren el mundo haciendo de una imagen una tentación.

Escribir no es una tarea fácil. Hay que estimular la imaginación. Y nada mejor para

ello que contar con excepcionales personas. Entre ellas están Iris Mackenzie. Tú, con

tus insaciables preguntas, te has ganado un hueco brillante en mi corazón, pero no

eres la única; Daniel Ojeda, juntos somos dos espíritus afines que como buen vino,

mejoran con el tiempo. Tampoco puedo dejar de nombrarte a ti, Alice Kellen. En

medio de nuestras conversaciones telefónicas, gatos, té y ramen, alguna idea ha

surgido en toda esta maravillosa locura y no puedo estarte más agradecida. Asimismo,

me declaro fan de Laura, mi incansable amiga madrileña y mi segundo hogar; de

Pablo, y de Juan, quien muchas veces me tentó de matar a uno de los personajes. La

idea sigue flotando en el aire...

A Loli de *Revista Romántica's*, a todas las blogueras que comparten las noticias

sobre *Mariposas en tu estómago* con tanto cariño; a María Martínez, a Jonaira

Campagnuolo, a Sara Rodríguez, a Marta Vilagut, a Blue Jeans, a Nieves Martín y a

Carlos Fortea. Gracias por ser, en definitiva, grandes impulsores de la literatura en los

tiempos que corren.

Dicen que uno es lo que produce, que uno es lo que vive, que uno es con quien se

relaciona. Si es así, yo soy mi familia y no puedo estar más que orgullosa por ser

hermana de dos maravillosas chicas. De Aída, sin ti y tu perspectiva de pintora,

muchos datos de esta historia serían mucho menos fieles a la realidad. Cualquier error

que pueda haber, desde luego no es tuyo. Muchas gracias por permitir que te

acompañe en todas tus exposiciones al extranjero; y a Galería Rosenfeld Porcini, por

hacerlo posible, son estos viajes los que más recuerdo con cariño. De Marta, mi chica

WhatsApp; no olvidaré esas últimas horas de madrugada antes de entregar el

manuscrito final, en los que te ofreciste a revisar las últimas páginas. En serio, estaba

agotada y me emocioné mucho, muchísimo.

He seguido la tradición, dejándome lo mejor para el final. A mis padres, mis dos

estrellas del firmamento, y a quienes dedico esta historia desde el más

profundo

océano de mi corazón: Papá, has sido muy ruidoso mientras escribía, me lo has puesto

difícil, pero con todo has hecho de este reto algo todavía más divertido y apasionante.

Gracias por hacerme reír y ser mi inestimable compañero de tele para *Juego de Tronos*

y *Vikingos*. Y sobre todo a ti, Mamá. Podría dedicarte miles de páginas, podría dibujar

un símbolo de infinito al final del libro y aun así no llegaría ni a la mínima parte todo

lo que ha significado tu ayuda en estos meses. Gracias, mamá, por estar a mi lado en

todas estas noches y días sin descanso alguno, por esas manzanillas y charlas que

hemos compartido a media noche. Como Beca para Alex, tú te has convertido en mi

musa. Como Alex para Beca, eres mi ángel de la guarda. No hay palabras suficientes

para describir lo mucho que te quiero. ¡De nuevo, gracias! Vosotros sois mi verdadera

fuerza.

Por último, y sois muy especiales para mí, estáis todos vosotros: los lectores. Si

habéis sonreído con Alex y Beca, si os habéis emocionado, si os habéis sentido de mil

formas distintas leyendo esta historia, no estabais solos, yo estaba a vuestro lado

compartiendo toda esa explosión de emociones. Y puedo hacerlo, porque tanto como

amo esta historia, amo a cada uno de mis lectores.

¡Muchas gracias por acompañarme siempre! Por compartir conmigo lo más

importante de mi sueño que es escribir. Nunca acabaré de poner fin a lo agradecida

que os estoy y, aunque sé que ya lo he dicho antes, igualmente quiero volverlo a decir:

que esta historia continúe batiendo sus alas cada vez más alto depende enteramente de

todos vosotros. ¡Os quiero!

Un abrazo enorme y lleno de mariposas,

Natalie Convers



Extras



La banda sonora

«Aprieto los dientes, porque no estoy tan segura de ello. Me retuerzo los dedos

en el regazo, y cuando ya no puedo más, comienzo a tirar de las gomas de mi

muñeca. La piel de alrededor no tarda en enrojecerse.

Iván sube el volumen de la radio, me imagino que para llenar el silencio que se

ha instalado en el interior. Suena una canción de One Republic: Love Runs Out.

Con sentimientos encontrados, descubro que la canción es la misma que Alex usa como tono en su móvil, y eso me hace pensar todavía más en él».

Beca

Descubre ahora todas las canciones que me inspiraron mientras escribía las tres

últimas entregas de la historia de amor de Alex y Beca.

<https://open.spotify.com/user/natalieconvers/playlist/2asRCA73xbRj1sneEYTJ0e>

Además, si crees que hay alguna canción que podría gustarme tanto como a ti,

no dudes en compartirla conmigo a través de mi cuenta de Twitter

@NatalieConvers con el #MariposasEnTuEstómago

¡Nos leemos muy pronto en la séptima entrega!

Natalie Convers

Instagram: @natalieconversjr

Facebook: <https://www.facebook.com/natalieconvers/>



Notas

[1] *Seré tu luz, tu cerilla, tu sol ardiente / Seré ese brillo y esa oscuridad que te está*

haciendo correr / Y me siento bien, y nos sentiremos bien porque nosotros lo solucionaremos, sí, lo solucionaremos / Estaré haciendo esto... si alguna vez dudas /

Hasta que el amor se acabe, hasta que el amor se acabe. <<

Document Outline

- [Mariposas en tu estómago \(Parte VI\)](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Capítulo 48](#)
- [Capítulo 49](#)
- [Capítulo 50](#)
- [Capítulo 51](#)
- [Capítulo 52](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Extras](#)
 - [La banda sonora](#)
- [Notas](#)